

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

**ARTICULACION DEL DISCURSO MATERNO EN EL SINTOMA
UN ESTUDIO SOBRE EL DISCURSO EN PSICOANALISIS**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
MAESTRO EN PSICOLOGIA CLINICA
P R E S E N T A
MARIA EUGENIA JOSEFINA R/ESCOBAR ARGANA

MEXICO, D. F.

1 9 8 1



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Chela y Jorge H.
quienes un día me dijeron:
"Tus logros son nuestros"

A Jorge,
mi compañero

Quiero agradecer a Nestor Braunstein,
maestro y amigo que nos enseñó que el
amor a lo difícil, es inseparable
a la práctica analítica

A Danya Kneller,
por su ayuda y apoyo en la
elaboración del trabajo

A todos los compañeros y maestros
cuyas enseñanzas hicieron posible
lo que hoy puedo decir

INDICE

	Página
INTRODUCCION.....	1
CAPITULO I - UBICACION DEL PROBLEMA.....	10
1.1 Psicoanálisis y lenguaje: un re- torno a Freud.....	10
1.2 § Efecto del significante.....	18
1.3 Moi, soporte imaginario del dis- curso.....	24
1.4 Desde Freud una vez más.....	27
1.5 Lalangue.....	36
1.6 Psicoanálisis y lingüística.....	41
CAPITULO II - CASTRACION Y EDIPO.....	54
1.1 Edipo en la obra de Freud.....	56
1.2 Edipo en Lacan.....	60
1.3 Castración.....	66
1.3.1 Sobre el deseo.....	67
1.3.2 Sobre el falo.....	71
1.4 Sexualidad femenina.....	73
1.4.1 Sobre la sexualidad.....	73
1.4.2 Edipo femenino.....	78
CAPITULO III - EL SINTOMA ANALITICO.....	90
1.1 La pulsión.....	93
1.2 La represión.....	106
1.3 La angustia.....	111
1.4 La fantasía.....	119
1.5 El síntoma y la neurosis.....	134
CAPITULO IV - CONCLUSIONES.....	145
Un caso clínico.....	146
APENDICE.....	159
BIBLIOGRAFIA.....	173

INTRODUCCION

Lo que me motivó a elegir el tema de la tesis es una renovada preocupación por la clínica. Experiencia ésta, donde somos testigos presenciales de la revelación que el sujeto se hace a sí mismo de sí mismo; donde el inconciente aparece como los capítulos censurados de la historia del sujeto, alterados o borrados por los síntomas que ocupan su lugar ahí donde el sujeto ya no puede "decir" y lo hace a través de formaciones sustitutivas.

Lo propio del psicoanálisis, sabemos, es que opera sobre el síntoma a través de la palabra, ya sea ésta dicha por el paciente o a través de la interpretación del analista. Partimos pues de la base que entre el síntoma y la palabra hay un común denominador, y esto es una cuestión central en la teoría psicoanalítica.

Nuestra elaboración se centrará en este punto: en la explicación teórico-conceptual de la articulación del síntoma a la palabra, demostrando que la presencia del Otro (con O grande) es lo que se encuentra como punto de partida del devenir del sujeto, que se constituirá en un lugar excéntri-

co a él mismo, y que es desde ese lugar que le preexiste que hablará y creará síntomas.

Nos ubicamos así, en el campo específico de la teoría y práctica analítica: el campo de la palabra.

Antes de hacer una breve recapitulación de lo expuesto en el trabajo, queremos hacer algunas aclaraciones que consideramos importantes. Nuestra elaboración pasa por lo que Lacan llamó "el retorno a Freud", es decir, de la lectura que Lacan hace de los textos freudianos. Relectura en la que rescata la verdad de Freud, luego de que ésta fue "reprimida", haciéndola "retornar".

Será pues desde los aportes lacanianos, que consideramos capitales, fundamentales y necesarios que haremos nuestro recorrido teórico. Sin olvidar, por supuesto, que antes que Lacan leyera a Freud, y nosotros a Lacan, Freud leyó a Freud. Y así su obra se nos presenta como una constante crisis de pensamiento, donde los movimientos dialécticos, las posibilidades y los retrocesos, hacen surgir las ideas y los conceptos desde las mismas contradicciones. Como señala O. Mannoni (21a, p. 18) el pensamiento de Freud tiene la forma de una *aufhebung* continua, ya que aun cuando superaba una idea, Freud nunca abandonó ni renegó de ninguno de sus conceptos.

Se nos impuso pues, una tarea un tanto complicada y

frustrante, porque no se trataba sólo de intentar una sistematización de las ideas de Freud a partir de la resignificación hecha por Lacan, sino que nos vimos en la necesidad de recortar y fechar toda esta revisión.

Ya que Lacan, igual que lo hizo con Freud, también leyó a Lacan y produjo rearticulaciones y transformaciones importantes en su teoría, también en un movimiento dialéctico inacabable. Actualmente, por ejemplo, se habla de diferentes Lacan, de acuerdo a sus diferentes momentos de enseñanza. El límite de este trabajo es, pues, nuestro propio momento de comprensión y aprendizaje.

Otra aclaración que considero importante hacer es respecto a la articulación de los capítulos. Nos enfrentamos con una dificultad, que se trasluce en la tesis: para llegar al síntoma, debimos de hacer un gran rodeo donde abarcamos otros muchos temas, con el riesgo de dispersarnos del eje temático, pero se nos hizo imposible feudalizar la teoría, aislando sus términos, ya que cada conceptualización que se utiliza es solidaria con todas las demás. El efecto: una cierta insistencia de términos y conceptos que se repiten en cada nueva articulación. Y así, el síntoma parece como resultado final de un gran rodeo teórico.

Rodeo teórico que abarca: la relación del lenguaje y el inconciente, a partir del enunciado de Lacan que dice

que el psicoanálisis de Freud sólo es posible si el inconciente está estructurado como un lenguaje. Esto confrontado desde los orígenes del psicoanálisis donde los efectos del inconciente, son efectos de lenguaje. Confrontado, además, con la lingüística contemporánea, de donde Lacan extrae modificados, sus aportes. Al respecto de la lingüística, con el fin de no interrumpir la coherencia interna de esta investigación, se agrega al final de la tesis un apéndice que incluye las corrientes lingüísticas contemporáneas usadas para explicar la relación (invertida) entre la lingüística y el psicoanálisis. Todo esto en el primer capítulo.

En el segundo capítulo se postula al Edipo como un discurso que antecede al sujeto, que por lo tanto, será hablado desde el principio por el otro. Edipo como estructura que posibilitará identificaciones imaginarias y asunción de lugares sexuados.

En el capítulo III, se trata de una cierta metapsicología para ubicarnos coherentemente en el proyecto lacaniano, es decir, centramos en la articulación, relación y organización de términos fundamentales de la teoría, como son, pulsión, objeto, identificación, fantasma. Todo lo cual subyace a la explicación de la formación de síntomas.

Por último, se expone un caso clínico (capítulo IV), a modo de conclusión, ya que pensamos que pone en evidencia

al síntoma como palabra ajena al sujeto.

Una cosa más, pareciera una contradicción, plantear como tesis fundamental una concepción no unificada, ni medible, ni unificante del yo (que más bien lo definimos como "síntesis de síntomas" ajenos) en una tesis de psicología; ya que lo que demostramos con lo dicho es que el psicoanálisis no es una psicología. Pero esto que podría parecer una aporía, tiene sin embargo su explicación. Y es, según mi opinión, que la enseñanza del psicoanálisis en las universidades permite ubicar a la crítica y a la revolución freudiana en el seno mismo y como parte de cualquier condición de aprendizaje crítico.

Hagamos ahora un breve recorrido (circular y repetitivo como el mismo significante) de lo que exponemos en los capítulos siguientes.

Decíamos ubicarnos en el campo de la palabra. Campo sobre el que operan la teoría y la práctica psicoanalítica. Ya que al ubicar al síntoma en relación a la palabra de la madre, se lo está ubicando en el punto central de la encrucijada planteada por Freud, encrucijada que fue olvidada por mucho tiempo, dando como resultado que la obra de Freud corriera distintos cauces u orientaciones. Encrucijada, sin embargo que pasa por el centro mismo de la problemática psicoanalítica. Síntoma o palabra que falta, síntoma que como planteara Freud, ocupa un lugar de ausencia o hueco, a través

por ejemplo de una conversión, de una fobia, de un acto compulsivo...

Freud inaugura el campo propiamente psicoanalítico en el momento que instaura el método de la asociación libre, solidario con el descubrimiento de que la realidad psíquica y las fantasías, y no los "hechos reales" son los que cuentan en la estructuración del síntoma, de la patología. Método de asociación libre que coloca al discurso del paciente, a los contenidos de dicho discurso en otro plano. Ya no se trata de hacer "confesar" al paciente sobre algún episodio traumático de su historia que se encontrara reprimido, sino abrir el campo de la escucha analítica a todas las trivialidades y ocurrencias del paciente privilegiando la palabra del sujeto y especialmente aquella que nada significa para él. Freud descubre así que las palabras dicen mucho más de lo que quieren decir, o mejor dicho, dicen sin saberlo, lo que no quieren decir.

Formaciones del inconsciente, relatos de sueños, equivocaciones orales, olvidos, síntomas... todos hechos de palabras, trabajables e inteligibles desde la palabra. Y detrás de estos fenómenos reconocidos fácilmente en la cotidianidad, el descubrimiento de Freud, la sustentación de todo su edificio teórico: que detrás de todas estas formaciones del inconsciente, que se pueden escuchar en el discurso del paciente existe otro discurso que determina al primero, el discurso del inconsciente.

Freud demuestra así, que al síntoma hay que saber "escucharlo", dándole al mismo un estatuto de palabras. En la "Interpretación de los sueños" (1900), por ejemplo, propone un sistema de desciframiento del discurso inconciente, una posibilidad y un método de interpretación de dichos fenómenos.

Por otro lado, en el síntoma, como en cualquier formación del inconciente, se ve operar a los mecanismos típicos del inconciente; el desplazamiento y la condensación, que funcionan bajo determinadas leyes precisas. Leyes que hoy en día, con el aporte de la lingüística y de la antropología estructural encontramos en el hecho lingüístico como algo que lo determina, que es condición de su estructura interna: metonimia y metáfora; o como lo conceptualizara Freud: desplazamiento y condensación.

Inconciente que, como plantea Lacan, está estructurado como un lenguaje, inconciente que por tanto es discurso del otro (en cuanto soporte y transmisor del código). Que plantea desde ya, la inserción de un sujeto dentro de una estructura simbólica que le precede que está mucho antes que él; de una estructura estructurante donde el sujeto es a su vez soporte y agente de la misma.

El sujeto descrito por Lacan, no es un dato que está desde el comienzo, lo que se encuentra como único dato de

partida es el Otro, de ahí que se decía que desde antes de nacer existe un lugar dentro de la estructura que espera ser ocupado, es decir, un lugar asignado con anterioridad. Que como dice Althusser, se nace viejo, por la gran carga de expectativas y deseos que preceden al ser humano, y que el destino de cada niño dependerá justamente del lugar que le espera: desde esta anterioridad que escapa a la decisión y elección de cada ser, que se articulará el trabajo de la tesis. Ya que no se trata de un síntoma como un hecho aislado, sino como expresión de un sujeto que desconociendo el cómo y el por qué de su determinación histórica (edípica) "pide la palabra", pide ser escuchado a través de su síntoma.

Freud decía incansablemente que el síntoma es una realización de deseos, o mejor dicho una expresión de deseos..., pero deseo de qué. Tal como se viene planteando, el niño viene a ocupar un lugar marcado por las expectativas y deseos de los padres... quiere decir esto que se debe entender al deseo siempre en la dimensión y en relación con otros deseos.

O sea, que el sujeto se constituye en una relación intersubjetiva que lo marca desde un principio. Una estructura-estructurante que al alienarlo a los deseos de otros, le posibilita acceder a la cultura a través del lenguaje. Alienación o "sujetación" que deja una seña en el inconcien-

te (represión originaria) y que desde ahí, vuelve a "decir" en forma de síntoma el sentido reprimido de su deseo, siempre en relación con algún otro deseo que lo constituyó como tal, es decir, sujeto deseante que justamente por serlo perdió las referencias de su propio deseo.

CAPITULO I

UBICACION DEL PROBLEMA

1.1 Psicoanálisis y lenguaje: un retorno a Freud

Partamos del axioma que propone Lacan para efectuar lo que él llama el retorno a Freud. A saber, que el inconsciente descubierto por Freud sólo puede ser comprendido en toda su coherencia, considerándolo "estructurado como un lenguaje". Lacan demuestra a lo largo de toda su obra que los intentos aparentes de Freud de hacer coincidir al psicoanálisis con las ciencias naturales (biología), no es más que una transacción de Freud con los adelantos científicos de su época, ya que lo que determina y unifica toda su obra es un análisis de la estructura del lenguaje (de la lógica del significante). En este sentido, Freud se adelanta en una forma que nos asombra a la lingüística y a la antropología de su época.

Sabemos que la teoría psicoanalítica fue construida por Freud a partir de los obstáculos y enigmas con que se enfrentaba en su práctica como médico. Involucrado apasionada

mente en esta tarea de desciframiento de aquello de lo que ninguna ciencia podía dar cuenta -síntomas histéricos, sueños, lapsus- descubre el inconciente. Y con él que existe un sujeto separado radicalmente de su deseo. Produce así el rompimiento, la subversión del sujeto-consciente, omniconsciente de la psicología académica y de la filosofía. Freud construyó su teoría escuchando lo que decían sus pacientes. En efecto, somos testigos leyendo cada uno de los casos de Freud que la teoría se iba modificando y ampliando en directa confrontación con la praxis, con la palabra, con un decir.

Supo escuchar ese otro discurso, el del inconciente, descubriendo en el mismo una sintaxis, un orden simbólico cu yos juegos de articulaciones se dedicó a descifrar. (Cf. 8c) Rompe así los lazos con un discurso racional (el del yo), pa ra situar la verdad del sujeto en lo reprimido, aquello que sólo se puede decir en forma velada, disfrazada, errada... a través de los síntomas, de los lapsus, de los sueños.

Pero el descubrimiento subversivo de Freud, fue deja do de lado durante mucho tiempo, ya que sus seguidores más cercanos -por ejemplo su propia hija, Anna- desviaron el cur so de su descubrimiento hacia cauces biólogos o culturistas, poniendo al psicoanálisis en una perspectiva adaptacionista, de reforzamiento del yo, de su adaptación a la "realidad" (Cf 23, pp. 10-11), cuando que lo que Freud enunciaba

era el descentramiento de ese discurso conciente, defensivo: el discurso imaginario del yo -discurso al fin de cuentas "mentiroso", pero que sin embargo dice siempre más de lo que quiere decir, ya sea por error u omisión. Retomando ese discurso "fallido" del yo es donde Freud se ubicó, haciendo surgir por esa grieta la verdad reprimida del sujeto, o lo que es igual, dejando que el discurso siga fluyendo para que "eso" (es, ello) hable.

La teoría creada por Freud, así como el método solidario a sus descubrimientos teóricos, son marcados y delimitados por Freud mismo: se trata del campo del lenguaje sobre el que opera el psicoanálisis, la asociación libre así lo demuestra, ya que la situación analítica pone a funcionar las leyes del lenguaje que conducirán hacia la interpretación de esa verdad reprimida del sujeto: el campo del psicoanálisis es, pues, campo de la palabra, del lenguaje.

Y así, cuando Lacan nos dice que "el inconciente está estructurado como un lenguaje", nos introduce en el nivel estrictamente psicoanalítico del descubrimiento freudiano, permitiéndonos retornar a Freud rescatando al psicoanálisis de las desviaciones sufridas. Nos plantea por lo tanto las relaciones existentes entre el psicoanálisis y la lingüística, relación que como veremos no es en nada simétrica ya que Lacan hace una importación perturbada de la lingüística saussuriana, de la de Jakobson, así como de la retórica, y

nos propone reflexiones fundamentales:

1. Al subvertir el algoritmo saussuriano ($\frac{S}{S}$) (Cf. Apéndice) dando la primacía al significante y no al significado, y reforzando la barrera que los separa, nos indica la resistencia que hay en el pasaje de un término a otro; y haciendo desaparecer la elipse que los rodea (Cf. 21b, p. 28), señala que un significante sólo será comprendido en su relación diacrónica con el que le sigue por la relación de oposición que hará que ambos se definan por la diferencia que los separa, y donde cada significante tendrá su lugar con respecto al siguiente en un movimiento retrógrado. En el signo saussuriano no hay diferencia entre concepto y cosa, ambos están incluidos en el término significado, pero sabemos que para que haya concepto sobre alguna cosa, es necesario una elaboración mental sobre esa cosa, es decir que se diga algo sobre la cosa, y eso que se dice sobre la cosa, ¿no se dice solamente con puros significantes? Sería imposible tratar de explicar el dibujito del árbol que pone Saussure en el lugar del concepto, sin palabra, sólo podríamos hacerlo relacionando la "imagen acústica", con otras. O sea que un concepto se construye comparando, relacionando términos. Con esto Lacan hace notar que en el piso inferior del algoritmo -luego de la inversión realizada- no hay significados, sino dos significantes comparados. (Cf. 9, p. 86)

De ahí que Lacan en su Seminario I (15c), haciendo

referencia al texto de San Agustín (De locutiene significare, del Maestro) dice que no hay significación que se sostenga sino es por referencia a otra significación. De tal manera que un significado no va a estar dado por su referencia puntual a un significante (como lo plantea Saussure en su concepto de signo, donde un significado está unívocamente unido a su significante), sino que el sentido -término usado por Lacan en lugar del significado- se encontrará a nivel de la articulación de significantes en una cadena. Cadena significante que sólo será comprendida en el momento de su puntuación final. Final mítico, ya que en cada momento basta agregar una palabra más a la frase, para que nuevamente signifique otra cosa. Es el corte en la cadena lo que resignifica el segmento inicial de la misma. Y a este retorno del elemento terminal sobre los anteriores Lacan denomina "aprecoup" "esto es el efecto retroactivo o retrospectivo de la cadena en la producción de las líneas de significación". (9, p. 93) Como dice N. Braunstein refiriéndose a la escritura de Poe: "todas las palabras son una preparación para el sentido definitivo y muchas veces sorprendente, ya que están dadas por la última". (3b, p. 11) Y a este punto, donde está algún sentido, Lacan le llama "punto de almohadillado", o punto de capitonado, el encuentro de engarce entre cadenas paradigmática y sintagmáticas. Recordemos aquí que "la cadena significante no es sino esa estructura de base que somete

a toda manifestación del lenguaje a una diacronía (línea sintagmática) encargada de regimentar la sucesión de los elementos diferenciales; y ello implica una sincronía (línea paradigmática), es decir la existencia de una cierta batería significativa". (15f.2, p. 130)

Y así, al igual que la tela lisa donde el tapicero colocará determinados botones que harán un efecto de pliegue en la misma (técnica del capitoné), el discurso del paciente se ofrece como algo liso, donde la emergencia de determinados significantes, que serán puntos de condensación (metáfora) y desplazamientos (metonimia) de otros, ofrecen ciertas aperturas a algún sentido: en cuanto que están en relación con el discurso del inconciente, sede de la verdad del sujeto. De ahí la importancia de que el analista trabaje única y exclusivamente con las palabras, con las asociaciones del paciente, ya que si es posible alguna interpretación sólo será en base a las verbalizaciones del paciente y no a las teorizaciones ni contratransferencia del analista.

Digamos entonces que la imposibilidad de una significación certera y unívoca, tiene que ver por un lado con la dependencia del sujeto con una estructura preexistente (la del lenguaje), y por el otro con la dependencia libidinal del sujeto con el Otro. Porque para ningún sujeto parlante existe de antemano un objeto que con sólo ser nombrado, col-

me su deseo, sino que este objeto deberá ser construido y só lo podrá serlo por medio de las relaciones significantes, es decir significantes del deseo (relación que analizamos en pá^ginas posteriores).

Por eso Lacan crea un término opcional al de significación; es el de significancia: como efecto producido por la articulación significante, efecto que está "latente en la metonimia y patente en la metáfora". (15a.3, p. 200)

2. Retomando de la retórica (apéndice, Cf.) y de los aportes de Roman Jakobson (12), Lacan hace un paralelo entre los modos que caracterizan el funcionamiento del proceso primario (condensación y desplazamiento), y los dos tipos de enlace posible de un significante: diacronia (metonimia) y sincronia (metáfora). (15i, p. 28; 15a.3, p. 191)

Así, la condensación (un representante psíquico representa a otro u otros, con los cuales mantiene algún tipo de lazo asociativo), será desde Lacan equiparado a la metáfora (sustitución de un significante por otro), donde el sujeto será definido a su vez por su relación con otro significante: será representado por un significante. De ahí la definición de Lacan para el significante: "un significante es lo que representa al sujeto para otro significante" (15a.5, p. 330), es decir que el sujeto al alienarse para siempre en la palabra del otro, hablará haciéndose representar en lo

que dice, sustituye su verdad de sujeto reprimido por su propia metáfora: o sea que "la condensación es una metáfora donde se dice como sujeto el sentido reprimido de su deseo".

(6, p. 396)

Y a medida que hable, el sujeto se deslizará metonímicamente, desplazándose detrás de su discurso, ya que al estar eclipsado al significante (en fanding), buscará a través de su lenguaje decir algo imposible: nombrar su deseo reprimido, de ahí que el desplazamiento es una metonimia "donde se marca aquello que constituye el deseo, deseo de otra cosa que siempre falta". (6, p. 396)

Resumiendo: la metáfora es la sustitución (paradigma, sincronía), y la metonimia es combinación (sintagma, diacronía), ambas funciones están ligadas, ya que para que un significante sustituya a otro debe tener una conexión, conexión que es metonímica. Por eso se dice que una metáfora oculta una relación metonímica. (Cf. 15a.3, pp. 191-2)

Todo este desarrollo nos demuestra que es el lenguaje, como estructura preexistente, la que estructura al sujeto humano, la que le posibilita ser sujeto del inconsciente, designado por Lacan como $\$$, sujeto tachado por efecto del significante. "El lenguaje es la condición del inc". (15.i, p. 14)

1.2 Constitución del sujeto por efecto del significante

Quando un sujeto nace, un discurso lo espera: el discurso de los padres, que lo esperan con un lugar determinado, con un nombre elegido -el significante, con lo cual especialmente buscará ser reconocido- con un sexo deseado, con una misión que cumplir. El niño caerá pues en una red de deseos y demandas que lo marcará desde el inicio. Y si nos remitimos al mito de satisfacción absoluta creada por Freud (Cf. Cap. VII de la Interpretación de los sueños), donde el niño llora para que alguien lo escuche, luego de haber intentado la repetición de su satisfacción por medio de la alucinación, nos podemos explicar cómo la persona (generalmente la madre, "Otro real de la primera dependencia", según Lacan, que recibe el mensaje (llanto) lo recibe desde un código anterior, lo interpreta y pregunta '¿qué quieres?' (Cf. 15f.1, pp. 136-7), pero al preguntar anticipa ya la respuesta de acuerdo a su propio deseo: "mi bebé quiere tal cosa". Así lo acusa, y el infans se verá enredado en la palabra del otro y pedirá (demandará) al otro, de acuerdo a como se le "enseñó" a pedir, es decir será hablado por la madre. Vemos así, cómo el deseo se encuentra siempre alienado en la palabra, en el campo del significante y lo más importante, en relación con otros deseos. El niño pedirá la presencia absoluta del Otro, el reconocimiento del Otro que lo colme con el don del amor.

Pero esa presencia absoluta no existe, pues el otro también desea y pide. Recordemos que el "deseo de cada uno está sometido a la ley del deseo del otro". (15f.1, p. 87) El niño cree que la madre sabe sobre sus deseos y pensamientos, pero he aquí que la madre también espera y pide al hijo que la colme en su deseo, en su falta en ser: situación imposible, pero necesaria para que el sujeto pueda entrar en la dialéctica de los deseos, ya que el deseo sólo existe y es comprendido en relación al deseo de un otro. (14) Un deseo remite a otro, y posibilita al sujeto a hablar y pedir, a pensar, a sublimar, luchar y crear. Ya que como lo señala Freud en el Malestar en la cultura (año 1930), es la insatisfacción constitutiva la que lleva al hombre a enfrentarse con la naturaleza, a transformarla.

Esta situación, como vemos, trasciende el nivel de lo subjetivo, de lo individual, haciendo desaparecer la línea divisoria entre el adentro del sujeto y su afuera, su exterior, lo que el sujeto busca está en el Otro, y cuando habla su demanda es organizada también desde el Otro.

Y para ilustrar esta correlación, esta continuidad entre lo interno y lo externo, que define al inconciente del sujeto como algo transindividual, transubjetivo, Lacan utiliza un objeto topológico: la Banda de Moebius, descubierta por el matemático Moebius en 1860, que consiste en una

cinta que en lugar de ser unida como un cilindro, se la une luego de haberla hecho girar 180° , consiguiéndose un efecto singular; es decir, al pasar los dedos por el borde, sin atravesar ninguna frontera, uno se encuentra bordeando el otro lado de la cinta, es decir no hay derecho ni revés, y lo que está en el exterior está al mismo tiempo en el interior. Cinta que ejemplifica muy bien el pensamiento de Lacan: las cuestiones en psicoanálisis no son simplemente cuestiones de profundidad contra superficie (como por ejemplo, pensar que el inconsciente está en las profundidades, y el lenguaje en la superficie), o de cara contra cruz (que el yo es la cara del inconsciente reprimido).

Pero, volvamos a la cuestión de lo que pide el sujeto: pide colmar su deseo. Pero como su deseo remite al deseo del otro (que a su vez pide a un otro), nunca podrá colmarlo ya que pide, como lo hacíamos notar, un imposible: porque el objeto de su deseo aparece por referencia al deseo del Otro. Notamos así, que en toda esta estructura de deseos y demandas, hay una falta: un objeto ausente que sólo aparece por veladas referencias, pero siempre escapándose, escabulléndose. Se trata de una carencia, una hiancia que es constitutiva del ser parlante. Una ausencia que es efecto de la palabra, ya que al insertarse el sujeto en el circuito simbólico del lenguaje, es separado radicalmente de su posición de objeto para el otro (completud del primer tiempo;

Cf. Cap. II) y se ve impelido a pedir, a demandar intentando (siempre con el deseo de restituir ese momento de goce mítico en su unión con el otro) cubrir ese resto que queda entre lo que pide al otro (satisfacción buscada) y lo que el otro puede responder al ser demandado (satisfacción obtenida), residuo que como vemos es imposible de llenar. Este objeto perdido, llamado en el álgebra lacaniana objeto a, es innombrable, porque nunca estuvo, sino en relación a su propia ausencia. Es "el resto caído de la concatenación significativa punto de opacidad". (16a, p. 74)

El objeto a, detengámonos un momento, es un concepto complejo, ya que si bien es causa del deseo, no llega a ser su meta, ni su satisfacción. Despierta el deseo, pero por su carácter de objeto metonímico, circula constantemente y se pierde en la concatenación de significantes, de ahí su carácter de opacidad. "Es un objeto producto, resto, desecho de una operación: la del surgimiento del sujeto por acción del sistema significativa. No se trata de un objeto natural, dado, sino de objeto-efecto del orden simbólico". (1, p. 37) Es pues innombrable, irrepresentable, es condición del sujeto hablante. Lacan lo define como del orden de lo real, no representado y no representable, no obstante, tiene la función posible de representante de toda representación posible del sujeto.

Fue constituido antes que el sujeto haga uso de la

palabra (represión originaria que no es lo mismo que digamos que el sujeto es estructurado por el lenguaje desde antes que hable, recordemos que el sujeto, aún cuando no hable, es objeto del discurso de los otros (padres), y ese discurso que precede al del sujeto es lo que queda como inconciente reprimido, como deseos de los otros inscritos en el sujeto (discurso imperativo, dice Lacan) (15f.2) que se organizan como fantasmas que delinear los modos en que cada sujeto constituirá su objeto, que es la forma como articulará su búsqueda del objeto perdido (a esto conocemos como transferencia). Recordemos aquí una vez más a Lacan: "El Inconciente es discurso del Otro". (15a.3, p. 209)

Vemos así que el sujeto humano, a diferencia del animal, es un ser insatisfecho desde el inicio, y por su insatisfacción habla y pide. Y así el lenguaje, aparece como un aparato de goce, por medio del cual la realidad es abordada; significante y goce se ligan, pero como el significante nunca puede sino evocar, conmemorar el goce mítico, se verá impulsado por la compulsión repetitiva, destino y pasión del significante: a repetir, es decir, volver siempre a pedir (Cf. 1, p. 36)

Y el sujeto "al hablar evoca el goce perdido de lo imposible, incluyéndose así en el orden de la verdad". (3b) Verdad de sujeto que está reprimida, y que corresponde a una

verdad que está en el Otro, que tiene desde antes la clave de su ser y su deseo (posición que inaugura la situación analítica, donde un paciente pone al analista en el lugar del sujeto supuesto saber sobre sus deseos y su ser, lugar que tendrá que ser descentrado constantemente para que pueda haber análisis).

Por eso, el sujeto que habla invoca siempre al Otro simbólico, y al hablar, diga lo que diga, pide siempre ser reconocido como sujeto que porta una verdad. Verdad que está "más allá", donde se anudan el reconocimiento del deseo y el deseo del reconocimiento; más allá ya que el inconsciente es discurso del Otro. (15a.3, p. 209)

Hagamos aquí un breve paréntesis, para referirnos a la situación analítica, situación princeps donde el sujeto podrá enfrentarse con esa verdad reprimida, verdad que sólo será vislumbrada luego del descentramiento de las certidumbres del yo, es decir desde la aceptación de la ignorancia. Ignorancia que sólo es comprendida en relación con la verdad; no con el conocimiento, ni con la opinión verdadera de la buena fe, la de la buena intención con que nos hablamos todos los días, sino con esa otra verdad, la del inconsciente, la verdad del deseo. Es la ignorancia la que posibilita algún saber sobre el inconsciente, ya que es esa ignorancia (sobre el objeto que buscamos), la que nos liga al lenguaje y a sus leyes de articulación. Y es en la situación analíti

ca, decíamos donde se crea esta ignorancia sobre el deseo (el yo siempre cree que sabe lo que dice y lo que quiere), poniendo a funcionar (asociación libre-atención flotante) las leyes del lenguaje que conducirán (a través de la metáfora y la metonimia) hacia esa verdad particular del sujeto. Ya que, si bien en la situación analítica aparentemente hay dos sujetos (paciente-analista, el dos, remite al tres, el lugar del Otro, de lo simbólico, lugar donde se sitúa el analista para hacer surgir el cuarto: al inconciente, sede de la verdad perdida, que sólo podrá ser recuperada a "medias". La verdad no puede decirse toda (retomaremos esto en el desarrollo de "Lalangue").

1.3 Yo (moi) soporte imaginario del discurso

Decíamos que un sujeto se representa a través de lo que dice, desde la imagen que tiene de sí habla, y al hacerlo pide que se lo reconozca. Recordemos aquí, el conocido "estadio del espejo" que propuso Lacan para dar cuenta de la formación del moi (imagen especular, imagen unificada que sostiene al yo). El estadio del espejo, conocido como el momento fundamental de la identificación: el niño asume una imagen y se transforma a partir de ella, pero al asumir la imagen lo hace desde la imagen que le brinda el otro -la madre que lo mira, reflejándole amor es decir completándolo con la mirada- se reconoce a través del otro. Es un recono-

cimiento especular, en tanto que el otro refleja en su mirada una imagen de completud corporal que el niño (de seis meses más o menos) por su inmadurez psicomotriz todavía no la tiene, es decir que es a través de una ilusión de dominio corporal que el yo del niño empieza a funcionar. Vemos, pues que el yo se encuentra alienado desde el comienzo, y además como sede de desconocimiento de aquello que lo constituyó, creyéndose libre y autónomo. Alienado a la imagen del otro y como lugar de desconocimiento porque sólo es en la medida que el otro lo reconozca. Es por eso que cuando el yo habla, lo hace para que el otro (alocutor) lo reconozca.

Vale decir, que el sujeto para poder portar la palabra, lo hace desde su lugar imaginario. Dice Lacan: "El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio infans, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que yo (je) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro, y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto". (15a.1, p. 12) Es pues precondition del lenguaje, la constitución del moi (repetimos, la imagen que tiene el yo de sí); luego vendrá el je a representarlo en el discurso, a través de un significante.

Queremos remarcar con esto, que el sujeto debido a la spaltung originaria, queda dividido, y su decir también, sin que él lo sepa (la represión se encarga de ocultárselo). Tenemos así, por un lado el nivel del sujeto del enunciado: la forma en que el sujeto representa a su imagen (moi) cuando dice: "Yo...", con la idea, engañosa por lo ilusoria, de que su discurso, al igual que su imagen es algo unificado propio, y coherente. Y así, como señala N. Braunstein, "ese requisito de unicidad se presenta como el estricto correlato de la unidad imaginaria por la que el yo se constituye único y entero, en la medida que borra las huellas de la tachadura imaginaria pagando el precio de su enajenación en un cierto indecible en el yo del enunciado para alcanzar así un precario acceso al ser en el deseo de los otros". (3a, p. 151)

Por el otro lado, estaría el nivel de la enunciación, que remite a las condiciones de la producción del enunciado. Aquel otro lugar (el inconciente) separado radicalmente del yo (por una barrera resistente, la que separa el significante del significado), donde se encuentra el deseo reprimido. "El niño tiene que vérselas con lo prohibido, que ha dicho no, y el proceso de la educación actúa de tal manera que la verdad del deseo deviene, por sí misma, una ofensa a la autoridad, y que la censura se ejercerá también sobre esa verdad. A lo que se apunta entonces es al proceso de la enunciación. Sólo para que la censura pueda ejercerse es necesario supo-

ner algún preconocimiento del proceso del enunciado". (15f.4, p. 145)

Verdad, que como señalábamos en páginas anteriores, sólo podrá entreverse a medias, cuando el yo enuncie, cometiendo lapsus, actos fallidos, olvidos, fuera de su "voluntad", de su intención conciente.

Adelantemos aquí, lo que será trabajado en el siguiente punto: la lingüística, ciencia del habla unificada, regulada y formalizada, no puede dar cuenta de este quiebre que se produce en el enunciado de un sujeto. El psicoanálisis, en cambio, incluye aquello que la lingüística excluye: el sujeto que al hablar se equivoca, o dice algo que no quería decir, o dice algo sin saber que lo dijo.

Para dar cuenta de estos fenómenos observables cada vez que un sujeto habla, Lacan crea un concepto teórico que viene a articular lo que venimos desarrollando, a saber, la relación del sujeto con el lenguaje: se trata de "lalangue" "lalengua".

1.4 Desde Freud una vez más

Tratemos de explicar este concepto (lalangue), volviendo nuevamente a Freud. Cuando en diciembre de 1896 Freud escribe a Fliess -carta No. 52- (8u, p. 740), plantea

una hipótesis de aparato psíquico, como una sucesión de inscripciones "una verdadera topología de significantes. Nada hay aquí que se parezca a un comportamiento instintivo que guiara al organismo por las vías del éxito. Más aún, la realidad no es apresada sino a través de una crítica recurrente de los significantes evocados por el proceso primario, crítica que los connota como índices de realidad, que son por lo demás ellos mismos significantes". (15f.1, p. 142) Notamos pues dos cosas: 1) que lo real "se encuentra apresado en las 'proposiciones' (vorstellung representación, ligeramente; posición adelante) del sujeto, que posee una organización significativa". (15f.1, p. 142); 2) nada indica que hubiera ya en este aparato (el primero descrito por Freud; véase el Entwurf) un significado preestablecido, una indicación de una posible significación para el deseo buscado. Lo único que encontramos ahí son los modos en que el significante (imagen acústica) (8u, p. 741) se articula a otros, dando así múltiples posibilidades (por simultaneidad, por contigüidad) pero ningún significado asegurador que indique el encuentro con ese objeto perdido, objeto que sólo puede ser evocado por los significantes que señalarían su lugar siempre vacío. Como lo dice Freud, "concatenación de ideas, es decir realización del deseo". (8a, p. 931)

Freud nos indica así el camino que habremos de recorrer. Y es Lacan quien lo recorre, quien vuelve a leer a

Freud, y señala que ya en 1895 Freud nos daba signos de una organización significante en el sujeto, organización que estaba más allá de su yo, de la conciencia y de la percepción. Es el sujeto estructurado alrededor de un vacío, de una falta, que buscará a través de las inscripciones (huellas mnémicas) reencontrar lo perdido: "Cerrando los ojos se alucina", dice Freud refiriéndose a esta búsqueda compulsiva del objeto perdido, "y apenas abiertos se piensa en palabras". (8a, p. 929) Imaginarización de lo simbólico, y simbolización de lo imaginario como lo dice Lacan. (15d)

Y así, de Freud a Lacan, y de Lacan a Freud, nos encontramos nuevamente en el punto de articulación mítica del sujeto, efecto del engranaje de los tres registros propuestos por Lacan para entender el proceso de subjetivización del ser humano: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Registros impensables por separado, como lo trataremos de demostrar.

Haremos aquí un rodeo a través de cada uno de los registros, tratando de comprenderlos mejor:

a) Lo real

Cuando Lacan explica la referencia de Freud al "ombligo del sueño" (Cf. Interpretación) como esa zona irreduc-

tible a la que no se puede acceder, dice que estamos frente a "aquello que no cesa de no inscribirse". Se trata de lo real, como límite que cerca la rememorización del sujeto, que circunscribe su repetición. De ahí que Lacan diga que lo "real es aquello que vuelve siempre al mismo lugar" (15h, p. 60), a diferencia de los pensamientos que de alguna manera siempre se dirigen a otra cosa, ya que un significante remite siempre a otro.

Lo real sería pues, ese espacio donde la falta y el significante no se pueden conciliar, donde no hay significante que signifique la falta. El inconsciente a través de la repetición, de los tropiezos del discurso, descubre el agujero inicial que se encuentra en cada sujeto como efecto del significante. Significante que al imprimirse con su sello crea un corte o ruptura haciendo surgir la ausencia. El significante señala pues aquello que no está, pero lo real está siempre.

El objeto a "es el objeto de esa falta, es la causa del deseo. Es objeto de la falta a un doble nivel: 1) como revelación de la falta en el Otro, y 2) la falta, tal como aparece en el proceso de significación" (10a, p. 16), ya que a, es el resto que se pierde en el proceso de concatenación de los significantes. Y así lo real que "no espera nada de la palabra", al mismo tiempo por ser falta desencadenada por

el lenguaje, constituye su rasgo esencial.

Y es hacia ese real que se esconde, a lo que estamos llamados en nuestra práctica psicoanalítica. Cita o encuentro, que Lacan llama "la tyche" (15h, p. 63) tomada de la filosofía de Aristóteles, en tanto designa la búsqueda de la causa. La tyché, o encuentro con lo real, está siempre más allá del retorno, de la insistencia del significante en una cadena discursiva, o sea que lo real es lo que siempre está detrás.

La función de lo real como encuentro, dice Lacan, es básicamente el del encuentro fallido. Señala que en la "teoría del trauma" de Freud, aparece como aquello que no es asimilable. El trauma así, considerado por muchos autores como aquello que va a permitir al sujeto "ligar" (Cf. 7), ese suceso accidental a sus demás representaciones a partir del retorno insistente del sueño, está mostrando que la cosa es al revés, en el sentido que hay un resquicio no asimilable, no posible de significación.

Diremos por último algo acerca de la relación entre el objeto a y el falo (tema que será ampliado en el capítulo II sobre castración) parafraseando a Nasio: "Ningún significante hará referencia a su ausencia, sin embargo, la falta que él constituye es contorneada por un borde que sirve de marca. Este borde que ciñe a la falta como un punto y deno-

ta al objeto en su progresión metonímica es el falo". (16b, p. 83) Es decir que el objeto no es representable, pero como falta es localizable.

Resumiendo diremos que lo real es la estructura que determina el orden de las apariencias, es lo estructural para el sujeto, en cuanto que determina su estructura de sujeto hablante.

Es diferente: 1) a la realidad (Wirklichkeit), que se refiere a la realidad social (principio de realidad), realidad en cuanto está constituido por lo simbólico (sistema de lugares) como lo vigente, lo efectivo, preexistente al su jeto, y 2) a la "realität" (realidad psíquica) de la que habla Freud refiriéndose al deseo y al fantasma (que estaría situada del lado de lo imaginario).

A lo real, no le falta nada, es el significante el que cava en lo real, creando la falta.

Lo real, como dice Lacan, aparece como un límite ins taurado desde lo simbólico. (15i, p. 31)

b) Lo simbólico :

En páginas anteriores, hacíamos hincapié en el orden de lo simbólico, orden que tiene que ver con lo que preexiste al sujeto (leyes, prohibiciones, mandatos), y lo que tiene que ver con su estructura. Se distingue de lo imaginario (relaciones del yo y los otros), y en ese sentido que Lacan llama a lo simbólico el Otro grande. El Otro grande sería

el lenguaje en el sentido que estaría siempre allí antes que el sujeto. Es el tercer término que define una relación de dos, ya que cuando dos hablan lo hacen refiriéndose a un có digo externo a los dos y a la vez compartidos por ambos.

El Otro grande es, pues, sede de la verdad y el deseo, y como lo indicábamos, se encuentra en una posición de exterioridad con respecto al sujeto, sujeto que vendrá a insertarse en lo simbólico, quedando marcado para siempre, ya que por hablar paga un precio muy alto: una deuda con el Otro, imposible de saldar.

Lo simbólico es, además, sede de todo lo decible, al go así como el registro de todos los discursos emitidos. De ahí lo que venimos sosteniendo: el inconciente es discurso del Otro.

Por otro lado, si colocamos el discurso universal en el Otro, entendemos que cuando un sujeto habla es al Otro a quien habla, más allá de otro imaginario que soporta cualquier diálogo. "Es el Otro de la palabra que es el alocutor fundamental, la dirección del discurso, más allá de aquel a quien se dirige". De ahí que decíamos que la operación analítica juega esencialmente en lo simbólico: ya que la praxis, como dice Lacan (15h) se podría definir como la forma de tratar lo real por lo simbólico, que es lo que permite dar sentido a todo, aunque de por sí no tenga ningún sentido.

Resumiendo: el elemento simbólico es el tercer elemento que interviene para romper una relación dual, imaginaria, sin salida: un mundo donde impera la cultura, la ley y el lenguaje.

c) Lo imaginario

La relación imaginaria con el otro, tal como indicábamos al referirnos al estadio del espejo, se despliega en una situación dual, eminentemente narcisista. Lo dominante de esta etapa es la agresividad, y la identificación con la imagen del otro.

Agresividad porque el yo al enfrentarse al otro imaginario (en un juego de proyecciones), siempre teme ser suplantado por él, ya que al ser su semejante (su igual), puede ocupar su lugar en el deseo del Otro. (Cf. 15b.2)

Lo imaginario, pues nos remite a la identificación primaria (narcisismo primario), reino de las imágenes (por lo tanto ilusorias, engañosas) que sirven de espejo donde el yo se refleja y se enamora de sí mismo, tal como lo hiciera Narciso frente al lago que lo cautiva. Pero Narciso, recordemos la leyenda, al querer besarse se ahoga: es pues una relación mortífera, como lo señala Lacan, situación cuya única salida es la alienación, el enlace identificatorio. De ahí que para Lacan, el yo no es algo unificado, dotado de una

función de síntesis, eje de la personalidad (como lo plantea la escuela americana, por ejemplo, Hartman, Loewstain), sino que el yo es un desorden de identificaciones imaginarias. El yo es para Lacan una trampa, un engaño original, que tiene una estructura de síntoma, por su carácter defensivo y resistente. Concepto que ya encontramos en Freud, en sus primeros trabajos (Proyecto y Estudios sobre la Histeria).

Pero para que se dé la identificación, es necesario que el niño reconozca su imagen como igual y a la vez diferente a la del otro, es decir que debe subsistir una estructura que marque los lugares y las diferencias: o sea que es lo simbólico lo que induce a lo imaginario, lo que pone orden al caos inicial del niño donde no hay reconocimiento ni diferenciación entre el yo y el no-yo.

Vemos entonces, que lo simbólico induce lo imaginario, que lo real pone límites a lo simbólico, enfrentándolo con lo imposible de la muerte, de la sexualidad y del goce. Que lo simbólico cava en lo real, lo bordea y se estructura a partir de él. Que no puede hablarse de un sujeto sin las referencias a lo imaginario.

Es imposible referirse a un registro separado de los otros dos. Lacan ilustra esta imposibilidad de separar los tres registros, con la figura topológica del Nudo Borromeo (tres anillos unidos de tal manera que al querer separar uno,

se rompen los otros dos). Así nos dice: "...un nudo, es aquello por lo que el hombre logra ser tres. Es decir, mostrando que lo imaginario, lo simbólico y lo real no se distinguen sino en que son tres, sin más". (18, p. 12)

1.5 Lalangue

Insistimos a lo largo de todo el capítulo en la primacía de la cadena significativa, cadena que se despliega más allá del sujeto, más allá del yo imaginario. Veamos también que la articulación de dicha cadena producía el discurso. Discurso que para la teoría psicoanalítica implica un quiebre entre lo individual y lo colectivo: lo excéntrico del sujeto con respecto al yo. En el discurso se juega así la subversión de lo individual en el habla, con respecto al sujeto que es hablado. "El discurso no se funda en el sujeto, sino en la estructura del lenguaje y por ende en la del significativo". (1, p. 20) Discurso que es efecto de la cadena significativa.

Detrás del discurso intencional del yo, la teoría psicoanalítica descubre a un sujeto del inconciente; cruzado por el deseo y el goce, y por lo imposible de la sexualidad y la muerte. Ese inconciente está "estructurado como un lenguaje: lenguaje que se llama lalangue". (1, p. 29) Hay algo, del orden del deseo, del goce, de la sexualidad y la

la muerte que es inintegrable en el universo del discurso. Hay un límite del significante para nombrarlos. Una falta del significante para revelar el ser. Esta falla del significante, para decirlo todo, es expresado por Lacan en la fórmula $S(\bar{A})$: "lo que el falo realiza en el Otro del significante". (15f.1, p. 114) La falla aparece en el Otro, el Otro simbólico que a su vez constituyó al sujeto como deseante, como sujeto del inconciente, interpelándolo con una pregunta (ver párrafos anteriores), pregunta que descubre la falta en el Otro, la falla en el Otro. Hay pues un enigma que no tiene respuesta, puesto que cualquier intento de respuesta remite siempre al Otro del Otro. Nos estamos refiriendo a la dimensión metonímica del deseo, ubicable sólo en relación al deseo del Otro, siempre señalando otra cosa de la que es. (15f.2, p. 136)

Veamos ahora que eso inintegrable es nada menos que la nada. Es decir, es lo real, y todo lo que venga a inscribirse en ese lugar -falo, sujeto, objeto a, nombre del padre- son "maneras de ser de la falta". Pero, además, todas estas inscripciones no son nunca iguales, se realizan cada vez de manera diferente, como lo dice Miller (1, p. 20), "diversidad de la nada", refiriéndose a una concepción estrictamente dialéctica del juego de inscripciones.

Es pues desde "este punto $S(\bar{A})$ que el discurso susu-

rra. Punto irreductible de un "yo no quiero saber nada".

Vemos así, que existe en la lengua "un plus, un resto, un real rebelde a la formalización", porque en el decir, cuando se repite, siempre hay algo nuevo, nunca se dice lo mismo, "porque lo real de la lengua resiste, toda alocución conserva la dimensión de lo no idéntico". (3a, p. 146) "Ser ella misma y estar abierta a la vez a diferentes sentidos, es lo propio de toda alocución, atravesada siempre por el equívoco, por el sentido otro, por el sentido del Otro". (3a, p. 146)

Lacan crea así, este concepto que da cuenta de ese real que insiste en la lengua (errores, polisemia, efecto de chiste...): Lalangue, que sería de acuerdo a lo que venimos desarrollando, lo real estructurante de la lengua por efecto de lo simbólico. Lalangue es de lo que está hecho el inconciente, lalangue forma el inconciente. Puros significantes que tienen una sola lógica, una sola pasión: empujarse unos a otros para crear un efecto de sentido, de significancia.

Se trata de un discurso sin sentido, de pura homofonía; cargas libres, decía Freud, indicándonos así que no existe señal en el inconciente de un significante que asegure el goce. Este simplemente será evocado, contorneado.

Lalangue es lo que habla el inconciente. La lógica

del significante, como decíamos, impera ahí: los significantes se enlazan, se sustituyen en forma interminable, eternamente, de ahí que Miller diga citando a su vez a Lacan: "Hay mucho más cosas en la lalangue que aquello que sabe el lenguaje... Lo que se sabe hacer con lalangue sobrepasa de lejos aquello que uno puede explicar a cuenta del lenguaje. Quien lo atestigua es el inconciente retórico sin igual". (1, p. 23) Retórico en cuanto al constante desvío del sentido hacia nuevas formas de sentido, recursos por medio de los cuales se modifica el sentido. Recordemos a Freud (Interpretación de los sueños) insistiendo siempre en el discurso disfrazado que remite siempre a otro.

Hacemos un pequeño paréntesis para señalar la dificultad que se nos crea al querer explicar un concepto como lalangue; ya que no se trata de imaginarizarlo como un simple depósito de significantes, sino de señalar que el significante por su misma estructura aparece creando la falta. (Recordemos, a riesgo de ser reiterativos, que a lo real no le falta nada), y a la vez ocupando el lugar de esa falta. Se trata pues de un concepto imposible de definir, es la pura contingencia, ya que toda definición pasará por su relación con otras tantas definiciones, porque no se puede definir a un significante sino por lo menos dos, que a su vez remitirán a otro, círculo vicioso, señala Miller. De ahí el carácter "aconceptual" de lalangue. Pero como no se trata

aquí de justificar la insuficiencia, trataremos de explicar mejor lo que intentamos decir sobre la lalangue.

"Lalangue sólo se sostiene en el malentendido, vive, se nutre porque los sentidos se cruzan y se multiplican sobre los sonidos dando como resultado el sinsentido", única posibilidad de algún sentido, de un encuentro con la verdad. Tal como lo hiciera notar Freud en el "Chiste y su relación con el inconsciente", apoyándose para explicarlo en la técnica del significante.

"Lalangue es el depósito, la colección de las huellas de los otros sujetos", es decir, aquello por lo cual cada uno ha inscrito, digamos, su deseo en lalangue, puesto que "al ser parlante le son necesarios los significantes para desear. ¿Y con qué goza? con sus fantasmas, es decir, nuevamente con significantes". (1, p. 24)

Lalangue es pues, lo que estructura al sujeto del deseo, "es la lengua materna interpretante universal de todos los signos, siempre única, irrepetible, e inconsistente" (1, p. 24) en cuanto que lalangue es libre, desencadenada porque no tiene límites que la constriñan, que la sometan o definan.

De ahí que se plantee que el lenguaje y la lengua (objeto teórico de los lingüísticos) sean segundas con relación a lalangue; ya que es en el intento de comprenderla de ceñirla científicamente, que los lingüistas formalizan la len-

gua. Recurriendo a Milner (24, p. 28) diremos que la lanque es el término exorbitante que permite entender la serie lengua, lenguaje, habla. Es el hueco que posibilita la movilidad del significante, en todas sus formas y conexiones. El psicoanálisis estudia, investiga esta falta, falta que permite que un sujeto hable, falta que lo empuja (ver Cap. III sobre la pulsión) a decir.

Por eso decíamos que el psicoanálisis incluye lo que la lingüística excluye.

1.6 Psicoanálisis y lingüística

En líneas anteriores analizábamos la influencia y la determinación que tuvo la lingüística estructural para la relectura que hace Lacan de la obra de Freud. Hacíamos notar la relación de parentesco, digamos, que había entre ambas teorías, en el sentido de que el campo del psicoanálisis es coextensivo del campo de la palabra. Señalábamos también que Lacan hace una importación perturbada de elementos de la lingüística saussuriana, de la de Jakobson y de la retórica, elaboraciones que lo llevan a formular recientemente un nuevo concepto: el de "Lalange".

Y si bien es cierto que el problema para el psicoanálisis es entender, no la teoría de la lengua o del habla des

de la preocupación lingüística, sino el análisis del discurso, tal como lo definíamos en páginas anteriores (lugar intermedio entre la lengua y el habla) señalando con esto lo transindividual que supone el discurso), nos interesa ahora poder señalar, desde la teoría analítica, las carencias de la lingüística, y formular así la crítica que desde el psicoanálisis se puede hacer a la lingüística.

Pensamos además que esta crítica que haremos en este apartado, es un buen pretexto para resumir y profundizar lo específicamente psicoanalítico: la teoría del deseo que perverte todo decir que pretende ser totalizante. Aclaremos pues que no se trata de pretender desbaratar a la lingüística, sino hacer hincapié en los límites de la lingüística, límites donde el psicoanálisis sí, tiene que decir. Además es importante, no ser ingratos con la lingüística, ya que la misma ofreció una escritura posible de la lengua, material que sirvió a las elaboraciones analíticas contemporáneas. (Nota: al final de la tesis figura un apéndice con un desarrollo de cuatro de las principales escuelas de la lingüística moderna, sobre las que basaremos las ejemplificaciones durante la crítica).

Partamos pues de la primera gran diferencia que marcábamos al finalizar el punto anterior: el psicoanálisis incluye lo que la lingüística excluye. Nos referimos con esto

a que sólo el psicoanálisis puede dar cuenta de las fallas del habla, del equívoco, del lapsus, de la polisemia.

La lingüística en cambio, parte según el análisis de Milner en el libro "El amor por la Lengua" (24) del siguiente axioma: Lo real de la lengua es del orden de lo calculable; lo cual implica: a) constituir la lengua como un real, hacerlo causa de él mismo; b) la lengua así es algo representable al cálculo; c) pensar al sujeto como alguien que sólo enuncia, considerándolo como un punto sin división ni extensión lo cual equivale, como lo veremos, dejar al sujeto fuera, y d) la suposición de dos puntos simétricos en la comunicación: uno de emisión y otro de recepción del mensaje.

La teoría analítica, que basa sus conceptualizaciones en una práctica con el sujeto hablante, nos muestra otra cosa muy diferente: 1) que el orden de lo real resiste a toda formalización, de ahí sus insistencia y repetición en las llamadas "fallas" del lenguaje; 2) que no hay por lo tanto, formalización posible para un objeto contingente y azaroso como es la lengua; 3) que el sujeto tachado y por lo tanto de seante está siempre implicado, ya que está constituido por efecto del significante y que no hay lengua sin un sujeto que la hable, y 4) que "los mensajes que nosotros aparentemente emitimos según nuestra voluntad y nuestro querer, son para la teoría analítica Mensaje que se emiten en nosotros y

que se originan en otro lado, en una estructura". (22a, p. 77)

Vayamos ahora, analizando cada uno de los cuatro puntos descritos:

1. La lingüística constituye a la lengua como un real, causa de él mismo, y 2) y por lo tanto, representable al cálculo:

La lingüística se presenta como una ciencia: tiene un objeto (la lengua) unificado completo y formalizable (Cf. Apéndice). Pero para sostener el todo de su objeto la lingüística debe ignorar un punto: el sujeto del deseo que porta la lengua, es decir el sujeto de la enunciación. Con esto, ignora la falta, como lo señala Milner y sostiene: a) que de la lengua nada tiene que saber, y b) que la red del lenguaje es completa y consistente. (24, p. 41)

Pero, si tenemos en cuenta que el hombre, siempre que se enfrenta a lo imposible de lo real, a lo imposible de ser representado, trata eso que se le escapa por medio de lo imaginario (por ejemplo, la forma en que se imagina a la muerte), de la misma manera la gramática constituye una imagen de completud del campo que estudia, imagen propia de lo imaginario, y como lo dice Milner, "su totalidad está en un fantasma". (24, p. 41)

Recordemos una vez más que el orden de lo real resiste a toda formalización, y es por eso que insiste y repite (compulsión a la repetición, que se manifiesta en la insistencia de significantes), es decir, que es "aquello que no cesa de no inscribirse", estando presente, por lo tanto, detrás de toda búsqueda, detrás de todo decir. El objeto-causa-del-deseo, objeto a, está en el orden de lo real, es el responsable de esta búsqueda del sujeto, búsqueda que moviliza toda la actividad humana: todo su decir, su creación, su sublimación.

Creemos haber dejado en claro en páginas anteriores, que existe un resto, un desecho que está fuera de lo decible, pero que articula todo decir posible. Llamábamos desde Lacan, lalangue a esta estructura estructurante del decir. Vale decir que el hecho "de lengua consiste en que en el lenguaje exista el imposible, imposible de decir, imposible de no decir de determinada manera". (24, p. 29) Pero, todo esto, es teorizado desde gramática y la lingüística como el límite entre lo correcto y lo incorrecto, siempre desde el todo en que piensan la lengua. (Cf. Apéndice)

Lalangue aparece como el no-todo: lugar donde nunca se acaba de decir todo, donde cada vez se dice diferente, donde prima el sin sentido que se repite incansablemente, porque como decíamos en páginas anteriores, la verdad nunca

puede decirse entera. Lalangue hablará hasta que la muerte sobrevenga, único momento, como lo señala Nestor Braunstein (3b) que el decir tendrá su puntuación final.

Pero la lingüística no se hace cargo del no-todo de la lengua, y se enuncia como ciencia del todo de la lengua. Es importante señalar de paso, que para que exista el todo como concepto, sólo es posible de pensarlo en relación a su oposición no-todo. Lalangue, insistimos nuevamente, es el no todo, porque siempre hay algo que no cesa de inscribirse ahí.

Podemos decir, entonces, que la lengua soporta el no-todo de lalangue, pero a condición (para conservar su estatuto de ciencia) de que sea tomada como completud, como todo, así: "la lengua es la red por la cual lalangue falta, pero en sí misma, la red no debe comportar ninguna falta". (24, p. 40)

Y curiosamente aquello que señalábamos como lo imposible de la lengua, o sea, aquello repetible en una red, es lo regular para la gramática (Cf. Apéndice) y así, lo real es objeto de reglas, mediciones y tablas, entrando de esta manera en el campo de lo científico. (Nota: esto nos enfrenta al problema de la científicidad del psicoanálisis, ya que si el objeto que estudiamos es contingente, resbaladizo, impreciso, donde queda la condición principal de una ciencia, a

saber la producción y reproducción de su objeto de estudio, preciso y bien delimitado? Respuesta que de intentarla excedería grandemente lo propuesto para esta tesis).

Pero lo real no es representable, y así como lo señala Lacan, la lengua como tal no es matematizable en términos de reglas y leyes. Lo real escapa al discurso, a lo simbólico. El discurso, dice C. Millot (26, cap. 12), "permite solamente ubicar de alguna manera los bordes de ese real, de ahí que también el discurso teórico del psicoanálisis en sus diferentes etapas (tengamos en cuenta, por ejemplo, las constantes modificaciones que a Freud se le imponían desde su práctica) puede considerarse como sucesivos modos de aproximarse a lo real, por el discurso".

Podemos decir entonces, que la lengua, efecto de lalangue, es soporte del no-todo de lalangue, por eso todo lo que pueda decirse de lalangue, sólo es posible de hacerlo desde la lengua, desde el lenguaje.

El objeto de la lingüística (la lengua) ha sido arrancado de lalangue (por ejemplo, el paradigma de Saussure, Cf. Apéndice) y el no-todo de la lalangue marca el límite de la lengua. Lo que equivale a decir, que "la lengua soporta el real de lalangue" (24, p. 30), al igual que el yo soporta el discurso del inconciente.

Ahora bien, si decimos que todo lo que puede enun-

ciarse de la lalangue es a través de la lengua y el lenguaje, vemos que la lengua así considerada, testimonia la articulación del deseo y es incluida en la dimensión de la verdad. Premisa básica del psicoanálisis, que tiene como método a la asociación libre, el decir de un yo. Verdad con respecto a lo no decible, ya que hay que recalcar una vez más que la verdad sólo se dice a medias, porque la verdad es eso que falta a las palabras, de ahí que Milner remarque que "la verdad en tanto que no-todo hace a lo real". Lo verdadero no es totalizable, lo cual lleva a Milner a concluir: "Lalangue hace a lo real". (24, p. 30)

3. Pensar al sujeto como alguien que sólo enuncia

En este punto tratamos la crítica a Hjelmslev y Chomsky, que en el margen de este trabajo representan la corriente lingüística que trata al ente hablante como un sujeto sin historia, indivisible, sin conciencia ni inconciente, que su único deseo es el de la enunciación. Un ente hablante que, como nos dice Miller (1, p. 10), se transforma en un angel "que desde siempre representa lo que adviene de un sujeto cuando sólo se retiene de él la dimensión de enunciación pura". Estos dos autores son representantes en excelencia de una visión más generalizada de los lingüistas de lo que es la teoría del lenguaje. Ellos hacen hincapié en el aspecto metódico y científico del lenguaje, o sea que se con

centran en la investigación de la lengua, dejando de lado el aspecto subjetivo que interviene en el mismo lenguaje. Este aspecto está retomado por el psicoanálisis que trata de incluir en su estudio justo lo que resta para la lingüística, o sea todo lo que falla a la lengua.

Lo que está en cuestión desde este ángulo no es la crítica a la validez de la cientificidad de la lingüística, la que podrían hacer sólo los lingüistas. Más bien, lo que tratamos de ver es cómo se inserta el psicoanálisis justo donde se crean huecos y fallas en el análisis lingüístico positivista representado por estos dos autores: L. Hjelmslev y Chomsky.

Empecemos con la siguiente frase de Hjelmslev (Cf. Apéndice): "la teoría en última instancia es por sí misma in dependiente de toda experiencia". Posición neopositivista que nos indica que la teoría lingüística restringe su objeto de estudio para posibilitar la proyección de una estructura descubierta sobre los fenómenos que la rodean, de modo que puedan explicarse satisfactoriamente a la luz de la estructura; es decir, porque la estructura supone la exigencia de una totalidad global tras del análisis, y "el lenguaje tal como es en la vida y en la realidad -puede verse de nuevo sintéticamente como un TODO".

Una postura parecida está asumida por la lingüística

generativa, que pone en el fundamento de la lingüística al "hablante ideal", que habla el lenguaje de la gramática generativa, una creación ficticia que supone un saber completo de una lengua correcta, inequívoca que abarca a sus propias leyes transformacionales, y a la vez es causa de sí misma. Estas leyes están sometidas a la lógica formal, y así se relacionan entre sí, en cadenas finitas de ecuaciones lógica-matemáticas que van más allá de sujeto hablante. Para Chomsky, la lengua y no el sujeto; es por un lado el origen de la creatividad y de la infinidad del lenguaje; y por el otro lado es la inserción del sujeto en el lenguaje una propiedad genéticamente innata. Esta propiedad hereditaria es la que permite al niño usar reglas de la lengua, sin haberlas aprendido. Esto nos lleva a suponer que para Chomsky el Otro simbólico es el mismo que habla (moi soporte del lenguaje), es decir que el locutor e interlocutor son uno solo. El Otro simbólico no es humano, no está sometido ni es sometedor de la ley y el lenguaje (en cuanto subjetivo), sino más bien como lo metaforiza Milner "es otro mecanizado, calculable, objetivo asexual -la computadora. (23p, 41) Este locutor-receptor no sufre desviaciones, fracturas, o distracciones alguna, sino que está marcado por una univocidad asexual. El chiste, el equívoco y el malentendido son fenómenos que vienen a mostrarnos la separación del locutor y del auditor; a la vez que nos muestran con su insistencia los surcos que el sujeto hace en el lenguaje, como constantes transgresiones a la ley. No hay lenguaje hablado estrictamente que se produzca sin

que el efecto del sujeto esté siempre ya allí. De la misma forma que Lacan dice, "no hay metalenguaje". (2b, p. 43)

Así nos dice Milner, que para la lingüística, el sujeto hablante es simetrizable, un sujeto no deseante. La lengua para los lingüistas está tratada como si nadie hablara, vía por la cual se ve libre de aquello que podría amenazar a descompletar el objeto a representar. Al mismo tiempo, el sujeto de la enunciación visto desde el psicoanálisis, es capaz de deseo y es no-simétrico. El psicoanálisis trabaja al lenguaje integrando sus manifestaciones del sinsentido, incluyéndolos dentro del margen de su investigación teórica y de su práctica clínica. A través de este camino se acerca a la explicación de lo que es, por ejemplo, el discurso psicótico, imposible de explicar desde la lingüística. El descubrimiento inicial e inolvidable de Freud, opina Milner (23, p. 40) "es que integra el lenguaje incluyendo en él al sinsentido" "...lo que más sentido tenía para el sujeto era, precisamente los momentos en que su discurso podía desfallecer, deshacerse, caer y donde algo podía ser un error, una falta, un olvido: él restableció la positividad de este negativo".

4. Teoría de la comunicación

La teoría de la comunicación supone que entre dos sujetos que se hablan existe un fonador y un auditor "que se sitúan ante un acto individual que permite reconstruir el

círculo de la palabra", nos dice Saussure. (5g, p. 54) En sus términos, este acto se inicia en el cerebro del productor donde los conceptos se hallan en imágenes acústicas que se expresan por medio de la enunciación. Estas se perciben por el receptor en el que se produce un movimiento inverso, o sea que el sonido percibido se transforma en concepto correspondiente. Este es un hecho objetivo que supone el funcionamiento que se da entre dos personas o más.

Para el psicoanálisis el proceso se complica algo más. Para éste, toda "comunicación" supone además de los dos interlocutores siempre al Otro del lenguaje y la verdad como venimos trabajando estos conceptos. El Otro es el ter cero "presente" en todo el diálogo que funciona como referencia para cada uno de los conversantes. La comunicación por lo tanto se da en el lugar del código, lugar que hasta cierto punto tiene una dimensión externa al sujeto, pero a la vez una dimensión estructurante para él. Por un lado entonces los interlocutores se refieren a "la" realidad compartida por ambos que incluye a la realidad del lenguaje y las reglas que lo rigen. Por otro lado, cada uno de los conversantes se refiere a "su" realidad que a su vez supone al Otro. Esto nos lleva a decir que desde el punto de vista del psicoanálisis el emisor recibe su mensaje del receptor en forma invertida. Y como nos dice Miller cuando habla de Lacan, "Es también el Otro cuyo inconciente es el discurso,

el Otro que en el seno de mí mismo me agita y con ello es también el Otro del deseo como inconciente, es deseo opaco al sujeto, y acerca del cual pide, en ciertos casos, que le informen acudiendo a la cura psicoanalítica". (23, p. 22)

Así entendemos pues, que es un receptor el que produce el mensaje para quien luego lo emitirá. Por eso hablamos: para que el otro nos diga quiénes somos nosotros. Esta es la razón por la cual dice Lacan que el mal entendido está en la base de la comunicación y no lo entendido, el sin-sentido y no el sentido son la esencia del lenguaje. Para la teoría psicoanalítica el mensaje que se produce en el emisor se origina en otro lado, en la estructura como dice Massota. (22a)

Estructura en la cual está en juego el deseo y el goce. La negación es un buen ejemplo para mostrar cómo la palabra "no", representa un reconocimiento inconciente profundo. En el psicoanálisis lo que se trabaja es el deseo inconciente, la verdad del sujeto-del-inconciente.

CAPITULO II

CASTRACION Y EDIPO

Si Freud decía que el complejo de Edipo era el complejo nodal para entender al sujeto, es justamente porque a través del mismo, el sujeto se inserta en la cadena significativa, es decir en el orden simbólico: se hace sujeto del inconciente y se ubica en la línea generacional que le corresponde, asumiendo (imaginariamente) un rol sexual.

Asimismo, es desde el descubrimiento del complejo de Edipo (1897) que Freud puede profundizar y esclarecer la psicopatología, lo cual se revierte, por la solidaridad absoluta en la obra de Freud, entre la clínica y la teoría, en la conceptualización fecunda de aspectos fundamentales de la teoría analítica. Es pues la introducción de lo simbólico lo que da coherencia a la obra freudiana.

El Edipo como experiencia universal, es vivido imaginariamente por cada sujeto, dentro del cual escribe su propia historia, historia que como venimos sosteniendo no es individual, sino transubjetiva, desborda los límites de un su-

jeto aislado. El Edipo nos demuestra justamente el límite borroso entre el sujeto aislado y su cultura.

Además, como intentaremos mostrar, el complejo de Edipo es absolutamente inseparable de la castración, porque es justamente la castración (simbólica), la que desencadena el Edipo como experiencia transubjetiva.

Partamos pues, de la determinación radical que tiene el orden simbólico en la constitución de la subjetividad, de lineando primeramente un aspecto fundamental incluido dentro del complejo de Edipo. Ya que el término "complejo" de por sí nos indica que se trata de una trama de experiencia que se determinan mutuamente.

Basta con leer los trabajos de Levy Strauss, por ejemplo, Estructuras Elementales del Parentesco (1949), para poder entrever que la vida de los grupos que se constituyen en comunidad, está sometida a la regla de la alianza, la cual determina el intercambio de las mujeres. Toda alianza está presidida por la ley. Ley que a la vez determina los nombres del parentesco y que se presenta como imperativa en sus formas, para el grupo es inconciente en su estructura, lo mismo pasa también con las leyes que rigen al lenguaje.

De ahí que el sujeto no pueda saber, ni conocer cuál es su participación inconciente en esa estructura, es decir, dentro de las complejas estructuras del parentesco, y así

nos encontramos con que el Edipo como experiencia subjetiva es la que marca los límites de dicho conocimiento parcial.

Esta ley que regula las alianzas y que marca así la diferencia entre lo natural y lo cultural, aparece como idéntica, decimos, a la ley del lenguaje, ya que para que haya cualquier diferenciación generacional, o intercambio entre hombres y mujer, es necesario que hayan nombres que designen esas diferencias y esos lugares. Recordemos además que simbólico quiere decir pacto, mediación donde la palabra que es presencia de una ausencia permite por eso mismo, ordenar el universo de las cosas, que antes de la palabra no eran nada. El símbolo, el significante ordena las relaciones entre los hombres.

1.1 Edipo en la obra de Freud

La temática del complejo de Edipo no se encuentra aislada, como obra aparte sistematizada, en las investigaciones de Freud, sino que se encuentra desarrollada en varios momentos de su producción. La encontramos enunciada primeramente en su correspondencia con Fliess (Carta 71, octubre 1897), y luego en obras como la Interpretación de los Sueños (1900), lo Siniestro (1919), Más allá del Principio del Placer (1920), El Yo y el Ello (1923), Organización Genital Infantil (1923) y en el Presidente Wilson (1930), entre las

más significativas.

Creemos que si bien se hace difícil esta metodología de Freud, nos permite por otro lado, no leer al Edipo ingenuamente ni en forma aislada, ya que toda la obra de Freud está soldada por este concepto central, nuclear; ya que para entender cualquier desarrollo analítico y para poder escuchar en la clínica, sólo es posible hacerlo desde la comprensión del papel estructurante que tiene el Edipo, en la historia del sujeto. Recordemos que lo dice Lacan, refiriéndose a la castración, concepto inseparable del de el complejo de Edipo: "la castración perfora todas las fases del desarrollo". (15h)

Veamos ahora los elementos más importantes del desarrollo teórico de Freud sobre el Edipo, para pasar luego a los aportes hechos por Lacan.

Edipo y Freud

La primera referencia al Edipo la encontramos en la carta 71 a Fliess, donde alude al complejo de Edipo como un fenómeno universal de la infancia, marcando su carácter inevitable, "de destino": "Se me ha ocurrido, sólo una idea de valor general. También en mi comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la infancia temprana... Cada uno

de los espectadores, fue una vez en germen o en su fantasía, un Edipo semejante y ante la realización onírica trasladada aquí a la realidad, todos retrocedemos horrorizados dominados por el pleno impacto de toda la represión que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual". (8u, p. 785).

Pero aún cuando en sus inicios el Edipo fue descrito en forma sencilla y simple, permite ya entender en forma diferente lo que Freud teorizaba en sus Estudios sobre la Histeria, donde había enunciado la Spaltung o escisión de los contenidos sexuales, rechazados de la conciencia e inscritos en el inconsciente; a partir de aquí es el complejo de Edipo el que articulará todas las relaciones del sujeto y determinará los procesos de represión.

Pero, es recién con la inclusión del concepto del Falo (la organización genital infantil, 1923) que Freud termina de articular lo sexual en lo edípico, lo cual determina además el movimiento necesario (línea generacional, identificaciones, etc.) que en última instancia es lo que define al Edipo. Porque sin el concepto de falo no puede haber movimiento en el Edipo.

Freud se refiere al falo como fase: El falicismo infantil, donde los niños de ambos sexos sólo admiten conocer un órgano genital: el masculino. Pero el falo, no es el pe-

ne, sino su premisa universal; símbolo que significará la presencia o la ausencia del pene, como realidad anatómica, a la cual el falo simboliza. Surge así el complejo de castración en su punto pico, y así aparece para el niño la oposición fálico-castrado, como presencia o ausencia de un solo término: el falo. La característica más importante señalada por Freud, es la capacidad de ser separable del cuerpo para circular entre otras personas. Recordemos que el órgano masculino puede ser sustituido por otros símbolos en la ecuación $\text{pene} = \text{heces} = \text{niño} = \text{regalo} \dots$. Así, "la teoría del complejo de castración atribuye un papel preponderante al órgano masculino, esta vez, como símbolo en la medida en que para el sujeto, esta presencia o ausencia no es algo obvio, no es reductible a un simple dato, sino que es el resultado problemático de un proceso intra e intersubjetivo (asunción por el sujeto de su propio sexo)". (19, p. 140)

El núcleo que organiza el complejo de Edipo es el complejo de castración que a la vez que resignifica (Nachträglich) las amenazas anteriores (amenazas de castigo y castración) así como las pérdidas anteriores (pechos-heces); crea una fuerte angustia (temor a la pérdida de los genitales narcisísticamente investidos) imponiendo al niño la renuncia al objeto incestuoso y la apertura a la identificación paterna a través del modelo y la promesa hacia objetos fuera del am-

biente endogámico.

Para la niña el complejo de castración se presenta bajo la forma clínica de envidia del pene (penis-neid) y el proceso edípico aquí es diferente al del varón; mientras que la angustia de castración disuelve el Edipo en el niño, la envidia de pene desencadena el Edipo propiamente femenino. La niña cuyo objeto primero es la madre, al sentirse frustrada y engañada por ella (porque no le dio un pene) abandona a la madre como objeto para ir a buscar en el padre aquello que ella no tiene. Y buscando el pene del padre, se encuentra, ecuación simbólica mediante con un niño. (El Edipo femenino con todas sus vicisitudes será desarrollado más adelante).

1.2 Edipo y Lacan

Es a partir del significante falo que Lacan reformula la noción del complejo de Edipo planteado por Freud, donde las alternativas que se presentarían son, ser o no ser el falo, tener o no tenerlo, articulado a través de un Edipo en tres tiempos, donde lo que circula es el lugar del falo en cada uno de los tiempos (la positivación del falo en cada momento).

Primer tiempo

Este primer momento se caracteriza por una relación dual de dos, imaginaria y especular entre el niño y su madre. Se la comprende desde la fase del espejo, momento princeps de la identificación. Es el momento en que el niño asume una imagen y se transforma a partir de ella. Pero al asumir su imagen lo hace desde la imagen del otro -su madre- y además es una imagen que anticipa lo que todavía no puede hacer, pasando de la insuficiencia corporal (inmadurez) a la anticipación, es decir que es a través de una ilusión de dominio corporal que el yo del niño empieza a funcionar. Este yo hecho sobre la captación imaginaria y especular, desde el comienzo se presenta como alienada y como sede del desconocimiento. (Cf. Cap. I)

La madre al libidinizar este yo especular crea un yo-ideal, objeto en este momento del narcisismo puro. Este "yo" es depositario de todos los deseos y expectativas de la madre. El niño luego de identificarse con su propia imagen (la del espejo), se identifica con la imagen del otro (del semejante), y así, decimos puede identificarse con aquello que la madre desea: el falo. Completa su carencia y "es" a través del deseo de la madre, como dice Lacan: "Es deseo del deseo", desea ser todo para la madre. (15f.1 p. 86)

Por otro lado, se dice que la fase del espejo escenifica un drama, en la medida en que aparecen los celos y la rivalidad. La agresividad, correlato del narcisismo (15b.2)

se refiere al otro, que al ser igual que el yo, desea lo mismo y al ser rival, hay que eliminarlo. Si entendemos al deseo como presencia de la ausencia, como marca que conduce siempre al otro, veremos que el padre al aparecer en el deseo de la madre, es vivido como un rival peligroso. Ya que la madre aparece generalmente deseando algo más que al niño, por su propia inserción a la cultura.

Abriríamos ahora un paréntesis para referirnos brevemente a lo que entendemos por falo. El falo es un significante, y como tal no puede ser un objeto. Es el significante de la falta en el otro cuyas referencias están perdidas, reprimidas. El falo sólo puede encontrarse en el otro, ya que siempre designa el deseo de otro, la carencia del otro. Así, como decíamos más arriba, el niño encuentra la referencia al falo a través de la madre (que desea otra cosa).

Segundo tiempo

Aparece el padre como privador y soporte de la prohibición. Podría decirse que la función del padre es aquí, la de producir la separación o corte en la relación madre-hijo: ejercer la prohibición y por lo tanto la castración o spaltung. Dicha prohibición es doble: a la madre castra de su objeto fálico que la completa, y al niño priva de su objeto de su deseo impulsándolo a someterse a la ley de deseos, es decir colocándolo como sujeto deseante y por lo tanto sujeto

del inconciente.

El niño mientras "era" solo a partir del deseo de la madre no era otra cosa que su deseo, y por lo tanto no podía desear otra cosa. Y al no haber deseo no había ningún motor que impulse ningún aparato (8c, Cap. VII) y así no habría sujeto del inconciente. Señalemos pues, que es a partir de la represión originaria o lo que se llama la spaltung, que se constituye el sujeto deseante, sujeto del inconciente. Ya que con esta división se crea una estructura oculta sede del deseo y la prohibición; estructura oculta que se manifiesta en la superficie donde florece incansablemente a través de las formaciones del inconciente. La madre en la relación dual primera, nada significa, ya que toda significación es diferencia. El padre como tercero, supone esta diferencia.

El niño entra en el edipo con una rivalidad fraternal casi (primer tiempo) y ahora el padre real se enviste de las características del padre simbólico en cuanto portador de la ley absoluta, del falo. Y es sobre esta figura que se juega la rivalidad y las identificaciones del niño. De ahí que la problemática central de este segundo tipo sea "ser o no ser el falo", siendo la identificación (con el falo), una de las maneras de resolver la disyuntiva.

La función del padre se instaura como dice Lacan (15f.1, p. 86 y siguientes) a través de la "metáfora pater-

na", utilizando además el "nombre del padre" como sostén de la función simbólica que se juega, separando de la simple presencia del padre real o fisiológico.

La metáfora paterna podríamos explicar por la sustitución (de ahí lo de la metáfora) de un significante que ocupa el lugar de la falta o del agujero inicial producido por la separación, por la castración. Es decir, un significante que sustituye una relación de significante/significado (madre-hijo) que es rota y sustituida por el nombre del padre que marca con su sello, una impronta. A través de la metafora, se produce una elisión del deseo de la madre en tanto ella acepta la prohibición del incesto.

Tal como venimos desarrollando este significante primero, que posibilitará la creación de las siguientes cadenas inconcientes, es el falo en cuanto que marca la falta del otro. Significante que a la vez que obtura el agujero, abre y posibilita el campo del deseo. De ahí que el falo sea falta y fuente a la vez (l6c, p. 30), ya que en un solo movimiento dialéctico, a la vez que suprime, levanta y abre la posibilidad de simbolizar el deseo alienándolo en la demanda.

De manera que ante la prohibición el niño debe renunciar a la omnipotencia de su deseo, y por el acceso al nombre del padre, nombrar su deseo (el falo), pero como decíamos alienándolo. Así siempre va a pedir otra cosa.

Tercer tiempo

Es la etapa que se llama la de la "declinación del complejo", en tanto el padre aparece como permisivo; sobre la prohibición hacia la madre abre camino hacia otros objetos a través de la promesa, prestándose como modelo de identificación. Identificación tardía, con la que se "resuelve" el yo del narcisismo primario (yo-ideal) -con una instancia nueva- ideal del yo (81, p. 1092) hecha de leyes, mandatos, valores, en fin hecha de palabras de los padres. Esto permite el pasaje a lo social. Así, al aceptar la castración, el niño se identifica con el padre, que también está sometido a la ley simbólica, que ya no es el padre omnipotente (el falo), sino el portador de una función que le trasciende. En este sentido, la prohibición del incesto, en su efectividad da nombre y lugar a cada uno de los personajes de la familia, dando al niño su individualidad, ubicándolo en una cadena generacional distinta a la de los padres. Al identificarse con su padre el niño pasa de ser el falo omnipotente, a tener un deseo formulable en una demanda, a través de la cual, comienza su búsqueda inacabable de objetos y de ideales.

Por otro lado, el niño recibe de otro lado que el mismo, el acceso a la cultura, el "permiso" para desear y la diferenciación en su sexualidad; es como si se crease a partir de entonces una deuda imposible de saldar, porque el que

posibilitó todos estos avatares que permitieron su individualidad, ya no está en ningún lado... (es necesario que esté muerto para que sea eficiente) está muerto, en cuanto está más allá (es el orden de lo social).

1.3 Castración

La castración es anterior al complejo de Edipo. Formulación extraña aparentemente, ya que lo que conocemos es que el Edipo conduce con su "disolución feliz", por medio de la angustia de castración a la renuncia de los padres, objetos incestuosos.

Vefamos, sin embargo, en los capítulos anteriores que para que haya deseo debe haber un sujeto deseante que soporte dicha tensión, un sujeto que por la prohibición renunció a ser objeto del otro (falo de la madre), para pasar a ser sujeto carente y por lo tanto deseante. (Cf. Cap. I)

El momento (lógico) de esta separación (spaltung) del sujeto con su objeto (madre) es la llamada represión originaria (urverdrangung), también llamada castración simbólica, que nos remite a la pregunta -que organizará el primer punto de este desarrollo- a saber: ¿cómo el deseo queda capturado en su forma original y primaria? Sabiendo que es la ley de la prohibición la que instaaura al deseo en su calidad

de imaginario e imposible de satisfacer.

1.3.1 Sobre el deseo

La primera captura que hace el niño sobre las referencias de su deseo es a través del discurso materno, antes de portar él mismo el lenguaje. La sola presencia de la madre en esta primera etapa de la relación dual e imaginaria (narcisismo-madre fálica) significa amor, donde el infans recibe los dones de la madre. Recordemos que por su indefensión el niño depende absolutamente de la presencia y de los cuidados de la mamá; pero al producirse el pedido del niño (demanda) a su madre, se produce una alteración de dicha relación. Para entender mejor este momento, nada mejor que recordar la observación hecha por Freud a su nietito, el conocido juego de carretel enunciado en "Más allá del principio del placer" (1920), donde el niño escenifica a través de la primera oposición significativa "oo-aa" (fort-da) la primera frustración sufrida de parte de su madre, indicándonos a la vez la forma en que la relación del niño con su madre se vuelve más compleja. Así, cuando la madre decide ya por su propia voluntad, cuando empieza a decir "no", o cuando ya no está presente todo el tiempo, "deviene real, potestad, potencia. De golpe el acceso a los objetos se modifica, los objetos hasta ahí pura y simplemente objetos de satisfacción, se transforman en dones, de parte de esta potencia". (15e, p. 6)

La madre de simbólica deviene real, y los objetos de reales pasan a ser simbólicos, porque pasan a ser dones que la mamá omnipotente puede dar o negar. El pecho materno, por ejemplo, que sirve en un primer momento como objeto real para colmar una necesidad del bebé queda escondido como objeto (en su particularidad) al pasar a ser signo (símbolo) de la relación (demanda) del bebé con la mamá. Además, la mamá que estaba en lo simbólico en este primer momento pasa a ser real, en el sentido que puede decir sí o no. Y así, cuando el niño demanda pecho, no pide el pecho real (el de la necesidad), sino que significa con tal demanda la presencia absoluta de la mamá, y es el carácter incondicional de la misma lo que conlleva por lo tanto su insatisfacción.

Es importante señalar de paso, que lejos de poder considerar al bebé como totalmente omnipotente (como lo considera M. Klein), el niño aparece indefenso y sin recursos ante la madre que puede dar todo o decepcionarlo grandemente; es decir, capacidad de responder a la demanda o rechazarla. El objeto que el bebé demanda a su madre se aparta pues, totalmente de los objetos capaces de satisfacer una necesidad, sino que devienen signos del amor del Otro. Pero como decíamos líneas arriba, la demanda del bebé justamente por ser absoluta, es imposible de ser satisfecha, de ahí que cualquier objeto que se presente en respuesta nunca podrá llenar o colmar ese pedido radical del sujeto, produciéndose

así, la re-petición de algo que lo colme, pero ese "algo" ni siquiera tiene nombre. "La demanda de amor no puede sino padecer de un deseo cuyo significante le es extraño". (15a.4, p. 287) Esta situación, marca el enunciado del sujeto que será siempre inadecuado respecto al deseo que encubre o al significado de lo que verdaderamente pide. De ahí que la frustración se da a través de la palabra: tal es el sentido del uso de la palabra "versagen" usada por Freud, que significa textualmente "des-decir".

El sujeto vivirá en carne propia esta inadecuación, ya no tanto a nivel de lo que pide, sino de la respuesta que le ofrecen ante ese pedido; sabemos que es imposible que el otro pueda brindar al sujeto el objeto de deseo que demanda.

Lo más característico del deseo es que siempre está ligado a una máscara, a una apariencia, de ahí el por qué de su forma siempre problemática. El sujeto pide sin saber que pide otra cosa, es por eso que la demanda articula algo que de por sí es inarticulable. "Decir que el deseo no es plenamente articulable no es decir que no esté articulado. Con la demanda estamos en lo actualmente articulado. (15f.1, p. 110) Articulado porque está ligado al significante; aunque para ser precisos deberíamos decir mal articulado porque "el deseo en tanto es un problema no puede articularse en una demanda cualquiera". (15f.1, p. 116) Aquello que está enajenada

do como *urverdrangung* por hipótesis no puede articularse a la demanda pero aparecen sus retoños, que es lo que conocemos como deseo. Deseo siempre errático, disparejo, escandaloso, totalmente diferente a lo que conocemos como necesidad (biológica).

La demanda es, pues, lo que organiza la relación del sujeto con el Otro. Así, por ejemplo, las conocidas etapas del desarrollo (oral, anal, fálica) no son sino modos de organizarse la demanda, según el deseo del otro (tema interesante, que ameritaría un estudio aparte).

Así, "el deseo no es ni el apetito a la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su hendidura (*spaltung*)". (15a.4, p. 285)

Por lo que venimos diciendo, queda en claro que el objeto del deseo (objeto a) aparece como una doble negación, ya que no es ni el objeto de la demanda de amor, ni el objeto de la satisfacción porque "él vale más que el amor, pues el amor no podría brindar ese objeto, y menos que un objeto de la necesidad, pues no satisficaría ninguno". (29b, p. 108) La experiencia del sujeto con el deseo está referida entonces no sólo a lo que el Otro no le da, sino a lo que el Otro tampoco tiene, porque en este caso lo que tiene, no vale más que lo que no tiene, respecto a lo que se pide, es decir,

que es sobre todo una experiencia sobre la pregunta por el deseo del Otro lo que está en juego, y así en última instancia el sujeto se pregunta a sí mismo sobre su propio deseo. Todo esto nos hace desembocar nuevamente en la cuestión de la falta, que a partir de aquí puede plantearse: que al sujeto le falta tanto como al Otro. Para entender mejor el problema de la falta, ramitémonos al significante falo.

1.3.2 Sobre el falo

Recordemos para empezar que merced a la castración simbólica, el sujeto es significado como marcado por la carencia de ser el complemento de su madre, es decir, el sujeto es significado por la ley del padre como no siendo el falo materno, y de esa manera se instituye el falo como el significante fundamental para designar esa carencia.

"Que el falo sea un significante es algo que impone que sea en el lugar del Otro donde el sujeto tenga acceso a él. Pero como ese significante no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer, es decir, el otro en cuanto que es él mismo sujeto dividido de la spaltung significante". (15a.4, p. 287)

El falo es el significante único de esa marca, de esa división del sujeto, a partir de la prohibición que lo

separa de su madre. El falo, no olvidemos, no es una fantasía (porque no es efecto de lo imaginario), tampoco es un objeto, y menos aun es el órgano (pene o clítoris) a los que sólo simboliza. El falo es el significante del deseo.

Freud designa como falo a esta función del significante y si lo llama falo, es justamente recalcando el carácter de simulacro que el falo significa, tal como lo usaban los antiguos, que lo representaban por medio de una insignia, indicando así su carácter siempre velado, siempre recubierto por otra cosa.

Pero al decir que es un significante esto implica que el falo sólo puede ligarse a la palabra a condición de ser tachado, es decir de ser recubierto por la castración. Y es aquí donde encontramos la relación del deseo con la castración.

Pero castración, deseo y falo, sólo se encuentran en el Otro, de ahí que el complejo de castración y el drama edípico, se desencadenen a partir de la castración materna, por que "es el deseo del otro lo que está marcado por la barra". (15f.1, p. 113) Y si el falo se entiende así, no como objeto, sino como significante del deseo, se comprende lo que quiere decir Freud cuando dice que el deseo genital sólo puede ser asumido por el sujeto, cuando está marcado por la castración.

tracción. El hombre no puede tener el falo, si no lo es bajo el fondo de que no lo tiene, luego que fue separado de ser el falo. Es de ahí recién que podrá enfrentarse al problema de la falta, y ubicarse como hombre o mujer en el lugar que lo espera en lo imaginario.

Pero esta ubicación como hombre o mujer, implica un complicado proceso. Veremos ahora cómo se desarrolla en la mujer, la asunción de su sexualidad.

1.4 Sexualidad femenina

1.4.1 Sobre la sexualidad

Referirse a la sexualidad no es cosa fácil, ya que implica colocarse en el lugar más enigmático del ser humano, porque, ¿qué es la sexualidad, sino ese punto ciego donde el discurso se agota, y donde sólo surgen fantasmas que intentan obturar ese contacto con lo real?

Trataremos sin embargo de abordar el tema, recurriendo a la teoría, tal como lo hiciera Freud en sus "Tres ensayos sobre una teoría sexual" (1905), donde propone una teoría para explicar la sexualidad infantil olvidada (reprimida) hasta entonces. En este sentido, la teoría propuesta por Freud, tiene el mismo estatuto que las teorías creadas

por los niños (Cf. Teorías sexuales infantiles) para tratar de armar una respuesta que les ubique frente a los grandes misterios de sus vidas: enigmas originados desde los fantasmas originarios (ver Cap. III, La fantasía), fantasía de seducción, de castración, escena primaria: mitos que responden a las preguntas sobre los orígenes de la sexualidad, de la diferencia de los sexos, del nacimiento.

El interés de Freud por el estudio de la sexualidad, nace de sus observaciones clínicas. Primeramente descubre que son factores sexuales los que determinan la etiología de las neurosis llamadas actuales (de angustia, neurastenia e hipocondria) para las cuales postula una teoría más bien química de la sexualidad, que estaría determinando la aparición de la angustia o de los síntomas neurasténicos, según sea descargada o no. Más tarde descubre que también las psiconeurosis (de defensa: fobias, histerias, neurosis obsesivas), tienen una etiología basada en los avatares de la sexualidad. En este sentido es sumamente interesante revisar la correspondencia de Freud y Fliess -para hacer un seguimiento de sus descubrimientos sobre la sexualidad, compartidos en esa etapa con Fliess. En el manuscrito G y D, por ejemplo, expone la teoría del quimismo sexual; en 1896, ya hablaba de las zonas erógenas vinculadas a las perversiones. En el manuscrito K (enero de 1896) se notan ya indicios más claros respecto a una sexualidad que no pasaría solamente por lo anató

mico. Se refiere a los factores represivos en la constitución del asco, la vergüenza y la moral.

Pero lo que realmente determina su teoría sobre la sexualidad (que aparece expuesta en Tres ensayos), son dos descubrimientos casi contemporáneos: uno el descubrimiento de la fantasía (que supera en cierto sentido a la teoría de la seducción y del trauma), a través de la cual Freud descubre que la sexualidad está ya en el niño, independientemente de los estímulos externos (ver capítulo sobre fantasía) y el otro: el descubrimiento del Edipo. Pasamos ahora a ver cuál es la esencia de la sexualidad psicoanalítica.

La sexualidad en sentido psicoanalítico, define primeramente la diferencia con la concepción biológica de la sexualidad. Digamos que, mientras que la concepción biológica de la sexualidad, tiene que ver con la teoría de los cromosomas, de las hormonas, de las formaciones de los genitales internos y externos, que determinan la sexualidad a nivel instintivo, como comportamiento preformado, característico de la especie, con un objeto (compañero sexual del sexo opuesto) y un fin (coito); el psicoanálisis en su praxis descubre algo totalmente diferente:

1. Que la sexualidad está desde el inicio de la vida, y no depende de la maduración genital. La sexualidad en este sentido, no puede reducirse a lo genital, de la misma forma que el psiquismo no puede reducirse a lo consciente.

2. Que el sexo biológico que converge con el asignado socialmente, no coincide con el que asume el sujeto luego de su pasaje por el Edipo, las perversiones dan cuenta de este fenómeno. Es el complejo de Edipo el que permite articular el sexo.
3. Que la anatomía desde la concepción analítica es para el sujeto, una anatomía imaginaria, es decir, hecha de imágenes. Recordemos aquí, que lo primero que enseñaron las histerias con sus conversiones y ataques, es que todos sus síntomas, no correspondían a inervaciones neurológicas, sino al fantasma que tenían en su propia anatomía (parálisis en guante, por ejemplo). La anatomía real, no coincide pues, con la imaginaria.
4. Que la sexualidad para Freud, tiene la tesis paradójal de un objeto sexual radicalmente inadecuado. No existe ninguna armonía entre pulsión y objeto.
5. Que otra gran paradoja, es que la sexualidad humana sólo puede ser asumida luego del pasaje por la castración.
6. Que la sexualidad humana, supone el fantasma de la bisexualidad, producto de las múltiples identificaciones del sujeto, que lo llevan a sostener dos fantasmas: el correspondiente a su propio sexo, más el fantasma del sexo que no tiene pero que podría tener. En el Edipo, relación con los fantasmas maternos y paternos.

Por lo dicho, podemos ver que la sexualidad toca de hecho la propia identidad del sujeto, es decir, el núcleo de su ser.

El sujeto es sexuado (diferenciado), porque a partir del lenguaje (castración simbólica) fue separado de su objeto original, padeciendo de una falta en su ser, que lo impulsa constantemente (tensión del deseo) a restituir esa complejidad perdida, en la búsqueda ilusoria de objetos sexuales que serán soportes imaginarios de los deseos del sujeto. Es decir, buscará en el otro, lo que a él le falta en un intento reiterativo de colmar su deseo

En este sentido el pene o su ausencia, son representaciones que tiene el sujeto, y en tanto representaciones se integran a la vida psíquica. El pene no actúa simplemente como un "pedazo de carne", sino que al actuar como aquello que significa una diferencia y organiza por lo tanto los dos géneros sexuales: hombre y mujer, adquiere un valor significativo.

Vemos pues que el sexo humano es cuestión del lenguaje, pues tiene que ver con la demanda del otro (sostenido por supuesto por un deseo), que determina el lugar del sujeto frente al otro sexo. Ejemplifiquemos esto a través del fantasma materno, decisivo para la forma en que el hijo asumirá uno u otro sexo. Qué desea una mujer frente a su niño: cuestión

que sólo se explica a través de la historia materna: ¿quería un hijo de su padre? ¿o de su madre? ¿qué sexo esperaba? ¿qué lugar le da al sexo y al deseo del marido: desea ser deseada? El hijo, ¿colmará todas sus aspiraciones?... o por el contrario, ¿el hijo nunca será suficiente?

Pasemos, pues, a ver cómo se constituye el Edipo femenino, punto de partida de cualquier Edipo, pues todo hombre nace de una mujer.

1.4.2 Edipo femenino

Durante los primeros años de vida, la niña no se siente diferente a un varoncito, el desarrollo de ambos es paralelo y simétrico. En este primer momento tiene una relación erótica intensa con su madre, es erotizada por ella y a la vez ocupa el lugar que colma el deseo de la madre: es el falo que la completa.

La madre con sus constantes cuidados, atenciones y amor, despierta en el cuerpo de la niña el placer, a la vez que lo adorna con todas las perfecciones: así se crea el yo ideal. Pero tal situación de plenitud es interrumpida por la función del padre, quien instaura la castración primaria, dejando al deseo como heredero de esa intervención simbólica, o como sello, marca de lo que se perdió; en el sentido, como ya lo dijimos repetidas veces, de que la niña buscará reen-

contrar ese objeto perdido, a través de múltiples movimientos metonímicos.

Deseará entonces aquello que se prescribió, deseará lo prohibido. De aquí en más toda la fantasía, toda la organización libidinal de la pequeña, será la forma en que se organice y manifieste este deseo, que peregrinará incansablemente buscando su realización imposible. Insistamos con esta tesis fundamental: todo deseo humano intentará obturar esta falta en ser (el falo para el Otro): por ser deseo del deseo del Otro. Ahora bien, si el falo es aquello que permite ser o no ser sujeto humano (§) a partir de crear la falta en ser, ya que como significante de la carencia en el otro, funciona como señal de esa falta, que movilizara al deseo, remitiendo siempre al otro y a otra cosa de la que se busca; y, si recordamos que el falo en sí mismo es imposible de ser opuesto a algo contrario que lo defina o lo ubique, ya que en sí mismo encierra y cierra la doble significación de ser a la vez falta (en ser) y al mismo tiempo fuente del deseo (Cf. 16c); se nos aparece como ese "órgano imaginario", hacia el cual tendemos hombres y mujeres. El hecho de que se lo busque, no implica que se lo encuentre; lo único que garantiza el falo, es el movimiento eterno de la búsqueda. El falo, dice Lacan, "es el significante de esa "aufhebung" misma que inaugura (inicia) por su desaparición". (15a.4, p. 286)

Y si por otro lado decimos que la niña al igual que el niño se reconoce primero, antes que todo, como falo de su madre, como lugar del deseo materno es lógico, que el único "órgano" para ella sea el falo, no el pene en su realidad anatómica. Freud decía, en la Organización genital infantil (1923) que el falo es la premisa universal del pene, es decir, que sólo porque existe falo, como significante de la falta, y por lo tanto de las diferencias, como organizador primero del inconciente que luego el pene puede representarlo, simbolizarlo. Es pues, una premisa lógica.

El falo es el significante de la castración, pero a la vez es la única posibilidad de representar al objeto perdido, producido por la castración, por la spaltung que vino a inscribirlo. Es pues lo máspreciado, lo más deseado y querido tanto para el hombre como para la mujer, y será por lo tanto buscado y añorado en los lugares más recónditos e inesperados. La relación del sujeto con el falo, se establece pues, independientemente de la diferencia anatómica de los sexos; pero es soportada imaginariamente por ésta.

La niña, decíamos, busca seguir siendo "todo" para su madre, para esa madre que sexualizó su cuerpo-falo y que así sedujo e indujo a la niña a reproducir en su cuerpo las sensaciones recibidas, repitiendo con la masturbación esos momentos de clímax de una relación narcisista perfecta, sin

grietas, donde el deseo de una se realizaba a través de la otra.

Sometida luego a la ley de intercambios, a dar para recibir y ser reconocida en ese circuito de "doy para que me den y quieran", la niña es introducida en la simbolización del don, que organizará la ecuación simbólica, el intercambio de demandas, que terminará con la sustitución del pene (que pide tener) por el niño que recibirá como don.

Pero hagamos un rodeo a través del falicismo y de la fase masculina en la niña, para explicar este proceso más profundamente.

Merced a lo que Freud llamó fase masculina en la niña, es que entendemos la masturbación clitoridiana en la niña, haciendo la aclaración que Freud en esa fase no opone aún masculinidad a femineidad, sino que la niña en una posición totalmente simétrica con el niño, busca hacer resonar en su cuerpo una búsqueda activa de placer. Es desde aquí que podemos entender el por qué la libido para Freud es de naturaleza activa y masculina, ya que cumple, diríamos, la función del significante fálico, para ambos niños.

Porque es justamente a través de la fase fálica, con la presuposición infantil de que todos los seres humanos tienen pene -en el sentido de que tanto para la niña como para el niño el órgano sexual tiene significación fálica (para el

niño el pene, para la niña el clítoris ya que desconocería la función de la vagina); que la niña se lleva su primera gran decepción a la que se suman todas sus frustraciones anteriores.

El falicismo implica que los niños suponen que todos los seres humanos, y primordialmente la madre, están hechos a semejanza de lo que uno espera y desea; es decir, provistos de falo. Esto organizado desde el narcisismo primordial, que lleva a cada sujeto a estimarse como falo. Pero he aquí que a la niña se le presenta el otro, el otro semejante, el otro de la rivalidad, dotado de algo que ella carece, ya que el otro tiene "ahí" un cachito más de carne, que como dice Godino Cabas, producirá un poquito más de placer. (9)

Diferencia visible, perceptible, que aparece en este momento, ya que es justamente el complejo de castración, el que posibilita dicha percepción de diferencias. Es importante insistir que la tesis de la primacía fálica no se comprende sino a través de lo simbólico, donde la castración juega el papel primordial. A partir de aquí se inicia el desarrollo edípico de la niña, diferenciado del Edipo del niño.

Freud decía en "La femineidad" (1925), que lo único que puede explicar la separación de la niña de su madre (primer objeto de su deseo) es este complejo, que clínicamente

conocemos como la "envidia del pene" (penis-neid): la niña sintiéndose en desventaja, desea "eso" donde supone encontrar lo tan anheladamente buscado. Odia a la madre por no haberle dotado un pene, y desilusionada busca en el padre aquello que la madre no pudo darle. En este sentido, señalemos, es la madre la que al mostrar a la niña su falta (castración materna), su deseo de algo más que la niña misma, remite al padre como aquel que sí lo tiene. ?

El padre aparece reemplazando a la madre: "el pene real del padre, es el sustituto simbólico de aquello de lo que la chiquilla se vio frustrada. Ella pasa entonces al nivel de la privación, con la crisis que esto provoca; o renunciar al objeto (el padre) o renunciar a las pulsiones, identificándose con el padre". (15f.1, p. 113) El pene pasa así a ser significado y enarbolado de características preciosas, como objeto metonímico, representación engañosa e ilusoria de lo que busca la niña. Así es que ambos, niño y niña, sucumben ante el engaño: el niño temiendo perderlo y la niña envidiando tenerlo.

Nos encontramos aquí con el problema central que plantea el complejo de Edipo: ser o no ser el falo, o tener o no tenerlo. La niña se aleja de su madre, a quien fantasea como embaucadora e inicia su romance con el padre, el padre del don, el que algún día le dará eso que la pondrá en

contacto con lo perdido, con lo deseado. Así, buscando un pene (repetimos, algo más que un pene), la pequeña se encontrará con un niño, un niño que tendrá ese estatuto de falo: es pues la promesa de un pene, lo que la llevará a desear un niño.

Es por eso que la función imaginaria del falo, es más importante para la niña que para el niño, ya que el niño asume su uso como lícito, mientras que la niña por su falta de falo y por la envidia que eso implica se ve remitida a su relación con el hijo: el niño que algún día tendrá, deberá satisfacer su necesidad de falo. En tanto que real el niño simboliza la imagen que busca la niña. Esto se hace muy claro en la clínica, en la relación del síntoma del sujeto con el deseo de su propia madre, ya que depende del deseo materno el destino de los deseos del hijo.

Lacan plantea que en la envidia del pene se articulan las tres formas, de lo que él llama "categorías de falta de objeto" (falicismo) a saber, la frustración, la privación y la castración. (Cf. 15e) (15f.1)

Recordemos que "el" descubrimiento de Freud fue acerca de la falta de objeto en la sexualidad humana: el objeto no está, no existe sino en su categoría de perdido, de faltante. Sólo considerando al objeto como perdido es que se puede entender la relación de la niña con su madre, relación

donde el falo (significante) es lo único que articulará la dialéctica que se desarrolla entre ambas (esto también es válido para el varoncito).

Aclarado esto podremos marcar cuál es la diferencia y la articulación entre frustración, privación y castración:

La frustración. Tiene que ver con el plano de la reivindicación, donde el sujeto ubicado frente a un hecho, exige a través de una demanda sin límites, razón misma por la que no tiene posibilidad de satisfacerse. Así, el núcleo de la frustración es el sentimiento de haber sufrido un daño imaginario, un perjuicio. El objeto dañado (o faltante) es el pene en tanto órgano real.

La privación. Se refiere al registro de lo real, "es una falta, un agujero en lo real" producido desde lo simbólico. En ese sentido, a la mujer (biológicamente) no le falta nada, sino que es desde lo simbólico que el sujeto padece esa falta radical en su ser, que lo impulsa a demandar al Otro (deseo simbolizado). O sea que lo que falta es un objeto simbólico, que como tal señala una falta en el sujeto.

Por último, la castración sólo puede ser entendida en cuanto ligada al orden de la prohibición, de la ley y por lo tanto de la sanción. Sólo puede ser ubicado en el registro de lo simbólico. El objeto aquí es imaginario: el falo.

Veamos ahora cómo se articulan los tres en la mujer en su dialéctica edípica:

1. La privación (plano real, objeto simbólico) marca la presencia o la ausencia del pene (oposición falico-castrado) produciendo en la mujer un anhelo de lo que no tiene (falta desde la introducción de lo simbólico, porque como decíamos anatómicamente la mujer está completa), deseo que se conserva para toda la vida.
2. La frustración (registro imaginario, objeto real) producida por la madre que no dotó a la niña de un pene, moviliza el deseo del pene real del padre.
3. La castración (registro simbólico, objeto imaginario), engendra la fantasía de tener un hijo-falo (pene en su forma simbólica) del padre.

¿Qué quiere la mujer?

La sexualidad femenina siempre fue un enigma para Freud. Así inicia uno de los últimos artículos dedicados a la sexualidad femenina, "La femineidad" (Conf. 33 de las Nuevas Aportaciones).

Tratemos ahora de aproximarnos a esta incógnita:
¿qué quiere la mujer?

Para intentar una respuesta, centrémonos en el dile-

ma de la mujer: que se ve enfrentada a tener que hacer un doble cambio, por un lado pasar de un objeto homosexual (madre) a un objeto heterosexual (padre; y por el otro pasar de una zona erógena (clítoris) a otra (vagina); pero además, se enfrenta con otro dilema aún mayor; Lacan lo señala en estos términos: "para encontrar la satisfacción instintiva de la maternidad debe pasar por las vías de la línea sustitutiva, pene-hijo, pero en la línea de su deseo se ve hasta cierto punto en la necesidad de ser ese falo en tanto es el signo mismo de lo deseado". (15f.1 p. 113)

Este difícil dilema origina efectos decisivos en la mujer. Veamos primero desde Freud, que nos indica que la mujer al sentirse "ya castrada" reacciona frente a la amenaza de castración (que instaura vía la represión, ideal del yo, robustecido en el varón) en forma más débil por lo que tiene menos de perder. Esto la incapacita a la sublimación, haciendo que su conflicto edípico en lugar de quedar "sepultado" se mantenga durante toda su vida, como espera del falo. De ahí que la formación del super-yo en la mujer no alcance la robustez de lo social. (Nota: para un desarrollo del tema acerca de las consecuencias en el hombre y en la mujer de este desarrollo asimétrico, consultar el trabajo de Frida Saal "Algunas consecuencias políticas de las diferencias psíquicas de los sexos"). (28)

Casi en el mismo sentido, Lacan se refiere a cierto

rechazo (wervefung) de la mujer, a diferencia de la predominancia de la verdrangung en el hombre. Nos surge aquí la pregunta: ¿Cuál sería en definitiva la esencia de lo femenino?

Las relaciones del hombre con la mujer y viceversa, podrían darnos una pista: cada sexo se comporta frente al otro de acuerdo a determinadas manifestaciones ideales o típicas (que conocemos dentro de lo ideológico como los parámetros de lo femenino y lo propiamente masculino) que serían según Lacan (significación del falo, p. 288) formas de enmascarar la falta en el otro a través de "parece ser" aquello que al otro le falta. En la mujer lo más paradójico es que para "ser el falo" (es decir, el significante del deseo del Otro) rechaza una parte esencial de su femineidad y es por lo "que no es" por lo que pretende ser amada y al mismo tiempo deseada. (15a.4, p. 288) Recordemos aquí la fórmula que da Lacan para definir el amor "dar lo que no se tiene a alguien que no es". (15e) Es pues la demanda de amor y la prueba del deseo lo que organiza el desarrollo femenino. }

La mujer, entonces, padece en su origen de un profundo rechazo (wervefung) como ser, de una sensación de extrañeza de aquello que debe "parecer", pues en tanto exhibe y se propone como falo, como objeto del deseo, se encuentra identificada con el falo. (15f.1, p. 113) De ahí que la mujer sea, sin tenerlo.

Los rasgos propiamente femeninos (seducción, delicadeza, etc.) serían pues esa máscara que tiene la función de resolver vía las identificaciones los rechazos de la demanda. Es decir, los atributos propiamente femeninos (y lo mismo pasa con los masculinos) serían simplemente el "ropaje" a partir de los cuales se da representación psíquica a las diferencias de los sexos.

Terminaremos diciendo que si bien es cierto que el problema de "qué quiere la mujer", es un tope para el psicoanálisis, lo que nos interesaba desarrollar en este capítulo era la forma en que se produce la asunción de deseo y de sexo en la mujer diferente al del hombre. Señalaremos sin embargo que no podría hablarse de deseo femenino versus deseo masculino ya que la ley de deseo es igual para ambos.

CAPITULO III

EL SINTOMA ANALITICO

De todo lo expuesto hasta aquí, una cosa creemos haber dejado en claro: el carácter profundamente conflictivo del ser humano. Ser que se debate durante toda su vida por encontrar un lugar en su propia historia edípica, que le marca desde el origen la conjunción dialéctica entre deseo y prohibición. Ser que lucha por conservar su lugar en el deseo de los otros, que se agota la mayoría de las veces en luchas imaginarias para mantenerse narcisísticamente en un lugar ideal, oponiéndose así a sus deseos inconcientes. Lucha entre sistemas, entre pulsiones... Ser recubierto por identificaciones alienantes; ser habitado por fantasmas, por palabras ajenas... Ser que lucha por cubrir los huecos de demandas rechazadas, que lucha en fin por buscar una verdad que no está a su alcance. Todos estos vericuetos son los que hacen al ser humano, ese ser siniestro (unheimlich), como ya lo describiera Sófocles en su "Antígona": "...muchos misterios hay; de todos los misterios el más grande es el hombre". (30, p. 193)

Podemos decir ahora, que lo propio de lo humano es el dilema mismo que le plantea su inserción en la cultura; y que por más paradójico que parezca la "perfección" humana ra dica justamente en su carencia, en su falta en ser que organiza todo su devenir histórico. En los capítulos que antece den tratamos de analizar cada uno de los elementos que constituyen al ser humano, marcando siempre este carácter conflictivo radical que hace lo humano.

El síntoma es una de las expresiones de esta conflictiva. Y tuvo siempre en la teoría analítica un lugar privilegiado, junto con los sueños, los lapsus, los chistes, en el sentido que expresa el resultado, la transacción entre las fuerzas, en el conflicto.

El concepto de conflicto psíquico es central en la teoría de las neurosis. Estuvo presente en todas las teorizaciones de Freud aunque sufriera modificaciones de acuerdo a las elaboraciones que impuso Freud a todos sus conceptos a lo largo de toda su obra. Así por ejemplo, Freud explica el conflicto psíquico desde dos niveles distintos: a) como conflicto tópico, es decir entre instancias que remiten a la oposición inconciente contra preconciente separados por la censura. Oposición que remite a la dualidad principio del placer contra principio de realidad, donde se oponen sexualidad y moralidad, y b) como conflicto entre pulsiones, que im

plica el nivel dinámico-económico. Así, buscando el sustrato del conflicto a nivel pulsional, Freud enuncia primeramente la lucha entre pulsiones sexuales en contra de las pulsiones de autoconservación (llamadas "del yo"). Específicamente sin embargo, son determinadas representaciones intolerables al yo las que movilizan las defensas de éste.

Más tarde, al descubrir la pulsión de muerte (1920) propone un nuevo dualismo pulsional: pulsión de vida contra pulsión de muerte. Pero, curiosamente, tal oposición que a primera vista aparece como más radical, no implica poder considerarla como una simple contraposición. Más bien podría decirse que amplía y renueva el concepto de conflicto en Freud. Podemos ver por ejemplo que se describe mejor el juego de las pulsiones en las instancias, dejando de considerar que a cada instancia corresponderá un solo tipo de pulsión, y además, Freud considera a la pulsión de muerte como un principio mismo de lucha, más que como uno de los polos conflictivos en pugna. De ahí el planteamiento de la "tendencia al conflicto", conflicto estructuralmente irresoluble.

Y si como sosteníamos en el capítulo anterior, el Edipo es una estructura que precede al sujeto y a toda su lucha pulsional, el conflicto también precede al sujeto. Con esto queremos decir que el conflicto está ya en la estructura que luego estructurará al sujeto. De ahí que entendere-

mos al síntoma en esta relación histórica y de deseos ajenos.

Para abordar el tema del síntoma, haremos primero el siguiente rodeo: revisaremos primero el concepto de pulsión en Freud, luego la represión, la angustia, y por último la fantasía, ya que consideramos que los mismos son básicos e imprescindibles para profundizar el tema que nos interesa. La selección del orden de los mismos, no implica de ninguna manera una ubicación genética ni temporal; sólo lo hacemos por razones de orden metodológico.

De esta manera al abordar el síntoma como punto final del trabajo, lo que pretendemos es sostener que el síntoma no es un hecho aislado, sino expresión de un sujeto que desconociendo el cómo y el por qué de su determinación histórica "pide la palabra", pide ser escuchado a través de sus síntomas, síntoma que como lo queremos demostrar, oculta toda una estructura.

1.1 La pulsión

Freud trata incansablemente y a lo largo de toda su obra el problema del aparato psíquico y su formación. Formación que tiene que ver con la constitución del sujeto humano. Las teorizaciones de Freud acerca del tema se mueven a veces en distintas direcciones, y así vemos surgir las soluciones

desde la dialéctica misma de las contradicciones donde se inscriben. Vemos explorar a Freud en el terreno de lo biológico buscando desde ahí el pasaje a lo psíquico (energía fisiológica a energía psíquica) y al mismo tiempo, lo vemos hacer emerger al sujeto del inconciente de un organismo puramente biológico. (Cf. Teoría del apuntalamiento, en Tres ensayos) Lo que Freud sí tiene claro es la diferencia entre pulsión (Trieb) e instinto (Instinkt), y es de ahí que se desarrolla la conceptualización teórica del proceso de creación del inconciente, siguiendo el pasaje de la necesidad biológica al deseo y la demanda, a través de la pulsión. Y de aquí, el paso siguiente, es la comprensión del sujeto ubicado desde el vamos, en una red de deseos que lo pre-existe y lo determina, sometiéndolo a leyes que están fuera de él. Nos estamos refiriendo a la sobredeterminación del sujeto, sobredeterminación que, como lo trabajábamos en capítulos anteriores, es una determinación simbólica. Respuesta encontrada por Freud tras un rodeo de 20 años, que termina en "Más allá del principio del placer" con el descubrimiento de la pulsión de muerte. Pero vayamos por partes. El problema del instinto no es un problema que ataña al psicoanálisis a no ser para aclarar las confusiones de traducción (concretamente la de Strachey y por ende la de López Ballesteros que tradujeron Trieb por instinto), que tuvieron como consecuencia interpretaciones erróneas del texto freudiano, prestándose

en la mayoría de los casos a una lectura biológica. El instinto de acuerdo a Freud es un concepto del campo de la biología, que remite a la conducta animal, en cuanto heredada filogenéticamente; es estímulo externo que se satisface de golpe a través de un objeto prefijado, y de una respuesta motora instintiva. Problema de los zoólogos. Freud no habla de instintos más que para decir que en el hombre no existe tal cosa. El instinto está ausente en el hombre, sustituido por montajes fantasmáticos.

La pulsión en cambio, sí es objeto de estudio del psicoanálisis y por cierto primordial, fundamental. Y aún cuando es un concepto ambiguo y resbaladizo, Freud lo define contraponiéndolo al instinto, como proceso psíquico y de carácter endógeno. (Las neurastenias y las neurosis de angustia, 1895) En "las pulsiones y sus vicisitudes" de 1915 (8j, p. 117), Freud define a la pulsión como un concepto límite entre lo biológico y lo psíquico; como el pasaje de la necesidad al deseo, y como la exigencia interna de trabajo impuesta al aparato psíquico. Es importante hacer notar, que para Freud la pulsión es ante todo un concepto teórico, un modelo para pensar y explicar los fenómenos visualizados en la clínica, como son los efectos de la represión, los síntomas y la compulsión a la repetición.

Lo más importante de la pulsión es quizás su carácter de "empuje". Laplanche y Pontalis señalan (19) que el

término trieb (de origen germánico) se utiliza desde siempre para indicar ese carácter de empuje (trieben = empujar) donde es más importante su carácter irrepresible, que el fin o el objeto que persiga.

Freud describe a la pulsión junto con la descripción de la sexualidad humana. En "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905), introduce el término de trieb, junto con los de fuente, fin y objeto. Desde entonces la pulsión produce una verdadera subversión del concepto clásico del instinto, por un lado porque el concepto de pulsión parcial enfatiza la idea de una pulsión que existe desde el principio en el sujeto, en un estado polimórfico, y que luego se va ligando a los representantes psíquicos de los objetos privilegiados por el sujeto a lo largo de su historia. Y por otro lado, porque la pulsión siempre es definida por Freud dentro de una sola gran oposición fundamental, primero fue amor-hambre, luego vida-muerte, lo cual remite a la estructura de hiancia que caracteriza al sujeto del inconciente.

Podemos ahora acercarnos al modelo pulsional que nos propone Freud, quien nos enuncia que para hablar de pulsión hay que hacerlo desde los cuatro términos que la componen:

1. Presión o empuje (Drang). Que se refiere al carácter de fuerza constante que sostiene a la pulsión, que no tiene ni descanso, ni ritmo. Diferente totalmente de lo

que se conoce como instinto. "La constancia del empuje veda toda asimilación de la pulsión a una función biológica, la cual siempre tiene un ritmo... la pulsión no tiene día o noche, primavera ni otoño, subida ni bajada. Es una fuerza constante". (15h, p. 171)

2. Fin (Ziel). Que remite a la satisfacción de la pulsión. Pero si tenemos en cuenta que no hay objeto que colme la satisfacción, sino que el mismo debe ser construido surgiendo del límite con lo real, vemos que tal satisfacción raya en lo imposible. Ya que a la exigencia pulsional no la puede satisfacer ningún objeto de la necesidad. En el registro de la pulsión, nos dice Lacan (15h, p. 174), no es el alimento lo que satisface la boca abierta. "El objeto de la pulsión no tiene ninguna importancia, se debe probablemente a que el seno está totalmente por revisar en cuanto a su función de objeto. A este seno en su función de objeto, objeto a, causa del deseo, debemos dar una función tal que podamos señalar su sitio en la satisfacción de la pulsión".

3. Fuente (Quelle). O las llamadas zonas erógenas, lugar donde parte la excitación pulsional. Pero también es importante señalar el carácter de erogeneidad que tiene el cuerpo humano (cuerpo significado por la palabra y el deseo del otro). Esto nos remite una vez más a otro campo totalmente diferente que el del animal.

4. Objeto (Objekt). Aquello por medio del cual o en el cual se satisface la pulsión. (8j, p. 119) Sería redundante marcar que la pulsión para Freud es algo independiente del objeto, es decir que no hay objeto prefijado, tal como veíamos al definir los términos anteriores.

El objeto perdido, tal como lo marca Freud (8c, Cap. VII), se convierte en causa de todos los deseos posibles. O sea que el deseo de recuperar el momento mítico de la completud del sujeto con el Otro que está perdido para siempre, se articula en el aparato psíquico siendo su motor. A eso podemos agregar los aportes de Lacan en su definición del objeto "a": "Anticipo aquí el interés que el sujeto toma por su propia esquizia está vinculado a lo que la determina -a saber un objeto privilegiado, surgido de alguna separación primitiva, de alguna automutilación incluida por el acceso mismo de lo real, cuyo nombre en nuestra álgebra es objeto 'a'." (15h, p. 93)

Hagamos ahora un rodeo por los trabajos metapsicológicos de Freud para aproximarnos al eje de nuestro trabajo. Desde su artículo sobre lo inconciente, Freud hace hincapié en que la pulsión (como concepto límite) es representada en lo psíquico no como tal, sino a través de un Representante-Representativo (Vorstelluhgsrepräsentanz). Y esta diferencia entre la pulsión y aquello que la representa no es un

simple juego de palabras, sino que nos remite a la comprensión del proceso pilar de los estudios psicoanalíticos como es la represión. (8, p. 173) Asimismo, en "la Represión" (1915) Freud plantea que la pulsión queda unida a su representación inconsciente invistiéndola a través de la energía de que dispone (la investidura). (8j, p. 143)

El referirnos a la investidura nos conduce a recordar que Freud siempre que habla de pulsiones lo hace en un sentido de pulsiones contrapuestas. Esta concepción dualista de la teoría de las pulsiones es fundamental para entender el síntoma como expresión del conflicto psíquico. Al principio las dividió en pulsiones sexuales (cuya energía es la libido) y pulsiones del yo o de autoconservación (cuya energía fue llamada por un período corto de la elaboración: interés). En "Introducción del Narcisismo" opone la libido del yo (narcisista) a la libido objetal, aunque finalmente al marcar que el yo es un objeto más de la libido, no se justifica tal oposición. A pesar que Freud reelaboró su clasificación de las pulsiones en pulsión de vida (Eros) y pulsión de muerte (Tánatos) al descubrir que la compulsión a la repetición iba más lejos que el principio del placer, conserva el dualismo pulsional, supeditando la vida bajo el dominio del retorno a lo inorgánico. "La meta de la vida es la muerte", nos dice. (8m, p. 38) Esta dualidad estaba desarrollada ya previamente por el Dr. Stekel en su exposición so-

bre la angustia, en abril de 1907. (2, p. 191)

Con el fin de dar mayor articulación al concepto de pulsión en nuestro trabajo, creemos útil dar una nueva vuelta a lo trabajado en el capítulo I, a saber: la diferencia entre necesidad, pulsión, deseo y demanda.

En la "Interpretación de los Sueños" (1900), en la parte del capítulo VII en la que Freud habla de la realización del deseo por medio del sueño, trabaja al concepto del deseo (Wunsch). Allí Freud lo divide en tres tipos: deseo conciente, deseo preconciente y deseo inconciente. Este último está relacionado a la necesidad física y a la vez diferenciado de ella. Freud liga el deseo inconciente también a la primera experiencia de satisfacción. "La aparición de cierta percepción (el alimento en este caso), cuya imagen mnémica queda asociada a partir de este momento con la huella mnémica de la excitación emanada de la necesidad, constituye un componente esencial de esta experiencia. En cuanto la necesidad resurja, surgirá también merced a la relación establecida, un impulso psíquico que cargará de nuevo la imagen mnémica de dicha percepción y provocará nuevamente esta última, esto es, que tenderá a reconstituir la situación de la primera satisfacción. Tal impulso es lo que calificamos de deseo". (8c, p. 558) Así distingue Freud el deseo de la necesidad. La necesidad es biológica y surge como resultado

de una excitación interna que se satisface procurando a un objeto determinado. El deseo por otro lado se liga a la huela mnémica de esta experiencia, y encuentra su realización en la alucinación de las percepciones que la convierten en signos. También nos dice que el deseo se halla siempre en actividad, que no tiene acceso directo a la conciencia, y que se escenifica a través de la fantasía. Podemos suponer que desde esta perspectiva, la pulsión se ubica en este pasaje entre la necesidad y el deseo.

En alemán existen sin embargo dos palabras diferentes para designar el deseo: Wunsch y Begierde. En este capítulo, Freud conceptualiza el Wunsch, que se refiere al deseo formulado. Los desarrollos posteriores vienen a puntualizar la diferencia entre Wunsch y Begierde. Lacan ubica al deseo en el centro de la teoría psicoanalítica y lo relaciona a la demanda y a la necesidad. La demanda implica lenguaje, la formulación del deseo en palabras "originalmente el significante expresa una demanda... demandar es confiarse, ponerse uno mismo y sus necesidades en manos de otros... el pedigüeño, por su parte, está obligado a disfrazar su demanda para tener en cuenta el sistema del otro y de este modo ve su desseo tomado y modificado según el código del otro". (15f.1, pp. 79-80) La demanda es una intención de nombrar al desseo a través de significantes sustitutivos tendiendo así a articular al lenguaje. Por el otro lado, todo lenguaje es deman

da que supone un Otro a quien se dirige y se pide algo, en última instancia se le reclama amor y reconocimiento. Y por eso, toda palabra del otro es en el sentido más profundo un regalo, una respuesta de amor. No hay adecuación entre demanda y necesidad, sino que en el espacio vacío que se establece entre ellos surge el deseo, fuerza motora del aparato psíquico. Sobre su articulación con el aparato psíquico nos dice Lacan: "Decir que el deseo no es plenamente articulado no es decir que no esté articulado (por el contrario, pensamos que debe ser tomado al pie de la letra). Con la demanda estamos en lo actualmente articulado, al decir simplemente a su paciente que lo escucha, el analista instituye una situación de demanda, vía de acceso al deseo inconciente". (15f., p. 110)

El deseo inconciente es efecto de la articulación simbólica. Es esencialmente inaccesible e imposible de satisfacer, por eso lo relaciona Lacan no con el objeto de su satisfacción (objeto imposible), sino con el objeto que lo causa, a entender objeto "a".

Podemos decir entonces, que la necesidad y el deseo aparecen en un momento en el que el sujeto es incapaz de articular ningún pedido al Otro, y por lo mismo es un momento mítico: el deseo como tendencia nace de la separación entre necesidad y demanda. Es irreductible a la necesidad, puesto que en su origen no está en relación con un objeto real, si-

no con el fantasma que representa al deseo de los otros. Tampoco es reductible a la demanda, por cuanto inconciente e inaccesible a la conciencia, y en cuanto trata de imponerse sin tener en cuenta el lenguaje y el inconciente del otro, exige ser reconocido por sí mismo.

En cuanto a la pulsión de muerte

En "Más allá del principio del placer" (1920), Freud introduce el concepto de pulsión de muerte, cuestionando con él todas sus hipótesis acerca de la primacía del principio del placer en la conducción de los procesos anímicos. Freud siempre se sintió comprometido en la comprensión del carácter siempre conflictivo del ser humano que se manifestaba como un fracaso constante del "bienestar" y la felicidad... Y es a través de este nuevo concepto que puede dilucidar ese aspecto atormentado del ser humano.

El conflicto psíquico da cuenta de la disparidad y de las contradicciones que se dan en el hombre que siempre se encuentra entre dos fuerzas que lo jalan para rumbos diferentes. Pero todas las soluciones teóricas que da Freud al conflicto hasta 1920 (ver introducción de este capítulo), no le sirven para explicar la existencia de comportamientos en el hombre que repiten siempre experiencias desagradables, displacenteras. Ciertamente Freud encuentra en los sueños de angustia, en las neurosis traumáticas, y en determinadas ma-

nifestaciones de la transferencia durante un proceso analítico, determinadas actitudes, que calificó de compulsión repetitiva, que son totalmente independientes del principio del placer. Esto le lleva a teorizar acerca de una pulsión (de muerte) que sería anterior a la pulsión de vida, y que el mecanismo de la compulsión a la repetición intentaría restablecer pasando por alto el principio del placer.

La pulsión de muerte da cuenta de eso extraño, misterioso que comporta lo humano respecto a su ser biológico. Retomando lo que decíamos en páginas anteriores, vemos que el ser humano está constantemente en conflicto con su medio natural, siempre en desacuerdo, siempre insatisfecho, esperando siempre más de lo que tiene, más de lo que puede alcanzar. Y todas estas características de lo propiamente humano, ser disconforme, aberrante a lo natural, sólo es comprendido haciendo referencia a un orden de determinación que se sitúa más allá de la vida. Y a este más allá de la vida, Freud llama pulsión de muerte, uniendo dos términos (pulsión y muerte) que como lo señala Catherine Millot (26, Cap. XII), es la alianza de dos términos completamente contradictorios que revelan en sí mismos un imposible. "La pulsión de muerte" -nos dice la autora- como concepto es un monstruo lógico, que por lo mismo es apto para designar la realidad humana misma como monstruosa respecto de los otros seres vivientes".

Según Lacan, Freud promueve con la pulsión de muerte

la existencia autónoma de lo simbólico, de la dimensión del lenguaje en el hombre, dimensión que parasita al ser viviente introduciéndolo a un registro más allá de la vida: pulsiones que desde el Otro materializan las condensaciones (metáfora) y desplazamientos (metonimia), operados desde el código simbólico.

Pulsiones éstas, que desgarran al sujeto, ubicándolo más allá de su condición de viviente, desgarró que produce ese hueco, esa hiancia que analizábamos en el capítulo primero, que jamás podrá colmarse, ya que el deseo de colmamiento remite a un goce imposible, imposible por estar ligado a la muerte.

Resumiendo entonces podemos decir lo siguiente: el lenguaje produce un injerto sobre lo viviente (real) pervirtiendo así cualquier relación "natural" con un objeto determinado desde lo biológico. Así, la pulsión -que como señala Lacan debería más bien ser pulsión a secas- es un montaje, un collage por el cual la sexualidad participa de la vida psíquica de una manera que debe acomodarse a la estructura de hiancia que es la del inconciente. (Cf. 15h, Cap. El desmontaje de la pulsión)

La pulsión es organizada desde el Otro, de ahí que no se puede separar deseo de pulsión. Es decir, la pulsión desde Otro, nos indica ese carácter de empuje que tiene la

misma, y que conduce al sujeto hacia el significante de algo que le falta y que espera encontrar en el otro.

1.2 La represión

Freud al referirse a la represión (8j) nos indica que la misma se presenta en tres tiempos diferenciados. (8h) Al primer tiempo de la represión la llama originaria (urverdrängung), siendo ésta la condición de las dos siguientes.

"Tenemos razón para suponer una represión primordial, una primera parte de la represión que consiste en que la agencia representante psíquica de la pulsión, se le deniega la admisión en lo conciente. Así se establece una fijación; a partir de este momento, la agencia representante en cuestión, persiste inmutable, y la pulsión sigue ligada a ella". (8j, p. 143) La represión primaria no recae entonces sobre la pulsión misma, sino sobre su representante psíquico que no llega nunca a la conciencia. A él queda ligada la energía pulsional; así se forma el primer núcleo inconciente que funciona como polo de atracción para los elementos a reprimir. Y en cuanto de la carga que ejerce y mantiene esta represión, nos dice Freud: "Ella (la contrainvestidura) representa el gasto (de energía) de una represión primordial, pero es también lo que garantiza su permanencia. La contrainvestidura es el único mecanismo de la represión primordial;

en la represión propiamente dicha al esfuerzo de dar caza se suma la sustracción de la investidura preconciente". (8j, p. 178) Respecto a la cuestión del origen de esta contrainvestidura es la teoría del significante la que completará la teoría postulada aquí en cuanto al origen psíquico del sujeto.

La represión originaria aparece como inducida desde fuera del sujeto pre-existiéndolo, ya que tiene su agente en los padres que a su vez están insertados en la cultura y sus leyes, y ante todo la ley de la prohibición del incesto. Así Freud se refiere a cierta "herencia parental arcaica" (8o, Cap. III) plasmada en la filogénesis, indicándonos así, en una forma metafórica, las circunstancias simbólicas, culturales, en las que cada sujeto al nacer viene a insertarse. El niño nace en una red de deseos de los otros, una red que lo marca. Inserción que en el primer momento implica una limitación corporal y del lenguaje, y a la vez una dependencia total del infans a un Otro en cuanto a sus necesidades; y desarrollando una relación dual, especular con la madre. La instauración del deseo "propio" del sujeto, con la constitución de la represión primaria (sabemos que ésta no significa un desarrollo temporal sino más bien un momento lógico), implica una renuncia y un sometimiento. El sujeto debe renunciar a la relación mítica de la unión perfecta con su madre, y debe someterse a la ley del padre (la prohibición del in-

cesto). Así pagará el precio de ser sujeto hablante (insertado en las leyes del lenguaje), precio que supone su posibilidad de decir muchas cosas, ya no siendo capaz de nombrar al objeto de su deseo (perdido para siempre). (Ver Edipo, Cap. II)

Lacan explica la represión primordial (spaltung) de la siguiente manera: la relación del niño con su madre implica una situación de completud para los dos. Para la madre el niño es el objeto fálico que la completa. Para el hijo ocupando el lugar del falo que colma el deseo de la madre. Pero he aquí que la madre pertenece a su vez a un orden cultural de prohibiciones y exigencias. Ella porta en su palabra la ley del Otro (del padre) que la constituyó como sujeto que tiene acceso a su deseo. Ella desea, y desea algo más que su hijo -falo, así le abre el campo a un tercero e impone la ley desde su discurso. Estamos hablando de la metáfora paterna en cuanto la palabra de la ley que pone orden a través de la palabra expresada por la madre. Esta palabra separa al niño de su madre creando una falta en el pequeño, un hueco en su ser. La hiancia creada será la condición para que él pueda insertarse en la cadena significativa y acceder a la búsqueda de su objeto perdido, a través de la metonimia del deseo.

El significante padre -el falo- viene a sustituir al

deseo de la madre por el hijo-falo, quedando dicho deseo eli
dido. El sujeto queda ahora tachado por el significante; es
que al tiempo que se reprime el lugar del falo que ocupaba
el niño, se da también una posibilidad de nombrar en su lu-
gar a otros objetos, que si bien nunca serán lo perdido
orientarán al sujeto en su búsqueda por encontrarlo. Es es-
ta una búsqueda siempre renovada. A este objeto perdido pa-
ra siempre, resto que queda de la impresión significante, La
can lo llama objeto "a" causa del deseo y objeto de la fanta
sía. El objeto "a" no tiene nombre ni lugar, puede ser seña
lado pero nunca nombrado. Es el agujero, la hiancia produc-
to del desgarrón que efectuó el Otro sobre el niño al arran-
carlos de la completud mítica con su madre. (Cf. Caps. I y II)

Es decir que el recién nacido es a partir de enton-
ces un sujeto tachado ($\$$), integrado a la cultura de inter-
cambios y de exigencias. La represión originaria al mismo
tiempo que crea un sujeto tachado, lo aliena también a los
deseos de los otros y a la imagen que creo de sí mismo en ba
se a la imagen de los otros (Yo ideal). O sea, lo constitu-
ye como sujeto inconciente. En un mismo corte se crean dos
estructuras -la del inconciente, sede de la verdad del suje-
to, y la del sistema preconciente-conciente, que en relación
a esa verdad aparece como una máscara engañosa por la que él pe
dirá siempre el sujeto ser reconocido y amado. Este pedido
continuo se expresará a través de la demanda, que desde esta

perspectiva se comprenderá como la forma en que el deseo fue alienado por la palabra.

El inconciente pues, se estructura a partir de un tiempo lógico, tiempo que a la vez indica la instauración de una historia propia del sujeto, la de su deseo. Una realidad del sujeto carente, hecho desde el discurso del Otro... de ahí la fórmula de Lacan de que el inconciente es discurso del Otro, y que está estructurado como un lenguaje. (Cf. Cap. I) Es momento de una historia perdida que siempre faltará al discurso preconciente, ya que por ser dolorosamente verdadera, será siempre acallada. El yo, en su intento de sentirse unido y completo reprimirá (segundo tiempo de la represión) cuantas veces sea necesario cualquier emergencia de esa verdad originalmente reprimida.

Este esfuerzo del yo debe ser constante ya que es condición del sujeto del inconciente, la búsqueda sin tregua del encuentro añorado (repitiendo incesantemente, en formas distintas por medio de significantes), con aquel objeto perdido para siempre. Estos intentos retornarán una y otra vez, a través de los síntomas, de los sueños, de los lapsus. En cada una de estas repeticiones el sujeto pedirá ser escuchado en su verdad reprimida. Así entendemos el tercer tiempo de lo reprimido.

Suponer la existencia del inconciente es suponer tam

bién la represión. La constitución de los primeros núcleos inconcientes les permite luego ejercer una atracción sobre los nuevos contenidos a reprimir a través de la represión propiamente dicha. La represión originaria es constitutiva para el sujeto. Por esta razón buscamos en ella la comprensión del proceso estructurante del síntoma, que es un intento más por la que la verdad inconciente se hace escuchar.

1.3 La angustia

Freud nos advierte que los hallazgos sobre la angustia no han terminado de ser elaborados en su teoría. De ahí la dificultad para la exposición del concepto. Ciertamente al tratar la angustia Freud oscila entre sus dos conceptualizaciones. Marca al principio una clara diferencia entre la primera teoría y la segunda, y sólo hacia el final de su obra las conjunta y las articula prácticamente.

Intentemos a seguirlo en su desarrollo: la primera teoría basada en presupuestos económicos, a partir de lo encontrado en las neurosis actuales, postula que la libido sexual-no satisfecha deviene en angustia, dándose así una transformación de las mociones libidinales en angustia, por inferencias de las prácticas sexuales como es por el ejemplo el coitus interruptus, abstinencia, etc., que desvían el curso de la pulsión hacia una satisfacción o fin inadecuados.

La tensión así acumulada se transmuda en angustia. La explicación de la angustia en este primer momento, aparece a nivel fisiológico y sólo más tarde al intentar explicarla en la neurosis obsesiva y en la fobia, Freud busca la causa psicológica de este proceso y la encuentra en la represión.

Por otra parte, desde esta misma época y hasta las "Nuevas Lecciones de Introducción" (1933), Freud explicaba la angustia a través del concepto de trauma, idea siempre vigente en su obra. Aquí define la angustia como resultado de una tensión pulsional no descargada. "La angustia es la reacción primitiva a la impotencia en el trauma, reacción que es luego reproducida como señal de socorro en la situación peligrosa. El yo que ha experimentado pasivamente el trauma, repite ahora activamente una reproducción mitigada del mismo, con la esperanza de poder dirigir su decurso". (8q, p. 69)

El tema de la angustia, trabajado al principio del desarrollo de la teoría psicoanalítica, está retomado por Freud en años posteriores básicamente en tres artículos donde lo estudia exhaustivamente: "Lecciones de Introducción" (1916-17), "Inhibición, Síntoma y Angustia" (1926), y en "Nuevas Lecciones de Introducción" (1933).

En las dos últimas obras, Freud articula la angustia a lo expuesto en su segunda tópicica del aparato psíquico, anu

lando así la contradicción que se creó entre su conceptualización anterior y sus observaciones en la práctica clínica de las neurosis (fobia, histeria y la neurosis obsesiva). Surge en primer plano nuevamente la relación entre el trauma y la causa de las neurosis. Ya desde el principio (1895) Freud trata de diferenciar las causas externas de la angustia de sus razones internas, o sea el peligro pulsional. Marca además la diferencia entre angustia realística y angustia neurótica (señal). La angustia expresa la incapacidad del yo a hacer frente a las situaciones traumáticas que lo desbordan considerando especialmente el desvalimiento del yo en los primeros momentos de la vida. A esta angustia la llama realística. Esta angustia crea un modelo de reacción automática a situaciones parecidas que deberá enfrentar el yo posteriormente, y en las cuales emitirá el yo una señal de peligro que movilizará a su vez una defensa adecuada.

Pero cuando habla de angustia neurótica nos indica que lo que se teme es la emergencia amenazante de las pulsiones internas. Pulsiones y deseos que se reprimieron gracias a que por otro lado fueron prohibidas desde lo externo. Creemos encontrar aquí un primer escollo que para el mismo Freud resultaba difícil de superar. ¿Cómo relacionar la angustia neurótica con la angustia realística?, o más bien, ¿cómo separar lo externo de lo interno? Nos da la siguiente pista: "Una situación pulsional se refiere en el fondo a una

situación exterior. La angustia neurótica se ha transformado en nuestras manos en angustia real ante determinadas situaciones exteriores". (8q, p. 920) Así, la represión creada por una angustia real frente a un peligro exterior es la castración, precedido, nos dice Freud, por la separación del niño de su madre. Y sobre el objeto de la angustia nos dice que "es cada vez la aparición de un factor traumático que no puede ser anulado según las normas del principio del placer". (8t, p. 922)

Con la necesidad de sintetizar el tema (porque no es el objeto de investigación aislado de esta tesis) y con el riesgo de esquematizarlo demasiado, teniendo en cuenta que Freud marca con insistencia que la angustia "es el punto nodal de convergencias de importantes problemas, y un enigma cuya solución implicará aclarar la vida psíquica" (8v, Conf. 25), podemos decir que Freud anuda finalmente todas las concepciones sobre la angustia. Tanto la angustia realística, la señal, la de castración y la moral, responden a una misma génesis: "todas ellas conservan algo común, por significar todas en cierto sentido, una separación de la madre. Al principio sólo en el sentido biológico, luego en el de una pérdida directa del objeto y más tarde en el de una pérdida indirectamente provocada del mismo. (8q, p. 61) O sea, una situación extrema de peligro, que será luego reproducida como señal de peligro, siendo su condición la falta del objeto.

La ausencia de la madre, más que peligrosa es traumática, porque en estos momentos de ausencia podría surgir un anhelo que revele la falta del objeto como carencia. Entonces veremos que no es preciso decir que la angustia al revés que el miedo, no tiene objeto, sino que su objeto es la ausencia. Apuntamos a que el deseo del sujeto es siempre el deseo del Otro que a la vez remite al deseo de un Otro y por lo tanto el Otro aparece como sujeto de la falta, organizado alrededor de un vacío, recubierto por la castración simbólica.

A partir de este punto pensamos poder enlazar con las elaboraciones de Lacan sobre la angustia. La angustia, dice Lacan, tiene un aspecto revelador con respecto a la falta. Falta que se refiere no a la falta de objeto, como la conceptualizara Freud, sino a la falta en ser del sujeto (la castración simbólica), quien conjugado por el significante fue escindido, marcado por la falta, una hiancia que lo organiza -el objeto "a" causa del deseo. Este es el deseo del Otro. Así, el objeto sólo puede entenderse en dimensión del $\$$, sujeto del inconciente que encuentra en el Otro (tachado a la vez), la única posibilidad de vehiculizar el encuentro de miradas y demandas en una relación imaginaria, que implica de por sí cierto monto de angustia que nace a propósito de las posibles confrontaciones críticas del sujeto con el deseo del Otro.

Pero (en otro nivel posible) si el sujeto no puede

saber ni siquiera, lo que el Otro quiere de él, y aprende el puro deseo, sin señales de cómo tener que satisfacerlo, surge la angustia como un grito desesperado. Angustia por la imposibilidad de saber lo que es en cuanto objeto para el Otro, y al mismo tiempo no poder constituir al Otro como objeto de su propio deseo. Pensamos por ejemplo en el terror sin nombre que supone estar frente a una madre que observa a su hijo con una mirada "misteriosa" "vacía" que no dice nada y que desde esa nada exige todo, como en el caso que presentamos en las conclusiones. No se trata pues de una angustia sin objeto, sino de una angustia que surge precisamente en el punto en el que el sujeto se encuentra con el objeto "a". La angustia señala entonces la emergencia de este objeto "a", que aparece como aquello real no-significable ni especularizable que al ser simbólico comparte la estructura del significante. Es decir, queda perdido en el proceso de significación condicionando al mismo tiempo la interminable articulación de las cadenas significantes. Cumple un rol o lugar parecido al del cero en las matemáticas, que sin indicar ninguna cantidad, organiza la serie de los números. O como nos dice Leclaire: "entre dos significantes, entre dos 'dichos' (o rasgos, si se prefiere), se abre el vacío de un 'no dicho'". Para que exista una articulación entre dos significantes y para que siga siendo posible, es necesario que este 'no dicho' se mantenga como 'no dicho'". (16a, p. 83) Esta falta radical del ser, se encuentra en un límite inaprehensible pa-

ra el sujeto que es incapaz de significarlo, de nombrarlo, y que sin embargo marca en última instancia lo único en común entre el sujeto y el Otro. La angustia pues, nos introduce al campo de la falta que es el campo del deseo.

A través de una ecuación Lacan nos explica cómo se juega ese real que determina la angustia: (15g)

S	A	goce
a	\bar{A}	angustia
§		deseo

En un primer nivel tenemos la relación mítica del sujeto con el Otro, sin quiebres, encuentro con el falo, nivel del goce (y de la muerte).

Pero este sujeto mítico (segundo nivel de la ecuación), se encuentra con un Otro que lo desea, indicando también está el marcado por el significante. Depende enteramente de él y se constituye en su lugar (identificación primaria).

El sujeto es pues dividido, tachado por el otro, y se convierte en cociente: § (tercer nivel). Pero esta operación deja un resto, o residuo no significable que representa a la vez la garantía de la alteridad con el otro (recordemos que el sujeto al asumir jubilosamente su imagen en el espejo,

lo hace fascinado por la imagen del otro, por la falta en el otro, falta que el sujeto descubre al ser mirado con deseo).

Ese "a" (segundo nivel) que queda como resto, sería el sujeto en cuanto real, en cuanto caída del estado mítico anterior, constituyéndose así en objeto mítico estructuralmente perdido de la unión anterior (nivel 1). Objeto que jamás será encontrado, sólo búsqueda por sus huellas, que llevarán al sujeto a una repetición inacabable. En este nivel es posible hacer referencia a la angustia de castración: el sujeto buscará la clave de su deseo en el deseo del otro, pero he aquí que al ir a buscarlo pescará al otro también con la mirada puesta en otra parte que no es él (-ç), marcado también por la falta, condición necesaria para el sostenimiento del deseo, donde la posibilidad de plena satisfacción es solidaria con la aparición de angustia de castración.

Queda claro así, que el rasgo esencial de la angustia es la presencia del Otro. Presencia que remite siempre a una carencia (ausencia) fundamental. De ahí que el Otro de las relaciones imaginarias es soporte y sostén de esa búsqueda del objeto "a" que remite siempre a una presencia más allá, necesaria en la economía del deseo.

La imagen del Otro sobre la que el sujeto crea la suya propia, es una máscara engañosa, una prótesis construida sobre el vacío, digamos que bordea un hueco, siendo esta su

condición principal; por eso si su función de soporte del hueco, es colmada, irrumpe la angustia en cuanto encuentro con el deseo prohibido y temido. Por eso la angustia lejos de ser una señal para el yo (aunque ahí sea su sede) es una señal para el sujeto, en su más radical característica: ser sujeto carente, y por tanto deseante para siempre, garantía de su propia existencia.

1.4 La fantasía

Intentamos ahora hacer un breve rodeo alrededor del tema de la fantasía, ya que consideramos que hablar de deseo implica necesariamente referirse a su correlato: la fantasía. Es decir, la forma en que es posible escenificarse algún deseo: y por eso mismo, el síntoma se sostiene siempre en la fantasía. Siguiendo la metodología usada en esta tesis, haremos primero un recorrido por Freud, para pasar finalmente a las consideraciones hechas por Lacan. Sólo por razones metodológicas, ya que consideramos que no hay ruptura entre las formulaciones de Freud y Lacan, por el contrario, una amplía y explica a la otra.

1. En Freud

Seguir a Freud en sus elaboraciones sobre la fantasía nos enfrenta con la misma dificultad con la que se enfrentó Freud, que desde 1896 hasta el final de su obra traba

jó el tema en forma ambigua, dispareja, planteando nuevos giros a cada paso de su investigación. Intentaremos aquí retomar la problemática de la fantasía, ubicándonos en la encrucijada planteada por Freud.

Quizás una de las formas de empezar a deslindar el tema, sea partiendo de la "ruptura" de Freud (carta 69 a Fliess, 1897) sobre la realidad externa, realidad psíquica y lugar de la fantasía. Al decir "partiendo" no queremos decir que va a ser un seguimiento paso a paso de las elaboraciones de Freud, sino que trataremos de abordar determinadas problemáticas que tienen que ver con el tema que nos interesa, a saber: cuál es la estructura de la fantasía y cuál es su relación con el deseo, el Edipo y el síntoma.

Durante el primer período del trabajo de Freud (que culminará en Estudios sobre la Histeria, 1895), la fantasía tiene lugar en la etiología de las neurosis. Lugar que viene determinado por la teoría de la seducción, seducción de carácter sexual que viven "pasivamente" las histéricas, originándose así el trauma. (8b) Trauma que está organizado en dos tiempos: uno el hecho real y el otro el recuerdo que suponía la resignificación del primer tiempo y que tenía efectos patógenos. (Manuscrito K, 8u)

Teoría de la seducción que tiene el mérito de haber fundado la articulación entre la sexualidad, el traumatismo

y la defensa. Es decir, de dar cuenta del hecho clínico de que el traumatismo sexual moviliza a las defensas patológicas (represión y síntomas).

Pero en el curso de 1897, abrumado Freud por el descubrimiento de que tales hechos reales no eran tales, escribe a Flies lo siguiente: "Permíteme que te confíe sin más dilaciones el gran secreto que en el curso de los últimos meses se me ha revelado paulatinamente: ya no creo en mis neuróticos..." (carta 69 a Fliess, 21, 9, 1987; 8u); con lo cual se ve en la necesidad de "desechar su elaboración sobre la intervención del adulto en la vida infantil para crear el concepto de realidad psíquica".

"...el hecho de que el enfermo se ha ocupado de esas fantasías, difícilmente ese hecho tenga menor importancia para sus neurosis que si hubiera vivenciado en la realidad el contenido de sus fantasías. Ellas poseen realidad psíquica, por oposición a una realidad material y poco a poco aprendemos a comprender que en el mundo de las neurosis la realidad psíquica es la decisiva". (8v, p. 336)

"...Si los histéricos refieren sus síntomas a traumas -por ellos inventados- habremos de tener en cuenta este nuevo hecho de imaginación de escenas traumáticas y conceder a la realidad psíquica un lugar al lado de la realidad práctica. Tales fantasías se hallaban destinadas a encubrir la

actividad autoerótica de los primeros años, elevándola a una categoría superior, detrás de estas fantasías apareció la vida sexual infantil... (1914) (8x, p. 986)

Nuevo paso de Freud, abandona su teoría de la seducción y del efecto patógeno de las experiencias reales infantiles, para dar al fantasma, una realidad psíquica, independiente de los hechos reales.

Oponiendo de esta manera lo externo a lo interno: seducción (presencia del adulto) vs. sexualidad originada en el propio sujeto, opone lo constitucional, lo imaginario a lo real. Esta es justamente la línea que predomina en Tres ensayos (1905), donde se nota que el abandono del traumatismo hace surgir la descripción del desarrollo sexual desde adentro. Pero, ¿no crea este avance de Freud, un dilema teórico, una dicotomía? Pensamos que sí, ya que al oponer mundo externo (con todo lo que esto implica) inclusive con la confusión de considerar "el acontecimiento" como algo que puede ser fechable, percibido, y no como una estructura que pre-existe al sujeto, sistema de relaciones en la que el niño viene a incluirse desde el comienzo. Viéndolo así lo interno queda como algo puramente imaginario, sin referencia alguna a dicha realidad estructurante.

Ahora bien ¿no se podría entender, como efecto de esta dicotomía que señalamos, la dificultad de Freud en este

momento de su elaboración, para articular el Edipo a la teoría sexual y a la fantasía? Porque; pensemos que el Edipo fue descrito ya en 1897, sin embargo no aparece vinculado ni con la teoría sexual, ni con la fantasía.

Conciente Freud de esta dificultad, y ante las exigencias que se le imponían por un lado desde la práctica clínica (imposibilidad de llegar al primer recuerdo traumático), y por el otro, desde sus elaboraciones teóricas: búsqueda de una explicación para el origen de las fantasías originarias partiendo solamente de experiencias endógenas del sujeto; opta por una solución no demasiado salomónica que digamos: la referencia a lo biológico, a lo "filogenéticamente heredado".

Solución que quizás deberíamos entenderla: desde dos razones fundamentales para Freud: 1) la búsqueda del acontecimiento primero había llegado a estancarse, y 2) porque Freud no alcanza aún a rescatar lo positivo de su teoría de la seducción, quedándose prendido en el realismo de lo fechable del acontecimiento. Y así, desechando el acontecimiento sólo queda viable el otro polo: lo constitucional.

Pero seamos justos. ¿No está en esta misma concepción biológica el camino de salida a dicha problemática? Porque preguntémosnos, ¿de qué biológico se trata? ¿No está Freud en plena búsqueda de un real que funde y explique la fantasía del sujeto?, o sea ¿algo que trascienda al hombre,

algo que esté antes que él mismo?

Freud siempre hablaba de un "más allá" (ejemplo claro el de su "metapsicología"). También hay un más allá que determina la fantasía, algo más allá del individuo. Algo que nos remonta a los orígenes de donde surgen todos los mitos, ya que preguntarse por los orígenes es enfrentarse al mito. Estamos así, frente a las fantasías originarias.

"...Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía -la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración- fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana". (8v, p. 338) Mito de seducción, de castración, escena primaria... mitos que responden a las preguntas sobre los orígenes de la sexualidad, de la diferencia de sexos, del nacimiento; enigmas que todos alguna vez nos preguntamos aunque luego lo hayamos "olvidado"... "Y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica". (8v, p. 338)

Como lo hacen notar Laplanche y Pontalis (10b), se puede notar claramente el interés de Freud por ubicar al sujeto dentro de un sistema que estando antes y fuera de él, lo supedita y lo organiza. Se podría entender pues, que esta prehistoria mítica (fantasías originarias), responden a ese "más allá" cuyo carácter organizador está fuera del su-

jeto.

Pero no nos apuremos. Nos preguntamos nuevamente: al ubicar todos estos fantasmas originarios en la transmisión filogenética, aún cuando dicha transmisión pueda ser interpretada como esquemas que organizan lo imaginario, ¿no se está dejando de lado lo contingente y personal del sujeto en sus relaciones de objeto? Pregunta que nos introduce en el tema del complejo de Edipo.

El complejo de Edipo, que es eficaz en cuanto hace intervenir la prohibición del incesto (puerta de la cultura y posibilidad de ser humano) se encarna en cada historia individual. Es decir, cada niño nace con un lugar predeterminado desde el Edipo y el deseo de los padres que le tocaron.

Es importante recordar que Freud, "fiel" a su teoría de la seducción, valoriza (manuscritos L y M; 8u, pp. 760-765) el papel de los rastros de la experiencia personal: cosas vistas y especialmente el papel de lo escuchado. "Las fantasías están construidas con cosas oídas y sólo posteriormente aplicadas, de manera que combinan lo vivenciado con lo oído, el pasado (de la historia de los padres y antecesores) con lo presenciado por el propio sujeto". (manuscrito L; 8u, p. 765)

Se puede así, insertar la historia del sujeto con la historia de los padres. Niño erotizado, hablado (por ejemplo,

cuentos y leyendas familiares), mirado, tocado, etc., siempre en relación con un deseo adulto. Porque, aquel que lo erotiza, le habla, le toca, ¿desde dónde lo hace? Desde su propia estructura edípica. O sea que el niño inmerso desde el vamos en el Edipo de los padres, en esa historia que le precede, se pregunta sobre sus orígenes; y es desde los otros que intenta articular su propia historia. Toda esta problemática la encontramos en las elaboraciones de Freud de los años 1907-1909, donde aparecen temas como escenificación imaginaria, novela familiar, creaciones poéticas, teorías sexuales infantiles, ensoñaciones, etc. (Cf. La novela familiar del neurótico, 1909; El poeta y la fantasía, 1908; Las teorías sexuales infantiles, etc.)

Intentamos ahora aclarar y resumir lo dicho hasta el momento: el origen de la fantasía estaría dado por la fantasía originaria, modo en que el sujeto intenta ubicar sus deseos y enigmas, frente al Otro que lo constituyó. Entendiendo tal como venimos diciendo, que para que exista fantasía debe existir un sistema simbólico que pre-exista al sujeto. Estructura cuyo ejemplo más precioso sería el del lenguaje, que como lo indicamos en otros lugares, delimita, define y ordena los lugares y las diferencias. Las fantasías originarias nos muestran un movimiento retroactivo, ya que el sujeto se vincula a sus orígenes, desde su propia particularidad, desde su experiencia subjetiva de ser inmerso en un orden so

cial.

Ahora bien, nos estamos refiriendo a fantasmas inconcientes. Pero, ¿cuál sería la relación de los mismos, con el sistema preconciente? Pregunta que se nos hace importante intentar delimitar, ya que la práctica analítica nos pone en contacto con los síntomas y las fantasías luego de su deformación, a partir de la represión.

El primer intento de respuesta nos ubica en la problemática tópica. Mucho se ha discutido sobre el problema de la ubicación tópica de la fantasía, así como de los niveles de la fantasía inconciente. En la "Interpretación de los Sueños" (1900), Freud crea un parentesco entre sueño diurno y contenido manifiesto del sueño. Quizás esta sea una punta para empezar a pensar el problema.

Si existe un deseo inconciente (socio capitalista, dice Freud) que emerge desconocido y disfrazado a través de los contenidos preconcientes (socio industrial), luego de pa sar por el filtro de la elaboración secundaria; de la misma manera podríamos pensar a la fantasía preconciente (ensoñaciones diurnas) como un socio industrial de otro contenido. Es decir, determinado por los contenidos de las fantasías originarias, las fantasías preconcientes aparecerían como retoños de las primeras.

Pero, comparar a las fantasías con los sueños, no es

tan mecánico ni tan fácil, como lo hacemos aparecer.

Al hacer tal comparación con los sueños hemos ubicado a la fantasía en dos niveles diametralmente opuestos. Pero escuchemos a Freud: "Las fantasías inconcientes o bien han sido desde siempre inconcientes y formadas en el inconciente, o bien y tal es el caso más frecuente, han sido antes fantasías concientes, ensueños diurnos que fueron luego olvidadas intencionalmente llegando al inconciente por la represión". (8d, p. 955)

Parecería que la diferencia más importante no es la ubicación tópica sino los niveles de la fantasía inconciente. Transcribiremos el esquema que proponen Laplanche y Pontalis (10b, p. 134), ya que nos parece muy adecuado para clarificar el problema que tratamos de dilucidar:

Fantasía originaria

(Correlativa a la represión originaria)

Fantasía secundaria

Fantasía
inconciente
(represión
secundaria)

Fantasía
preconciente
(ensueños
diurnos)

O sea que al igual que en el sueño, las dos modalidades de la fantasía, si bien parecen desconectadas, se hallan comunicadas desde el interior.

Notamos sin embargo que mientras que el sueño es una expresión de un deseo inconciente, la fantasía es escenifica

ción de dicho deseo. El sujeto ávido de reencontrar sus objetos perdidos (tendencia que sería el deseo) lo hace a través de signos de tales deseos, en una constante búsqueda de ubicar aquello que siempre se le escapa. La fantasía sería, la ubicación de tales signos, repetimos, la escenificación probable de los mismos.

Veamos ahora cuál es la función, y cuál la estructura de la fantasía.

De todo lo desarrollado, creemos haber dejado en claro que la fantasía está íntimamente ligada al deseo; en tanto que este último sólo puede tener realidad en la posibilidad de ser escenificado en determinada trama (secuencia de escenas). Es pues función primaria de la fantasía la escenificación del deseo inconciente. ¿Y su estructura? En cuanto a la estructura inconciente de la fantasía puede decirse que estaría caracterizada por el proceso primario, o sea por la movilización de los lugares que ocupa el sujeto dentro de la escena: permutación de papeles y atribuciones. Por ejemplo, en la fantasía descubierta por Freud ("Pegan a un niño", 1919) (8k, p. 1181), aparentemente el sujeto no es tá presente en la escena fantaseada, pero sin embargo está en todos lados: es niño pegado, niño que pega, que mira... etc. En este sentido el recuerdo encubridor tendría la misma estructura que la fantasía inconciente, ya que todos los

personajes recordados jugarían la misma sustitución de lugares y funciones. En cambio en el ensueño diurno (fantasía preconciente) aparece el sujeto como único personaje central, como héroe principal, marcado por el proceso secundario (defensivo) del yo, que siempre busca conservar su imagen narcisística completa y única, pero que como todo preconciente se encuentra determinado en última instancia por fantasmas inconcientes.

2. Desde Lacan

Durante todo el recorrido de nuestra investigación hemos tratado de poner a la teoría del sujeto, de Lacan, en el lugar central de nuestras elaboraciones (ver Cap. I), indicando de esta manera el sentido de lo que entendíamos por el "retorno a Freud".

Decíamos así que el sujeto tiene su lugar de nacimiento, en el campo del Otro, de tal forma que la característica del sujeto del inconciente "es estar bajo el significante que desarrolla sus redes, sus cadenas, sus historias, en un sitio indeterminado" (15h, p. 214) en un lugar excéntrico al sujeto.

Veamos, pues, cómo esta concepción del sujeto articulada en la relación con el Otro (desenvuelta por el Otro), será la forma privilegiada de entender la fantasía tal como la explica Lacan.

Es justamente a partir de la fórmula algebraica $\$ \diamond a$ (fórmula de la fantasía) que Lacan señala la forma en que se da esa relación circular entre el sujeto y el Otro, proceso de borde lo llama, indicándonos que el uso del rombo \diamond remite a una relación dialéctica entre ambos términos. Primera operación esencial en la que se funda el sujeto; nos referimos a la alienación del sujeto al significante del Otro. El rombo nos indica pues, una suerte de unión-disyunción, donde el sujeto en la relación con el Otro, desaparece siempre que intente fijarse en cualquier punto de dicha relación.

Por eso la fantasía es esencial en la comprensión del sujeto, ya que hablar de sujeto no implica simplemente hacer referencia a una instancia, sino "al movimiento de una desaparición" donde el sujeto tachado ($\$$) sólo podrá "correlacionarse con un objeto que no se proponga nunca de frente". (22a, p. 44) Esto porque no existe objeto alguno que totalice la pulsión, pulsión que será a su vez siempre parcial.

Lo dicho en el párrafo anterior es lo que subyace a la fórmula de la fantasía: $\$ \diamond a$ (sujeto tachado, marca de a minúscula), en cuanto que la fantasía "define la focalización del lugar improbable de las estructuras (son estructuras, no son ajenas al significante) que el sujeto gesta para ubicarse en relación a sus objetos". (22a, p. 44) Ubicación que implica siempre la pregunta por el deseo del Otro. La fantasía, pues se ubicaría como correlato imaginario del de-

seo, de ahí que se sostenga que el sujeto lacaniano debe ser apresado en el borde del deseo y en el otro de la fantasía, siempre en fading. (Cf. 22a, p. 44)

Hablamos de sujeto eclipsado, en fading, para referirnos a la forma en que el sujeto se sostiene frente a su deseo evanescente, evanescente ya que la alienación del deseo a la demanda, así como la posibilidad de satisfacción de la misma, le roba su objeto. (Cdf. 15h, pp. 214, 215) Recordemos aquí lo que decíamos del objeto a, objeto perdido que causa el deseo que nunca podrá ser.

Vemos así que la fantasía marca la respuesta del sujeto a la demanda del Otro (que significa su necesidad), es decir que la fantasía llevando a la demanda a los límites del ser, interroga al sujeto sobre su propio deseo, se ubica en el lugar de la falta.

Aclaremos un poco más cuál es la relación entre el deseo y la fantasía. El deseo sería la forma opaca (por lo del aclipsamiento del sujeto al significante del Otro) en que el sujeto responde a su propia pregunta acerca de lo que él mismo quiere o desea, tal como lo vemos en la clínica.

La fantasía, es el correlato imaginario del deseo, regimenta su nivel, permite su acomodación al intentar apuntalar imaginariamente la respuesta a la pregunta inicial que

lo constituyó como sujeto. "La fantasía es el intento de me dir la falta, mientras que el deseo, para nosotros, es la or ganización en su huida metonímica del ser que el lenguaje llama". (15f.1, p. 138) Resumamos diciendo, que si bien el deseo será siempre reprimido, rechazado, desplazado, la fantasía será la escenificación imaginaria de los intentos del sujeto por ubicarse en el deseo del otro.

El sujeto es portador de la barrera de la represión, y la fantasía toma su lugar en la barrera del sujeto, "sien- do esa barra como la placa sensible donde el inconciente -es tructurado como un lenguaje- comunica con el orden signifi- cante, que es el lenguaje propiamente dicho". (10a, p. 62) Vemos así que es el significante, el que organiza la fanta- sía. Esto significa que la relación del sujeto con el Otro (primeramente la madre) se opera desde el origen sobre sig- nos "sobre la moneda del deseo del Otro". (15f.1, p. 98) Aquí podríamos marcar al pasar la diferencia fundamental en- tre la concepción de fantasía para Lacan y para M. Klien, quien considera a la misma como "Primitivas formaciones psí- quicas inherentes a la realización de los impulsos instinti- vos... los mismos son congénitos... y son por supuesto pre- verbales, o más bien no verbales". (13, p. 41) Para Lacan en cambio, la fantasía (igual que el sueño, los síntomas, etc.), sólo pueden entenderse refiriéndola a la categoría de significante. Significante que remite a su vez a lo simbóli

co, que sería respecto a la fantasía, algo así como "la máquina original que pone en escena al sujeto". (15b.1, p. 12)

1.5 El síntoma y la neurosis

Desde sus primeras elaboraciones teóricas -1896 "Nuevas aportaciones a las psiconeurosis de defensa"- Freud define al síntoma como una formación privilegiada del inconciente, considerándolo como un tiempo específico en la génesis de la neurosis, separándolo así del proceso específico de la represión. Llama al síntoma formación de compromiso, haciendo hincapié que el síntoma es la resultante transaccional entre el deseo reprimido y la represión secundaria: verdad inconciente que hubo de ser expulsada del yo por medio de la censura social.

El síntoma es el tiempo del retorno de lo reprimido, retorno siempre posible, porque los contenidos inconcientes son indestructibles. Retorno disfrazado, por la represión y la contrainvestidura, condición para ser admitido por el yo, guardián fiel de la imagen sin quiebres que el síntoma viene a alterar. Es digamos, la verdad inconciente que retorna para así ser escuchada. "La representación libidinosa inconciente se ve obligada a someterse en cierto grado al poder del yo preconciente. La oposición que contra ella ha surgido en el yo la fuerza entonces a aceptar una forma expresiva

transaccional, surgiendo así el síntoma como un producto considerablemente deformado de una realización de deseos libidinosos inconcientes, producto equívoco que presenta dos sentidos totalmente contrarios". (8v, p. 336)

Regido por las leyes del inconciente (las del proceso primario), la condensación (sustitución) y el desplazamiento (concatenación, transferencia de significantes), el síntoma se articula por medio de sustituciones, sobredeterminaciones y desplazamientos (cambios de intensidades en las representaciones), dando como resultado esa formación de compromiso entre el deseo (que se expresa así a través de signos) y el castigo, la defensa contra el mismo. Jalado por los dos polos, lo reprimido y lo represor, el síntoma es como campo de batalla, a la vez que expresa una verdad, es acallado y resistido por el yo que le niega toda posibilidad de significación. Aparece así como paradigma de lo que conocemos como conflicto psíquico, ya que implica esa formación espacial donde lo reprimido y lo represor ceden ambos, haciendo emerger al síntoma, que así "habla" de lo que estaba prohibido, proscrito. Freud, recordemos, hacía hablar a los síntomas a través de las asociaciones libres que imponía a sus pacientes, como medio de desanudar con palabras, lo que aparecía en el síntoma condensado y desplazado, bajo formas verbales. El sujeto del inconciente expresa así su verdad, pide la palabra a través de los síntomas, a decir de Maud

Mannoni. (20) El síntoma habla porque está hecho de palabras, y sólo con palabras se lo podrá liberar. Esto encontramos ya en la teoría del trauma de Freud, donde el síntoma aparece en el lugar de una palabra no dicha, palabra que faltó para significar en su momento los sucesos corporales y psíquicos del sujeto, falta de significación que supone en un segundo tiempo (por resignificación) la calidad de lo traumático.

Los mecanismos del síntoma, como lo señalábamos, son los mismos que los del sueño. En la Interpretación de los sueños, Freud nos enseña a reconocer la verdadera dimensión de la letra del discurso, y por eso llamaba al sueño el camino real al inconciente. En la traumdeutung se despliega todo un tejido de ejemplos desarrollados en forma de conexiones y sustituciones, mostrándonos en forma clara la función de transferencia del significante. Nos encontramos así que tanto el sueño como el síntoma llevan en sí mismos la marca del lenguaje que especifica al inconciente freudiano, porque la realización (o colmamiento del deseo) que se expresa en los sueños y en los síntomas, se da a través de una palabra. El síntoma pasa a ser así metáfora del deseo, es decir paso del sujeto al sentido del deseo.

Veamos ahora esos mecanismos que hacen tanto al sueño como al síntoma:

1. La transposición (entstellung) que es para Freud la precondición de la formación de cualquier formación del inconciente. A través de este mecanismo podemos notar el deslizamiento del significado debajo del significante. Mecanismo que nos remite a toda la deformación de las ideas inconcientes que no sólo se expresan en otro registro (transposición de un registro a otro), sino que al ser totalmente deformadas necesitan de la labor interpretativa para poder ser entendidas. Lo cual a su vez nos remite al problema de la significación (que toda interpretación encierra), significación que no se halla despojada a través de un significado puntual y preciso (tipo traducción), sino que sólo es pensable en tanto efecto del sistema entero que produce la entstellung.
2. La condensación (verdichtung), donde la representación psíquica, representa a varias otras, con las que mantiene lazos asociativos. Es decir, se trata de la superposición de los significantes, que como señalábamos en el primer capítulo, Lacan llama metáfora, por la sustitución de significantes que se da en las formaciones del inconciente.
3. El desplazamiento (verschiebung), donde la intensidad de una representación, puede desprenderse de ésta y pasar a la siguiente, siempre en líneas asociativas (concatena-

ción). Es la forma más importante utilizada por los procesos primarios para burlar la censura, ya que la metonimia demuestra un verdadero viraje de la significación.

4. Por último, la condición de figurabilidad, que lejos de indicar la pura pantomima o imágenes puras, indica la presencia del significante que es lo que permite la puesta en escena que vemos en el sueño. Se trata pues de imaginarizar lo simbólico.

Tomamos estos cuatro elementos para indicar como Freud nos mostraba claramente que el trabajo del sueño (traumarbeit), sigue paso a paso las leyes del significante. Y lo mismo nos sirve decir del síntoma. La estructura de ambos revela la estructura del inconciente, que es (según sosteníamos en el capítulo I) la del lenguaje.

Es importante rescatar la guía que nos induce la estructura del sueño, que es la estructura simbólica, la estructura del significante fuente de toda eficacia del recorrido del mismo.

Así, cuando Freud dice que no habría enfermedad de no ser por el otro (carta 75, 8u, p. 790), ubica al síntoma como la forma de sometimiento a códigos que están fuera del alcance del yo, que están en otro lado. Se trata de ese otro escenario del sueño, como lo dice Freud tomando la ex-

presión de Fechner, ese otro lugar psíquico donde síntoma y sueño se inscriben.

Creemos necesario señalar sin embargo que si bien Freud insiste en el parentesco entre el sueño y el síntoma neurótico, también marca sus diferencias. Ya que si bien el sueño es en su proceso ejemplar para comprender al síntoma, hay una diferencia económica fundamental entre ambos. Lacan (15d) se refiere a la diferencia entre ambos diciendo "no tienen en común más que una gramática", y señala con esto que si bien ambos permiten aprehender la función simbólica en juego, el síntoma está inserto en un estado económico global del sujeto mientras que el sueño es un estado localizable en el tiempo, en condiciones muy particulares. El sueño no es más que una parte de la actividad del sujeto, mientras que el síntoma se extiende en varios campos de su actividad. Lacan termina señalando que son procesos más bien análogos que idénticos.

En cuanto a estructura dinámica del síntoma, veamos qué es el complejo de castración (como estructura simbólica) el que tiene una función de nudo en la formación de los síntomas. Recordemos aquí lo que señalábamos en el capítulo sobre el Edipo y castración, que la significación de la castración recién adquiere efectividad (como manifestación clínica) en la formación de los síntomas a partir del descubrimiento de la castración materna.

Recordemos que para Freud el núcleo central de toda la problemática del sujeto es el complejo de Edipo, estructura simbólica, intersubjetiva que permite el acceso del sujeto a un lugar, a un discurso propio, a un deseo que nunca podrá nombrar. Pero, esta historia del sujeto, historia de sus deseos edípicos, historia de su sexualidad, está en el inconciente separado radicalmente del yo, quien a su vez organiza "su historia", la oficial, la que lo representa imaginariamente ante los otros. Y la historia que cuenta el yo, es una historia hecha de embustes y engaños, ya que de lo que se trata es de dar continuidad a su imagen, de presentar la sin quiebre alguno, rellenando las partes reprimidas de su historia con falsas verdaderas. Recordemos aquí la definición que da Lacan del inconciente en su artículo "Función y campo de la palabra". (15a.2, p. 80) "El inconciente es el capítulo de la historia que está marcado por un embuste por una mentira, es el capítulo censurado, que aparece en otra parte". Y esas palabras que faltan al preconciente para dar continuidad a su historia, aparecen en otro lado como posibilidad de una verdad que retorna; aparece en el cuerpo sede de inscripciones y erotizaciones efectuadas por el Otro (o partes ciegas no significadas); aparece también en los recuerdos, archivos de una memoria de experiencias infantiles imposibles de articular porque se desconocen sus orígenes; aparecen también en las formas típicas con que cada sujeto

organiza su discurso, lo mismo que en las tradiciones y leyendas que organizan la novela donde el yo que es actor principal; por último aparecen en los restos de las articulaciones entre los capítulos adulterados de esa historia reprimida.

Se trata pues de una historización donde lo interno y lo externo lejos de estar diferenciados se confunden y se mezclan (tal como lo demostrábamos con el ejemplo de la cinta de Moebius), y esta intrasubjetividad está marcadamente presente en el síntoma, que está producido desde la palabra del otro, relacionado con el discurso del Otro, y éste es precisamente el secreto de su enigma.

El sujeto habla con sus síntomas sin saberlo, por eso para liberar esa palabra amarrada, amordazada, es necesario hacerle hablar en el lenguaje del deseo, así la verdad que el síntoma encubre podrá ser dicha a través de la articulación significativa.

Porque el síntoma es una metáfora, y por lo mismo se encuentra ligado a la cuestión más radical del ser "es la verdad de lo que ese deseo fue en su historia lo que el sujeto grita por medio de su síntoma". (15a.3, p. 203)

"En el síntoma está en juego la metáfora que no es sino sinónimo del desplazamiento simbólico organizado por una ley más allá del sujeto". (15a.2, p. 80)

Veamos pues; para terminar, la relación del síntoma y las neurosis:

La esencia de las neurosis (dejando aparte su etiología) es el retorno de lo reprimido, "en tanto ese retorno conduce a la organización de la realidad, según un sentido oculto, simbólico". (29b, p. 104) Al sujeto, como lo veníamos analizando en párrafos anteriores, le faltan partes de su historia, que al no estar tampoco pueden ser articuladas a lo simbólico; así el retorno de lo reprimido no se da en un discurso articulado, sino a través de síntomas, sueños, lapsus, etc., y por lo mismo aparece para el sujeto como algo no comprendido.

Así, se podría plantear a la neurosis como una falla producida en la situación edípica. Veíamos que el complejo de Edipo termina por articular los tres registros que son en esencia los que explican la existencia humana (nos referimos a los registros de lo imaginario, lo real y lo simbólico).

Lo simbólico a través de la distribución de lugares, permite la asunción de la subjetividad desde las relaciones intersubjetivas.

En la neurosis, decíamos, algo falló que permitió sólo a medias la aceptación de la castración y por lo tanto el que el sujeto asuma su propio sexo. Situación ésta, que el

sujeto intenta "restituir" sin lograrlo, a través de sus síntomas, en una repetición incansable de significantes, que para él carecen de sentido. Sabemos que el neurótico busca obturar las fallas y negar siempre su situación de sujeto carente, en su falta en ser el falo. Es desde ahí que intenta una y otra vez ser el falo (de la madre). Al no poder aceptar tampoco la castración materna, tiene que colmarla y este intento lo hace desde lo imaginario, negando las diferencias que introduce lo simbólico.

Pero, el neurótico desea ser el falo (que es lo prohibido); situación paradójica en extremo, ya que al desear expresa su propio temor de quedar apresado para siempre en este lugar, que implicaría su desaparición como sujeto deseante.

Si la madre lo ama en extremo, o por el contrario no lo desea, marca desde el inicio de la relación, la condición "sin salida" del neurótico. Ya que como apuntábamos más arriba es desde la madre, desde su deseo donde podríamos hallar las fallas de la función simbólica del padre. El padre intervendrá castrando, pero no con la eficacia necesaria, dejando una falla en lo simbólico (repetimos en la marca adecuada de lugares y diferencias) primando de alguna manera lo imaginario, las relaciones imaginarias, que alimentan el de

seo de seguir siendo falo que completa

seo del neurótico de seguir siendo falso que completa (a
Otro).

CAPITULO IV

CONCLUSIONES

Nos pareció ilustrativo y sintetizador, terminar el trabajo con la presentación de un material clínico que ejemplifica muy bien todo lo desarrollado a lo largo del trabajo teórico.

Y como lo que queremos mostrar es la articulación de la palabra materna en los síntomas, y no el proceso analítico en sí, haremos un recorte del material, seleccionando los párrafos del discurso de la paciente, que se nos hacen altamente significativos, para lo que queremos ejemplificar, permitiéndonos además acceder a su estructura edípica y de síntomas. Sabiendo por otra parte que al aislar una línea de investigación como lo hacemos, se pierde mucho de la riqueza del material.

Privilegiaremos pues, determinados trozos del discurso de la paciente, especialmente aquellos donde parece no existir nada que "tape" la falta (y específicamente la de la madre), y lo articularemos a los postulados teóricos enuncia

dos en el trabajo.

I. El caso clínico

Mercedes es una mujer de 25 años, que durmió con los padres en la misma alcoba hasta los 17 años, que consulta por sentirse apesada en una angustia terrible ante la soledad y por trastornos del sueño (insomnio, sueños de angustia). Relata una historia llena de fantasmas y miedos. Dice haber visto a pegar a su hermano todas las noches, y además, relata que padece trastornos de sueños desde los 10 años, que tiene sensaciones de desdoblamiento, sentimientos de extrañeza, angustias terribles ante la soledad, la muerte y la posibilidad de la locura. Vive a su madre en forma terrorífica, sintiéndose paralizada ante su mirada, y al padre como un fantasma ausente y sin palabra.

II. Sobre su estructura edípica

"Mamá es mística, irracional, es inteligente sabe manejar todo.. me puso en un mundo lleno de artefactos, de cosas falsas, algo de donde no podía salir (religión). La vida sólo tiene sentido después de la muerte... había un precipicio entre el bien y el mal; siempre esa relación o bien o mal. Yo no sabía nunca lo que estaba bien y lo que estaba

mal, siempre tenía que preguntarle... ¿está bien?... o ¿está mal?

"Mi madre es viuda hace dos años... ella no tuvo la culpa... no la puedo culpar... debo pensar adultamente, ella hizo todo lo que pudo. Cuando viene a visitarme (es del interior del país) a los pocos días, siento repulsión física... incapacidad de hablar con ella, es tan intolerable, todo está mal... es tan estricta. "Nunca podía hacer nada, porque para ella era pequeña, incapaz... siempre me pregunté: ¿Cómo puedo hacer para lograr un poco de su felicidad? Se que ella vivía para nosotros... no se... es tan dictatorial, ella es la que tenía toda la experiencia, ella sabía cualquier cosa, me trató como inferior... Nunca me decía que estaba mal, pero apenas hacía algo me reprochaba horas enteras.. me decía siempre 'La vida es una porquería, no la vas a entender nunca' ...Para ella no responder significaba decir sí... me dijo tantas cosas sobre los hombres... que yo tenía miedo, mucho miedo".

"No me acuerdo nunca, nunca de una caricia de mi mamá... no me sentí amada, pero ella trabajaba para mí, comida, ropas... no bastaba. Aunque hiciera todo, nunca logré hacerla feliz, bueno, nadie lo logró, ella siempre lo decía. Nunca, nunca dijo algo que indicara que sea feliz, nunca se reía".

"Mi abuela (materna) murió en forma muy extraña... me marcó... me daba tanto miedo,... cosas de otro mundo. Siempre fue muy pobre e ignorante, pero al morir hablaba con Dios, decía canciones, literatura, poesías... predijo el futuro y todo se cumplió... estaba iluminada. Mi mamá repitió y repitió la forma milagrosa en que había muerto su madre... toda mi niñez lo escuché".

"Mi papá no hablaba nunca, no sabía lo que pensaba... no me daba cuenta de su existencia, pero a mamá le tenía un miedo tremendo. A papá no le importaba nada, se pasaba horas leyendo su periódico..."

"Papá era diferente... pero como no hablaba..."

"El golpe fue que mi padre murió y nunca se pudo aclarar... él no me odiaba, ni me amaba tampoco..."

"Papá era violento con mi hermano, pero luego era como un borrego... Una vez mi mamá se quiso suicidar con gas, y él ni se movió, siguió leyendo su periódico... no le creía, pero yo sí".

"Mi cuñado me hace acordar de mi papá, pero no conocí a mi papá, sólo como un hombre fantasma... tengo dificultad para hablar con él... tengo timidez... Los dos eran tímidos... bueno, uno vive ¿cuál será el verbo intermedio?". (Esta padre parece estar muerto desde siempre... ¿verbo interme

dio? algo entre vida y muerte, ¿será algo como "estaba muerto y no lo sabía"?)

"Papá es un sueño para mí, un fantasma... es una relación de siempre y nunca..."

"La relación con mis padres es tan confusa..."

Llama la atención en todos estos fragmentos de discurso, una cierta fijación temporal en la forma en que visualiza las relaciones con sus padres. Pareciera que no es el problema de no poder ubicarlos en sus posiciones de papá y mamá, sino la impresión de estar atrapada en esas imágenes inamovibles (madre omnipotente, fálica -padre ausente-fantasma). Se podría pensar que las relaciones con cada uno de ellos son en parejas especulares, sin que haya muchas posibilidades de triangulación, como señala Maci (25, p. 44), sólo se daría la diacronía parental, sin posibilidad de que exista movilidad hacia una nueva generación, ni sentido de filiación, es decir no existen muchas posibilidades de permutaciones simbólicas. En ese sentido la forma en que se refiera a ella misma, así como lo que significaría un hijo para ella es bien ilustrativo de esto que señalamos.

"Creo que lo sexual no es malo, pero actúo como si lo fuera, en el fondo es como dice mi mamá... que hacer el amor está mal... ¿no se quién soy?"

"Hace tres años que estoy casada y no quiero niños... creo que voy a hacer un monstruo, que no lo voy a poder cuidar, no me siento capaz de ocuparme de un ser vivo... tengo miedo... el sólo pensar que voy a tener algo extraño en mi vientre no lo voy a poder soportar..."

"Para mí, tener un hijo no sería prolongar mi vida, no tiene nunca ese significado, más bien sería un estorbo, alguien que me va a prohibir vivir mi vida, como lo hicieron mis padres. Se que si lo tengo que cuidar va a ser un fracaso, como con mi mamá, que viví para ella y no logré nada... No lo deseo, tengo miedo de tenerlo, es todo mórbido, pienso que mi hijo nacerá muerto... que yo no puedo dar vida... que me va a ver y va a sentir que no lo quiero... sería horrible..."

III. Lo traumático presente siempre

"Hasta los 17 años dormí con mis padres, yo no tenía recámara, no podía hacer nada personal, sólo estudiar, era lo único que la contentaba".

"Desde los 11 años dormí siempre en la recámara de mis padres... pero, ¿cómo vivían? No tenían vida sexual... dos seres humanos a los que nunca vi besarse, ni tomarse de la mano... No dormía bien, me despertaba a cada rato..."

"Nunca supe nada. Fantaseaba bastante en la recámara de mis padres, no tenía envidia, ni ganas de tener relaciones, más bien quería relaciones sentimentales, quería que pensarán en mí como un alma... pero si me preguntara si hay algo sucio en lo sexual, diría que no... Mi mamá lo decía siempre, mi papá no respondía... yo le creí".

"Con mi esposo no sufro de relación sexual que me lastime... tengo el sentimiento de no ser satisfecha... no físicamente, ni de afectos... es algo que no tiene palabras, es un sentimiento de extrañeza, como si el mundo fuera extraño para mí... Nunca tuve una iniciativa... no puedo tener un deseo sexual, mi esposo me entiende y no le afecta... soy pasiva..."

¿Cómo entender esto? ¿Se trataría de ese "mal encuentro" con lo real como dice Lacan? (15h, p. 74) ¿En este caso a nivel sexual? La pregunta de Mercedes sobre sus orígenes sigue vigente con la misma fuerza (es bióloga, estudiosa de los procesos vivos, de la formación genética, etc.). Pero como señala Lecleire (16b, p. 22): "La escena primaria, no puede ser construida sólo con representaciones de la pareja parental uniéndose en cópula, debe ser construida también y antes que nada, en términos de deseo, es decir con elementos significantes y representaciones inconcientes".

Pero escuchemos a Mercedes: "Cuando se murió mi abue-

la, mis padres vinieron a mi recámara. Ahí murió mi abuela, imposible que me quede sola... pero se quedaron seis años... creo que mi mamá me usó por algo con mi papá. Mi mamá tenía miedo horrible de tener otro niño... yo sentía que por ello no tenían relaciones sexuales... no tengo pruebas, pero estoy absolutamente segura de lo que digo... nunca los ví, nunca tuvieron ningún contacto físico, papá se alejó, era un desconocido para nosotros..."

¿Cómo pensar esa certeza absoluta, sin dudas ni lugar a ellas con la que Mercedes interpreta la vida sexual de sus padres? Eso es así. No algo que podría presentarse como una fantasía. Podría pensarse en la línea que plantea Maci (25, p. 41) que la enunciación de Mercedes ha sido apropiada, y así aparece no un sujeto puesto en escena, sino puesto en acto. "La certeza absoluta tiene como recurso la coacción que impone al sujeto un espacio sin salida que lo bloquea como sujeto de la enunciación respecto al delirio". "En lugar del sujeto de la enunciación pasa a ser ejecutor del mensaje del Otro". Es hablada desde siempre por su madre.

"De noche se peleaban mi papá y mi mamá, y mi hermano... mi mamá decía: 'Tu papá no se ocupa de ti, no te ama', y a mi papá le decía: 'Tus hijos no te aman si tu no te ocupas de ellos, ellos no te aman...' Me preguntaba a mi: "¿A quién de los dos quieres?..." Yo decía que prefería a mi ma-

má, pero, ¿qué iba a decir?".

Además, si intentáramos articular esta forma de visualizar la escena primaria, vivida como traumática, con el relato (también muy insistente) de la escena donde pegaban a su hermano todas las noches, podríamos pensar que se trataría de un recuerdo que trata de encubrir todo el horror que produce aquello que no se puede entender.

Decíamos traumática, porque parecería que a partir de ahí "se produjo una ruptura de la organización significativa que rige el deseo". (16b, p. 64)

"Todas las noches pegaban a mi hermano..., mi mamá gritaba mucho, le daban duchas frías..."

"Pegaban siempre a mi hermano, todas las noches, al regresar de la escuela, lo pegaban todas las noches, parece que no trabajaba ni hacía nada".

IV. Sobre la angustia y la mirada

"Algo me impide trabajar, eso me molesta muchísimo, no es flojera, sino que tengo una tensión terrible, indecible... angustias en el corazón que me late fuerte, sudor frío... como si la muerte va a caer sobre mí. Antes de casarme era peor, me decía: me voy a matar, no hay vida en mí,

cogía el carro y me iba a 140 km... pero eso no me daba miedo, qué curioso..."

"De noche no puedo quedarme sola, es una angustia terrible, siento que hay fuerzas que entran y salen en mi..."

"Es un sentimiento que no lo puedo expresar, tengo miedo de todo, de mi, como que algo no está en mis manos, como que voy a fallar, siento que el corazón me late, siento contracturas en todo el cuerpo, no puedo respirar, me falta aire... padezco de edemas de glotis, no puedo respirar, se me cierra la garganta y tengo miedo horrible a morir..."

"Desde el problema sexual entre nosotras (refiriéndose a su mamá)... fue la experiencia más horrible de mi vida, me marcó, nunca la voy a olvidar, tenía 14 años, iba dos años adelantada en la escuela, de 10 a 17 años fui a la misma escuela donde mi papá enseñaba. Todas mis compañeras tenían amigos y novios, yo con calcetines parecía más joven todavía. Una vez me puse a soñar, y escribí un diario para mi... todo lo que hacían las muchachas con los muchachos... que se tomaban de las manos, que eran felices, que estaban juntos... nada más que eso... Mamá verificaba todas mis cosas, miraba mi bolsa de escuela a diario... se enfureció, me gritó "puta", me aventó el cuaderno a la cara, y me dijo muchas groserías que no las puedo repetir... a papá no le importaba, ni me miraba siquiera, siguió leyendo su periódico."

me tuvo dos horas diciéndome cosas... que iba a terminar en la calle y un montón de cosas más... fue horrible, desde ese día todo se cortó, ya no volví a salir, cada vez que salía se me iba a decir que era puta... pero papá, nada, no le importó". (Sigue luego un episodio largo de encerramiento en la casa, con temores agorafóbicos que se mantienen hasta ahora).

"A mamá le tenía tanto miedo... como ella era maestra lo único importante era el estudio... una vez saqué una mala nota, y tuve una reacción de loca... casi no recuerdo, me lo contaron los vecinos... el sólo pensar en los ojos de mi mamá casi me tiro debajo de un coche, me atajaron, salí corriendo, a mi nunca me pegaron pero el sólo pensar lo que hacían a mi hermano, temblaba de miedo, tuve una reacción de pánico. Si le miro a los ojos a mi mamá no le puedo decir nada... algo de su mirada me paraliza, tengo la impresión que lee lo que estoy pensando, también me pasaba con papá".

Creo interesante hacer aquí un brevísimo resumen sobre lo que Lacan plantea acerca de la mirada como encuentro con lo real. (15h, p. 117) La mirada (pulsión escópica) es la que mejor elude el término castración.

"Desde el momento en que el sujeto intenta acomodarse a esa mirada, se convierte en ese objeto puntiforme, ese punto de ser desvaneciente con el que el sujeto confunde su

propio desfallecimiento". (15h, p. 117) La mirada aparece para Lacan como el reverso de la conciencia, porque es desde la ilusión de verse a través de la conciencia, que el sujeto intenta representarse su carencia, su falta en ser el falo.

La mirada supone un encuentro fallido con lo real, porque nunca se mira lo que se quiere ver, y nunca es mirado desde donde uno ve...

Y si enlazamos esto con la angustia -ligada a la falta-, que surge según la ecuación propuesta por Lacan, en la hiancia que se abre entre el goce y el deseo, hiancia ocupada por el objeto a, falta que aparece en la relación con el Otro tachado; las angustias de Mercedes podrían pensarse -por la forma en que se siente mirada por la madre- que es como si estuviera ante el deseo desnudo, pero no conociese con qué insignias puede lograr satisfacerlo... "Ya no sabe lo que es en cuanto objeto para el Otro" (29, p. 185), y al mismo tiempo ella misma es incapaz de constituir el otro como objeto de su deseo. El rostro de la madre que nunca ríe ni expresa felicidad alguna, se vuelve así algo misterioso, inquietante, como algo real que no se comprende.

La angustia, por otra parte, es sentida por Mercedes marcadamente a nivel corporal, nivel donde también podemos señalar ese resto, eso real no significado en un cuerpo vivido en varias situaciones como cuerpo fragmentado, como sensa

ción de desdoblamiento. (Mercedes relata, además, episodios de conversión, dolores y endurecimientos de cintura y miembros inferiores que le impiden moverse).

Creo poder ilustrar esto con un sueño donde la mirada juega un papel importante en su sensación de desdoblamiento:

"Estamos los dos, F. y yo, en un cuarto pequeño, pero la puerta no cerraba con llave, íbamos a hacer el amor, alguien abre la puerta, pero no se va... yo hacía el esfuerzo por vivir ese momento... otra vez alguien entra... es una anciana dentro del cuarto, me mira con cara de hipócrita, es condí a mi esposo, él se vestía rápido, eran como sombras... la anciana intenta disculparse... 'necesitaba agua, disculpe'... (asocia) creo que la anciana soy yo, que cuando estamos los dos siempre busco un pretexto para no lograr el placer... La recámara era como la de un hotel, la anciana me producía un sentimiento muy desagradable, el agua era la causa para que se metiera... sentir a alguien mirándome... fue terrible... pero soy yo quien busco causas para alejarme, es pero siempre que llegue algo desde afuera, alto externo, y así ya no tengo relaciones sexuales, son excusas, dolores... y si lo hago lo hago con esfuerzo... me siento tan confusa... es como si mi mente me dice... 'te voy a abandonar'... es como la mirada de mi mamá... pero no quisiera ver nada... me siento esquizofrénica... siento que pierdo el contacto con la realidad".

Relata también un episodio repetitivo -desde los 10 años... (a veces hasta dos veces por semana), estando dormida siente que no puede despertarse... tiene la sensación de que esa es la experiencia de la muerte, alguien le agarra el cuello, le ahoga... grita pidiendo que la despierten. Respecto a esto la mamá le decía que desde chica (Mercedes) tenía poderes de saber lo que la mamá o el papá hacían... lo podía decir aún estando dormida... todo esto la llenaba de pánico... "no quiero salir de mi cuerpo".

Dentro de lo que venimos diciendo, este temor a desdoblarse podría ser un indicio más de una falla en su relación especular, donde se siente objetivada por la mirada materna, que la lleva a enfrentarse, a retarse en su propio lugar. Parece no haber logrado plenamente la asunción de su imagen en ese primer momento de reconocimiento especular donde el sujeto está en dos lugares como cenestesia y como imagen, al decir de Maci. (25, p. 40)

La madre de Mercedes, parece pues presentificar el problema del falo a lo largo de todo el discurso; es la madre que da todo o nada... y cualquiera de las dos posibilidades (del todo o la nada), tendrían el mismo resultado: marcar la imposibilidad de Mercedes de llenarla en su deseo. Pareciera que Mercedes es el falo fallido de la madre... lo cual marca todo su devenir histórico.

APENDICE

Con este apéndice queremos por un lado, hacer referencia a los elementos más importantes de la lingüística contemporánea que tuvieron que ver en la relectura que hace Lacan de Freud. Por otro lado, nuestro interés es fundamentar bibliográficamente la crítica que hacemos en el primer capítulo a la lingüística.

El mismo incluirá las siguientes escuelas:

- 1) La lingüística estructural de F. de Saussure
- 2) Roman Jakobson - Estructura del lenguaje
- 3) N. Chomsky - Teoría lingüística transformacional
- 4) L. Hjelmslev - Lingüística glosemática
- 5) Pequeño resumen sobre la retórica

1. Ferninand de Saussure

Empezaremos por Ferninand de Saussure, creador de la lingüística contemporánea y estructural, privilegiando aquellos conceptos de su teoría que fueron retomados por Lacan en la lectura que hace de Freud.

El signo saussuriano. La unidad lingüística está hecha con la unión de dos términos. El signo une un concepto con una imagen acústica. La relación entre dos imágenes acústicas (significante) se determina por el concepto que las une (significado). La palabra designa el conjunto de significado-significante ($\frac{\text{Sgdo.}}{\text{Sgte.}}$). Y sus características son: 1) es arbitrario, o sea en cuanto al significado, con el cual no tiene en la realidad ningún lazo natural (aunque no es posible deducir por eso que el significante depende de la elección libre del hablante); 2) el carácter del significante es lineal y diferencial, ya que es de naturaleza auditiva, y se desenvuelve en el tiempo lo que representa además de linealidad, una extensión.

La lengua o el valor social del lenguaje, organizan las ideas y los significantes que de por sí no están en orden cualquiera. La lengua está organizada en sistemas de oposición en el cual se opone por un lado el significante al significado, y por otro lado un signo a otro. Por lo tanto, el valor de la palabra se fija por su comparación con

otras. La lengua se entiende así como un sistema de oposición. "Lo importante en la palabra no es el sonido por sí mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir esas palabras de todas las demás, pues ellas son las que llevan a la significación". (5, p. 200)

Así agrega una nueva dimensión al significante. No sólo que es arbitrario, sino también que es diferencial y "en la lengua no hay más que diferencias... sólo hay diferencias, sin términos positivos; la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales, diferencias fónicas resultantes de este sistema". (5, pp. 203-204)

Sincronía y diacronía. "La lingüística sincrónica se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistemas, tal como aparecen en la conciencia colectiva. La lingüística diacrónica estudiará por el contrario, las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva y que reemplazan unos a otros, sin formar sistema entre sí". (5, p. 174)

"Un fenómeno del lenguaje se considera sincrónico cuando todos los elementos y factores que pone en juego pertenecen a un solo momento de una misma lengua, o sea a una misma lengua". (6, p. 165)

Desde el punto de vista de Saussure se entienden estos "elementos" y "factores" como las relaciones psicológicas y lógicas que unen a los términos coexistentes en cuestión. El resultado de estas relaciones es la formación de un sistema de la lengua, tal como aparece en la conciencia colectiva. Pero la Lingüística Diacrónica no forma sistema en sí. Los dos conceptos califican, no tanto a los factores históricos al cual están ligados sino más bien señalan la perspectiva tomada desde el punto de vista adoptado por el investigador. Parece que no existen hechos puramente sincrónicos, sin embargo, primero Saussure y luego los transformacionistas sostienen que sí existe la autonomía de la investigación sincrónica, y que la investigación evolutiva histórica no es más que los argumentos extraídos de un estudio acerca de las relaciones sincrónicas. Para ellos, la lengua no puede estudiarse en referencia a su pasado, "la investigación sincrónica debe hacerse fuera de toda consideración diacrónica. (6, p. 169) La investigación diacrónica por otro lado, "debe describirse como la transformación de una estructura sincrónica en otra estructura sincrónica". (6, p. 169)

Resumiendo, diremos que la materia de la lingüística para Saussure, está constituida por todas las manifestaciones del lenguaje humano. Los textos escritos le sirven a la lingüística de materia para el estudio de idiomas pretéritos y distintos. Por otro lado, la tarea de la lingüística es

para Saussure, hacer la historia de las familias de las lenguas, construyendo en lo posible la lengua-madre de cada familia, o sea, crear una descripción y una historia de todas las lenguas que puedan ocupar a la lingüística. Además, la lingüística busca las fuerzas permanentes y universales en todas las lenguas, concluyendo de ellas las leyes más generales. Por otro lado, Saussure ve como necesidad que la lingüística pueda definirse a ella misma. (5, p. 48)

El objeto de estudio para esta ciencia tal como la define Saussure es: "Hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje". (5, p. 51)

2. R. Jakobson

Jakobson retomará más tarde en un libro titulado "Fundamentos del lenguaje", los conceptos de sincronía y diacronía enunciados por Saussure, para desarrollar a partir de ellos los conceptos de metáfora y metonimia. Nos dice que "hablar supone la selección de determinadas entidades lingüísticas y combinación de las mismas en unidades de un nivel de complejidad más elevado". (12, p. 105) Eso supone la existencia de un código común a ambos, emisor y receptor. Se selecciona dentro de una totalidad de palabras preconcebidas y se combina con una libertad relativa fonemas en pala-

bras, y palabras en frases. Así, la combinación implica "que todo signo está formado de otros signos constitutivos, y/o aparece únicamente en combinación con otros signos". Y la selección es la opción entre dos o más posibilidades por elementos de similitud o de diferencia.

Así, para Jakobson toda unidad lingüística pone en marcha dos mecanismos independientes: la metáfora, en la cual un objeto está designado por el nombre de un objeto semejante remitiéndonos al paradigma; y la metonimia, donde un objeto es designado por el nombre de un objeto que está asociado en él en la experiencia, nivel sintagmático.

En un estudio llamado "Dos aspectos del lenguaje sobre dos tipos de afasias", Jakobson hace referencia a Freud, y establece un paralelo entre desplazamiento y contigüidad; entre condensación y sinecdoque; y entre semejanza, identificación y simbolismo.

3. Noam Chomsky

Chomsky, autor de la teoría Lingüística Transformacional -que contiene sólo una parte de la Lingüística Generativa-, enfatiza el aspecto diacrónico de la misma. Por medio de su teoría intenta Chomsky explicar la creación del su jeto individual como sujeto de la especie humana. El valor explicativo de las hipótesis teóricas lingüísticas se obtie-

ne a través de su relación con la facultad que origina la actividad lingüística. Ello se realiza al formalizar las transformaciones del lenguaje. Este proceso supone la selección entre formalizaciones correctas aceptadas y el rechazo de las construcciones incorrectas. Así llega, por medio del estructuralismo a formular leyes generales de transformación cuya autorregulación se expresa en el hecho de que estas reglas de generalización formal son idénticas a las leyes de transformación.

Chomsky sostiene que la creación del lenguaje subjetivo se origina en el campo psico-lingüístico en el que reconoce un código genético que funciona como base del aprendizaje mismo. A este código se remite el sujeto cuando habla. El sujeto hasta cierto punto, inventa su lenguaje al hablar, o bien el lenguaje se le revela cuando escucha lo que los otros dicen, y eso porque ya ha asimilado a su pensamiento una red de reglas sistemáticas de las relaciones semánticas de una totalidad infinita. En forma abstracta puede pensarse la gramática generativa como una máquina productora de frases, pero eso sin embargo, no quiere decir que las frases producidas por el sujeto hablante estén engendradas por la gramática generativa. "La gramática generativa no es un modelo de producción de las frases en el discurso cotidiano que hace intervenir sin duda, muchos otros factores". (6, p. 57) Así pues, se crea el concepto de un "hablante ideal"

que habla un lenguaje de acuerdo a las reglas de la gramática generativa. Esta y el sujeto hablante tienen entre sí una relación paralela a la relación correcto/equivocado. Así, la ambigüedad creada por el sujeto hablante es entendida por Chomsky simplemente como resultado de tantas generaciones como sentidos tiene. La polilemia, el equívoco y el error cometidos por el sujeto hablante, soportes del código psicolingüístico innato, no desvalidan a las leyes gramáticas construidas por la teoría. La gramática para Chomsky es "un conjunto de reglas, de instrucciones, cuya aplicación mecánica produce enunciados admisibles de esa lengua, y sólo esos enunciados". (6, p. 56)

La teoría lingüística generativa es pues "una teoría de la facultad del lenguaje innato, intrínseca, que proporciona la base para la adquisición del conocimiento del lenguaje".

La teoría lingüística generativa es de carácter universal; deben poder asociarse a ella procedimientos mecanizables para ayudar a elegir para cada lengua la gramática adecuada; es también la que resulta más observacionalmente adecuada para todas las gramáticas de un cierto tipo y para todas las lenguas. "La teoría debe ser capaz, por así decirlo, de 'adivinar' la gramática que mejor representa las instituciones del sujeto hablante". (6, p. 58)

La teoría lingüística es sólo un reflejo de una fa-

cultad innata cuya existencia permite al niño construir sus fases gramaticales. El lenguaje está enraizado en la inteligencia biológicamente innata. En este punto se desvía Chomsky de los lingüísticos positivistas que intentaban anclar la lógica formal y la matemática en la lingüística y en esta forma crear la dependencia de la vida anímica en el lenguaje. La lingüística transformacional deduce la gramática de la lógica, y el lenguaje de la vida anímica dirigida por la inteligencia innata.

De esta manera, la conclusión de Chomsky que la estructura del lenguaje es un factor genéticamente innato, es una deducción lógica de su desarrollo teórico donde aparecen relacionados por oposición la herencia personal y la herencia cultural externa al sujeto. El sujeto que en el proceso "creativo" del pensamiento, modifica la expresión del lenguaje. Fiel a su teoría, Chomsky sostiene que todo desvío de la gramática generativa es un simple error que no interesa a la ciencia lingüística.

4. L. Hjelmsley

Elegimos a Hjelmslev como representante de la corriente positivista del estructuralismo lingüístico, quien elabora la teoría lingüística glosemática, con el objeto de proporcionar una explicación y profundización de los concep-

tos saussurianos. Hjelmslev sostiene que todo proceso es resultado de la interrelación sincrónica entre los sistemas que se encuentran subyacentes a él, y por medio del cual podría analizarse el proceso y describirse por medio de un número limitado de premisas que podrían tener validez general.

La teoría lingüística de Hjelmslev trata de hallar la estructura específica del lenguaje a través de premisas formales, y de esta manera propone una constancia para el lenguaje que estará más allá de las modificaciones y deformaciones que surjan del lenguaje hablado. Esta constancia no se apoya en ninguna "realidad" externa del lenguaje sino que encuentra en la lengua lo idéntico a ella misma, en todas sus diversas manifestaciones. Una vez descrita la constancia, ésta podrá entonces proyectarse sobre otras "realidades externas" como por ejemplo la física, la lógica y la psicología, de modo que el lenguaje siga siendo el objeto central de estudio, "una totalidad organizada, como una estructura lingüística, como principio dominante". (11)

La lingüística glosemática es ciencia empírica definida a través del siguiente principio: los datos empíricos que vienen a fundamentar y confirmar la teoría deberán tener tres características principales mencionadas por orden de importancia: 1) exigencia de falta de contradicción; 2) los datos serán exhaustivos, y 3) serán simples. El método de investigación para Hjelmslev es deductivo, ya que el método in

ductivo que implica el ascenso gradual de lo particular a lo general, es un movimiento sintético y no analítico, y por lo tanto se opone al empirismo. Por otro lado, el deductivismo permite el análisis de un texto considerándolo como "clase dividida en componentes; después estos componentes como clases divididas en componentes, y así sucesivamente hasta agotar el análisis". (11, p. 26)

Así pues, la lingüística glosemática elabora la lógica formal interna del lenguaje, una lógica sin contradicciones que va modificándose sólo cuando los datos empíricos la demuestran como errónea. Cuando no se contradicen las premisas lógicas, las conclusiones de las mismas se deducen sobre "la realidad". Este sistema lógico se proyecta desde una estructura explicativa de la totalidad del lenguaje, que así se conceptualiza ya no como un conglomerado accidental, sino como un todo organizado en torno a un principio rector. La relación entre los diferentes elementos analíticos es estrictamente funcional, entendiéndose por función "la dependencia que satisface las condiciones del análisis". (11, p. 55)

El método de la teoría lingüística es necesariamente empírico y deductivo, lo que implica la iluminación desde este ángulo de la relación: teoría y su objeto. La teoría en última instancia es "por sí misma independiente de toda experiencia", y no dice nada acerca de la posibilidad de su aplicación o de su relación con los datos empíricos. El factor

arbitrario del deductivismo significa sólo la transformación de la teoría en cálculos de posibilidades deductibles de sus premisas. Sin embargo, el teórico sabe que las premisas teóricas son capaces de estar aplicadas a ciertos datos empíricos en forma adecuada, y cuando más generales sean las premisas, más amplias serán sus posibilidades de aplicación. Los datos empíricos, no debilitan ni fortalecen la teoría, sino más bien su aplicabilidad. Basándose en la teoría pueden elaborarse hipótesis y leyes cuya validez es totalmente dependiente de su verificación. La teoría favorece la predicción de posibilidades pero no tiene que ver con su realización así, "si ponemos la teoría lingüística tomada en este sentido, en relación con el concepto de realidad, la respuesta a nuestra pregunta de si el objeto determina y afecta a la teoría, o viceversa, es 'tanto...como'". (11, p. 29)

5. La retórica

La retórica es la primera manifestación de una disciplina específica de una reflexión sobre el lenguaje en el mundo occidental. Su primera mención se hizo en el siglo V A.C. en Sicilia, donde se empezó a estudiar el lenguaje como "discurso" y no como "lengua". Su primer objetivo fue lograr un fin deseado en la situación discursiva. El teórico se hizo cargo de llevar a cabo la intención pragmática de convencer al interlocutor de la justicia y validez de una

causa, ya que se suponía que el teórico poseía conocimiento sobre las propiedades del discurso.

Durante los siguientes veinte siglos se modificaba la retórica abandonando especialmente su visión pragmática para transformarse en lo que se llama la Retórica "hermosa". En esta fase se reduce el examen de la elección y la disposición de las palabras en las frases; los retóricos más contemporáneos (siglos XVIII y XIX) reducen a menudo su investigación a una enumeración de las figuras. La figura es como nos dice Todorov (6, p. 315), "un desvío, una modificación de una expresión original, considerada "normal". La figura contiene una concepción sustitutiva metafórica. Esta definición es altamente polémica ya que confronta a quien la sostiene, con el problema de lo que es normal y lo que es una desviación del mismo. La conclusión errónea que puede deducirse de ello es que "muchas figuras no son desvíos sino con relación a una regla imaginaria, según la cual el lenguaje debería carecer de figuras". (6, p. 315) Pero esta enunciación es cosa imposible y contradictoria, que opone la lengua (o sea la norma) a la metáfora, que es por otra parte elemento constitutivo del lenguaje. La clasificación de las figuras retóricas se ha hecho en múltiples maneras, aquí sólo nombraremos a tres (que son las que hicimos referencia en el trabajo): metáfora, metonimia y sinecdoque.

Hoy en día los temas que forman parte del objeto de estudio de la retórica, son reemplazados por la estilística, el análisis del discurso y la lingüística.

BIBLIOGRAFIA

1. Analítica I. Para una problemática del sujeto. XII-1979. Editorial Ateneo de Caracas.
2. Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena. Tomo I. Herman Nunberg y Ernst Federn (compiladores). Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
3. Braunstein, Nestor
 - a) Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis. Hacia Lacan. Edit. Siglo XXI, México, 1980.
 - b) Linguistería. Lacan y la lingüística. (Mimeo, próxima publicación).
4. Chomsky, Noam
 - a) Estructuras sintácticas, Siglo XXI, México, 1974.
 - b) Lingüística cartesiana, Gredos, Madrid, 1972.
 - c) El lenguaje y el entendimiento, Seix Barral, Barcelona, 1972.
5. De Saussure, Ferninand

Curso de Lingüística General. Edit. Losada, Buenos Aires, 1977.
6. Ducrot O. y T. Todorov

Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje. S. XXI Editores, México, 1979.
7. Fenichel, Otto

Teoría General de las Neurosis, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1966.
8. Freud, Sigmund - Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1968. 3 tomos (E.B.N.)

- Obras Completas. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980 (23 tomos) (E.A.)

- a) Proyecto para una psicología científica, 1895 (E.B.N.) T. III
 - b) Estudios sobre la histeria (1895) (E.B.N.) T. I
 - c) La interpretación de los sueños (1900) (E.A.) T. IV y V
 - d) Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908) (E.B.N.) T. I
 - e) Tres ensayos sobre una teoría sexual, 1905 (E.A.) Tomo VII
 - f) La creación poética y la fantasía (1908)
 - g) La novela familiar del neurótico (1909)
 - h) Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (1911) (E.A.) T. XII
 - i) Introducción al narcisismo (1914) (E.B.N.)
 - j) Trabajos sobre metapsicología (E.A.) Tomo 14 (1915)
 - k) Pegan a un niño (1919) (E.B.N.). T. I
 - l) Lo siniestro (1919)
 - m) Más allá del principio del placer (1920) (E.A.) T. XVIII
 - n) Psicología de las masas y análisis del yo (1921)
 - o) El yo y el ello (1923)
 - p) La organización genital infantil (1923)
 - q) Inhibición, síntoma y angustia (1926)
 - r) El malestar en la cultura (1930)
 - s) Sobre la sexualidad femenina (1931)
 - t) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933)
 - u) Los orígenes del psicoanálisis (Correspondencia Freud Fliss) (E.B.N.), T. III
 - v) Conferencias introductorias al psicoanálisis (1916-17) (E.A.) Tomos XV-XVI
 - w) El presidente T. W. Wilson. Un estudio psicológico. Letra Viva. Buenos Aires, 1973
 - x) Historia del movimiento psicoanalítico (1914) (E.B.N.)
9. Godino Cabas, Antonio
Curso y discurso en J. Lacan. Colección Seminarios. Helguero Editores, Argentina 1979.

10. Green, Andre, y otros
 - a) Objeto, castración y fantasía en psicoanálisis. Siglo XXI Editores, México 1976
 - b) El inconciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo. Nueva Visión, Buenos Aires, 1976
11. Hjemstev, L.
Prolegomenos a una teoría del lenguaje. Ed. Gredos. Madrid.
12. Jakobson, Roman
Fundamentos del lenguaje. Ed. Ayuso, Madrid, 1972.
13. Klein, Melanie y otros
Nuevas direcciones del psicoanálisis, Paidós, Ed. Buenos Aires, 1972.
14. Kojève, Alexandre
La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel. Edit. La pleyade. Buenos Aires, 1975.
15. Lacan, Jacques
 - a) Escritos I. Siglo XXI Editores, México, 1976
 - a.1) El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica (1949)
 - a.2) Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis (1953)
 - a.3) La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud (1957)
 - a.4) La significación del falo (1958)
 - a.5) Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano (1960)
 - b) Escritos II. Siglo XXI Editores, México, 1978
 - b.1) El seminario sobre la carta robada, 1956
 - b.2) La agresividad en psicoanálisis (1948)
 - c) Seminario I. Los escritos técnicos de Freud (1953-1954). Ficha de la escuela freudiana de Buenos Aires, 1976 (mimeo)
 - d) Seminario II (1954-1955) El moi en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis. Escuela de psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario (mimeo). Biblioteca Freudiana de Rosario

- e) Seminario IV (1956-1957). Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas. Transcripción de J. B. Pontalis (mimeo)
 - f) Las formaciones del inconciente. Edic. Nueva Visión Buenos Aires, 1979
 - f.1) Las formaciones del inconciente (1957-1958) Seminario V
 - f.2) El deseo y su interpretación (1958-1959) Seminario VI
 - g) Seminario X. La angustia (1962-1963). Ficha de la escuela freudiana de Buenos Aires, 1978 (mimeo)
 - h) Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Edit. Barral, Barcelona, 1977.
 - i) Psicoanálisis, radiofonía y televisión. Edit. Anagrama, Barcelona, 1977
16. Leclair, Serge
- a) El objeto en psicoanálisis. Edit. Siglo XXI, Buenos Aires, 1972
 - b) Desenmascarar lo real. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1975
 - c) Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte. Amorrortu Editorial, Buenos Aires, 1977
17. Lévi-Strauss, Claude
Antropología estructural. Eudeba. Edit. Universitaria de Buenos Aires, 1977.
18. Lust. Temas de psicoanálisis No. 0. Tescalli, S. A. México.
19. Laplanche, J. y Pontalis, J. B.
Diccionario de psicoanálisis, Edit. Labor, Barcelona, 1977.
20. Mannoni, Maud
El niño, su enfermedad y los otros. Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.
21. Mannoni, Octave
- a) Freud, el descubrimiento del inconciente. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977
 - b) La otra escena. Claves de lo imaginario. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1973

22. Masotta, Oscar
 - a) Introducción a la lectura de J. Lacan. Edit. Corregidora, Buenos Aires, 1974
 - b) Introducción al psicoanálisis. Granica, Barcelona, 1977
23. Miller, Jacques-Alain
Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan. Edit. Ateneo de Caracas, Venezuela, 1979.
24. Milner, Jean Claude
El amor por la lengua. Edit. Nueva Imagen, México, 1980.
25. Maci, Guillermo
La otra escena de lo real. Topología del significante y espacios del sujeto. Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
26. Millot, Catherine
Freud Antipedagogo (Traducción no publicada de D. Gerber).
27. Nasio, Juan D. (compilador)
Acto psicoanalítico. TEoría y Clínica. Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
28. Saal, Frida
Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. Dentro del libro: medio siglo del malestar en la cultura de S. Freud. Siglo XXI Editores. México, 1981.
29. Safouan, Moustapha
 - a) La sexualidad femenina según la doctrina freudiana. Edit. Grijalbo, Barcelona, 1979
 - b) Estudios sobre el Edipo. Introducción a una teoría del sujeto. Siglo XXI Editores, México, 1977
30. Sófocles
Las siete tragedias. Edit. Porrúa, México, 1980.